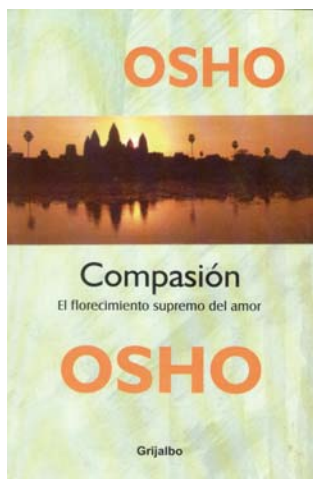


COMPASIÓN

El Florecimiento Supremo del Amor

Osho

Prólogo



SABEMOS QUÉ ES LA PASIÓN, de modo que no es muy difícil entender lo que debe de ser la compasión. Pasión significa un estado de fiebre biológica —tienes calor y estás casi poseído por energías biológicas, inconscientes—, y ya no eres tu propio maestro, sino solo un esclavo.

Compasión significa que has trascendido la biología, que has trascendido la fisiología. Ya no eres un esclavo y te has convertido en maestro. Ahora actúas conscientemente. Las fuerzas inconscientes ya no te dirigen, no tiran de ti ni te empujan; eres capaz de decidir qué quieres hacer con tu energía. Eres totalmente libre. Entonces, la misma energía que se convierte en pasión se transforma en compasión.

La pasión es placer y la compasión es amor. La pasión es deseo y la compasión es ausencia de deseo. La pasión es avaricia y la compasión es compartir. La pasión quiere utilizar al otro como si fuese un medio y la compasión respeta al otro como un fin en sí mismo. La pasión te mantiene atado al suelo, al barro, y nunca te conviertes en una flor de loto. La compasión te vuelve una flor de loto. Empiezas a ascender sobre el lodazal de los deseos, la avaricia y el enfado. La compasión es una transformación de tus energías.

Normalmente estás dispersado, fragmentado. Parte de la energía está siendo absorbida por tu enfado, otra parte está siendo absorbida por tu avaricia, otra parte está siendo absorbida por el placer y así sucesivamente. Y hay tantos deseos rondándote que te quedas sin energía y te quedas descargado, vacío.

Recuerda que William Blake —hay mucha sabiduría en esto— dice: «La energía es gozo». Pero ya no te queda energía, toda tu energía se ha ido por el desagüe. En el momento que dejas de perder toda esa energía, esta empieza a rellenar tu lago interno, tu ser interno, y te llenas. Surge en ti un profundo gozo. Cuando empiezas a rebosar energía te conviertes en un buda y descubres una fuente inagotable.

Y solo cuando seas un buda podrás experimentar qué es la compasión. Es un amor fresco —pero atención, no frío—, un amor fresco. Es un compartir tu alegría con toda la existencia. Te conviertes en una bendición para ti mismo y para toda la existencia. Eso es la compasión. La pasión es una maldición, la compasión es una bendición.

1. Compasión, Energía y Deseo

BUDA VIVIÓ CUARENTA AÑOS después de iluminarse. Cuando se le acabaron todos los deseos y desapareció el ego, vivió otros cuarenta años. Muchas veces le preguntaron: «¿Por

qué sigues en el cuerpo?». Cuando la tarea ha acabado deberías desaparecer. Y es lógico, ¿para qué iba a quedarse Buda en el cuerpo durante más tiempo? Cuando ya no hay deseos, ¿cómo es posible continuar en el cuerpo?

Hay algo muy profundo que comprender. Cuando el deseo desaparece, permanece la energía que estaba moviéndose en el deseo; esta no puede desaparecer. El deseo solo es una forma de energía, por eso un deseo se puede convertir en otro deseo. El enfado se puede convertir en sexo, y el sexo puede convertirse en enfado. El sexo puede convertirse en avaricia, por eso, siempre que te encuentres a una persona muy avariciosa será menos sexual. Si la persona es totalmente avariciosa, entonces no será sexual en absoluto sino célibe, porque toda su energía se ha transformado en avaricia. Y si te encuentras una persona muy sexual, te darás cuenta de que no es avariciosa porque ya no le queda nada para la avaricia. Una persona que reprime su sexualidad estará enfadada; el enfado siempre estará a punto de saltar a la superficie. Podrás ver en sus ojos y en su cara que siempre está enfadado: toda la energía sexual se convierte en rabia.

Por eso vuestros llamados monjes y *sadhus* siempre están enfadados. Reflejan su enfado en la forma de caminar y en la forma de mirar. Su silencio solo está a flor de piel, en cuanto les tocas se enfadan. El sexo se convierte en rabia. Estas son las formas; y la vida es la energía.

¿Qué ocurre cuando desaparecen todos los deseos? La energía no puede desaparecer porque es indestructible. Pregúntale a un físico, ellos también dicen que la energía no se puede destruir. Cuando Gautama Buda se iluminó tenía determinada energía. Esa energía se había ido transformando en sexo, rabia, avaricia y millones de formas más. Después, todas esas formas desaparecieron y ¿qué fue de esa energía? La energía no puede dejar de existir, cuando no hay deseos pasa a no tener forma, pero sigue existiendo. ¿Entonces cuál es su propósito? Esa energía se convierte en compasión.

No puedes ser compasivo porque no tienes energía. Toda tu energía se divide y se distribuye de diferentes formas, a veces como sexo, a veces como rabia, y a veces como avaricia. La compasión no es una forma. Tu energía solo se convierte en compasión cuando todos tus deseos desaparecen.

La compasión no se puede cultivar. La compasión sucede cuando no tienes deseos; entonces, toda tu energía se convierte en compasión. Y es un camino muy distinto. El deseo tiene una motivación, una meta; la compasión no tiene motivos, no tiene metas. Es simplemente energía rebosante.

LA COMPASIÓN ES EL AMOR MADURO

En lo que respecta a los místicos de la Antigüedad, el énfasis que puso Gautama Buda en la compasión fue un fenómeno nuevo. Gautama Buda creó una línea de división histórica con el pasado. Antes de él, bastaba con la meditación; nadie ponía énfasis en la compasión además de en la meditación. El motivo es que la meditación trae consigo la iluminación, tu florecimiento y la expresión absoluta de tu ser, ¿qué más necesitas? En lo que al individuo se refiere, la iluminación es suficiente. La grandeza de Buda consiste en introducir la compasión incluso antes de empezar a meditar. Deberías ser más cariñoso, más bueno y más compasivo.

Detrás de esto hay una ciencia oculta. Si tienes un corazón lleno de compasión, existe una posibilidad de que tras meditar puedas ayudar a los demás a alcanzar la misma belleza, la misma altura y la misma celebración que has alcanzado tú antes de iluminarte. Gautama Buda

hace que la iluminación se pueda contagiar.

Pero si la persona siente que ha vuelto a casa, ¿para qué molestarse por los demás? Por primera vez, Buda hace que la iluminación no sea egoísta; lo convierte en una responsabilidad social. En perspectiva esto supone un gran cambio. Pero la compasión se debería aprender antes de llegar a la iluminación. Si esto no ha sucedido antes, después de la iluminación ya no queda nada más que aprender. Cuando alcanzas tal éxtasis, incluso la compasión parece estar impidiendo tu felicidad; es una especie de interferencia en tu éxtasis. Por ese motivo ha habido cientos de iluminados, pero muy pocos maestros.

Estar iluminado no significa necesariamente que vayas a convertirte en un maestro. Convertirse en un maestro quiere decir que tienes una extraordinaria compasión y que sientes vergüenza de ir solo a esos bellos espacios que la iluminación proporciona. Quieres ayudar a los que están ciegos, a los que están en la oscuridad buscando su camino a tientas. Ayudarles se convierte en una alegría y no en una interferencia. De hecho, cuando ves a tanta gente florecer a tu alrededor, tu éxtasis se enriquece; no eres un árbol solitario que ha florecido en un bosque en el que no florece ningún otro árbol. Cuando todo el bosque florece contigo, la felicidad se multiplica; has empleado tu iluminación para revolucionar el mundo.

Gautama Buda no solo estaba iluminado, sino que fue un revolucionario iluminado. Su preocupación por el mundo y por la gente era inmensa. Enseñaba a sus discípulos a no retener el silencio, la serenidad y la profunda felicidad que bulle en tu interior cuando meditas, y a dársela al resto del mundo. No te preocupes, porque cuanto más das, más posibilidades tendrás de recibir. El gesto de dar tiene una enorme importancia una vez sabes que dar no te va a restar nada, sino todo lo contrario, porque va a multiplicar tus experiencias. Pero alguien que nunca ha tenido compasión no conoce el secreto de dar, no conoce el secreto de compartir.

Ocurrió una vez que uno de los discípulos de Buda, un seglar —no era *sannyasin* pero era muy devoto de Gautama Buda— dijo: «Yo lo haré... pero solamente con una excepción. Voy a dar mi felicidad, mi meditación y todos mis tesoros internos a todo el mundo, excepto a mi vecino, porque es un hombre realmente perverso».

Los vecinos son siempre los enemigos. Gautama Buda le dijo: «Entonces olvídate del mundo y dáselo a tu vecino nada más».

El hombre no entendía nada: «¿Qué estás diciendo?».

Buda respondió: «Solamente si eres capaz de dárselo a tu vecino serás libre de esta actitud antagonista hacia el ser humano».

Compasión quiere decir básicamente aceptar los fallos y las debilidades de los demás, sin esperar que se comporten como si fuesen dioses. Sería una expectativa cruel, porque no podrán comportarse como dioses, y no solo perderán tu estima sino que perderán también el respeto hacia sí mismos. Les has herido gravemente dañando su dignidad.

Uno de los principios de la compasión es dignificar a todo el mundo, hacer que todo el mundo se dé cuenta de que lo que te ha sucedido a ti puede sucederle a ellos; nadie es un caso perdido, todo el mundo es digno de ello, la iluminación no es algo que debas merecer sino tu naturaleza misma.

Pero estas palabras deberían provenir de un iluminado, solo así pueden crear confianza. Estas palabras no pueden crear confianza si provienen de discípulos no iluminados. La palabra, hablada por un iluminado, empieza a respirar, comienza a tener un latido propio. Cobra vida y va directamente a tu corazón, no es una gimnasia intelectual. Pero con el discípulo es otra cuestión.

Él mismo no está seguro de lo que está diciendo o está escribiendo. Él mismo tiene tanta incertidumbre como tú.

Gautama Buda es uno de los hitos en la evolución de la conciencia; su contribución es enorme, inconmensurable. La idea de la compasión es lo esencial en su contribución. Pero debes recordar que ser compasivo no te eleva más, si no, lo estarás echando todo a perder. Se convertirá en una pretensión del ego. Recuerda que el ser compasivo no puede humillar a la otra persona, de lo contrario, no estarás siendo compasivo; detrás de las palabras estarás disfrutando de su humillación.

Hay que comprender la compasión, porque es el amor maduro. El amor corriente es muy infantil; un divertido juego para adolescentes. Cuanto antes salgas de él, mejor, porque tu amor es una fuerza biológica ciega y no tiene nada que ver con tu crecimiento espiritual; por eso todas las historias de amor cambian de un modo extraño, se vuelven muy amargas. Algo que te resultaba tan atractivo, emocionante y provocador, algo por lo que podías haber muerto... ahora también podrías morir, pero no por eso, ¡sino para librarte de ello!

El amor es una fuerza ciega. Los únicos amantes que tienen éxito son los que nunca consiguieron a sus amados. Todas las grandes historias de amor... Laila y Majnu, Shiri y Farhad, Soni y Mahival, son las tres grandes historias de amor orientales comparables a Romeo y Julieta. Pero todos estos grandes amantes podrían formar un grupo. La sociedad, los parientes y todo lo demás se convirtieron en un impedimento. Y creo que seguramente fue mejor así. En cuanto los amantes se casan ya no queda historia de amor.

Majnu tuvo suerte de no conseguir a Laila. ¿Qué sucede cuando dos fuerzas ciegas se juntan? Como ambas son ciegas e inconscientes, el resultado no puede tener demasiada armonía. El resultado solo puede ser un campo de batalla de la dominación, la humillación, y todo tipo de conflictos.

Pero cuando la pasión está alerta y despierta, toda la energía del amor alcanza un gran refinamiento y se convierte en compasión. El amor siempre va dirigido a otra persona y su deseo más profundo es poseer a esa persona. Lo mismo ocurre en el lado contrario, y esto se convierte en un infierno para las dos personas.

La compasión no va dirigida a nadie. No es una relación sino simplemente tu propio ser. Disfrutas siendo compasivo con los árboles, los pájaros, los animales, los seres humanos, y con todo el mundo, incondicional-mente, sin pedir nada a cambio. La compasión es libertad de la ciega biología.

Antes de iluminarte deberías estar atento a no reprimir tu energía de amor. Eso es lo que han estado haciendo las viejas religiones: enseñarte a condenar las expresiones biológicas de tu amor. De manera que reprimes tu energía de amor, ¡y esa es la energía que se puede transformar en compasión!

Con el rechazo no hay ninguna posibilidad de transformación. Por eso vuestros santos no tienen compasión; en sus ojos no verás compasión. Son huesos absolutamente secos, no tienen sustancia alguna. Vivir con un santo durante veinticuatro horas es suficiente para experimentar el infierno. Seguramente, la gente se da cuenta de este hecho y, por eso, después de tocarle los pies salen corriendo inmediatamente.

Uno de los grandes filósofos de nuestra época, Bertrand Russell, declaró enfáticamente: «Si hay un cielo y un infierno, yo quiero ir al infierno». ¿Por qué? Simplemente para no estar con los santos, porque el cielo debe de estar lleno de esos santos muertos, aburridos y polvorientos. Y Bertrand Russell piensa: «No toleraría su compañía ni siquiera un minuto. ¡Imagínate pasar toda una eternidad rodeado para siempre de cadáveres que no conocen el

amor, que no conocen la amistad y que nunca van de vacaciones...!?!».

Un santo es santo los siete días de la semana. No le está permitido divertirse como un ser humano ni siquiera un día, aunque solo sea el domingo. No, permanece rígido y su rigidez sigue aumentando a medida que pasa el tiempo. Comprendo la elección de Bertrand Russell de ir al infierno porque entiendo lo que quiere decir. Está diciendo que en el infierno te encuentras a las personas más divertidas del mundo: los poetas, los pintores, los espíritus rebeldes, los científicos, la gente creativa, los bailarines, los actores, los cantantes o los músicos. ¡El infierno debe de ser realmente un cielo porque el cielo no es más que un infierno!

Las cosas han ido muy mal por una razón fundamental, y es que se ha reprimido la energía de amor. La contribución de Gautama Buda es: «No reprimas tu energía de amor. Reténla y usa la meditación para refinarla». Así, paralelamente, y a medida que crece la meditación, esta va refinando tu energía de amor y la convierte en compasión. Entonces, antes de que tu meditación alcance su punto culminante y explote en una hermosa experiencia de iluminación, la compasión estará muy cerca. Para la persona iluminada será posible dejar que su energía fluya —y ahora tiene toda la energía del mundo— a través de las raíces de la compasión hacia cualquier persona que esté lista para recibirla. Solamente este tipo de personas se convierten en maestros.

Iluminarse es sencillo pero convertirse en un maestro es un fenómeno muy complejo, porque es preciso que haya meditación y compasión. La meditación es fácil, la compasión también es fácil; pero las dos juntas, creciendo simultáneamente, es un asunto más complejo.

Las personas que se iluminan y no comparten su experiencia porque no sienten compasión, no contribuyen a la evolución de la conciencia sobre la tierra. No elevan el nivel de la comunidad. Solamente los maestros han sido capaces de elevar la conciencia. No importa lo pequeña que sea tu conciencia, el mérito es de los pocos maestros que, incluso después de la iluminación, han conseguido seguir siendo compasivos.

No te va a resultar fácil comprenderlo... la iluminación es tan absorbente que uno tiende a olvidarse del resto del mundo. Uno está tan absolutamente satisfecho que no le queda espacio para pensar en los millones de personas que están buscando la misma experiencia a tientas, a sabiendas o no, correcta o incorrectamente. Pero es imposible olvidarse de esas personas cuando la compasión sigue estando presente. De hecho, en ese momento tienes algo que dar, algo que compartir. Compartir es una gran alegría. Por medio de la compasión has llegado a saber, poco a poco, que cuanto más compartes más tienes. Si también puedes compartir tu iluminación, esta tendrá mayor riqueza, mayor viveza, mayor celebración y muchas otras dimensiones.

La iluminación puede ser unidimensional, como le ha ocurrido a mucha gente. Eso les satisface y desaparecen en la fuente universal. Pero la iluminación puede ser multidimensional, puede producir muchas flores en el mundo. Y estás en deuda con el mundo porque eres hijo de esta tierra.

Recuerdo una frase de Zaratustra: «No traiciones nunca a la tierra. Incluso en tu mayor gloria, no te olvides de la tierra, porque es tu madre. Y no te olvides de la gente. Pueden haberte entorpecido el camino, pueden haber sido tus enemigos, pueden haber intentado destruirte de todas las maneras; quizá ya te hayan crucificado, apedreado o envenenado, pero no te olvides de ellos. Cualquier cosa que te hayan hecho, lo han hecho de forma inconsciente. Si no les perdonas, ¿quién les va a perdonar? Y tu perdón te enriquecerá inmensamente».

Ten cuidado de no estar a favor de nada que vaya contra la compasión. La envidia, la

competencia o el esfuerzo por dominar... todas esas cosas van contra la compasión. Y te darás cuenta inmediatamente porque tu compasión empezará a tambalearse. En cuanto sientas que tu compasión titubea, debes de estar haciendo algo que va contra ella. Puedes envenenar tu compasión con cosas estúpidas que solamente te provocan ansiedad, angustia, lucha y el desgaste absoluto de una vida enormemente valiosa.

Te voy a contar una bella historia:

Juan llegó a casa una hora antes que de costumbre y se encontró a su mujer desnuda en la cama. Cuando le preguntó por qué, ella le explicó. «Estoy protestando porque no tengo ropa bonita para ponerme.»

Juan abrió el armario. «Eso es ridículo —dijo—, mira aquí dentro. Tienes un vestido amarillo, un vestido rojo, un vestido estampado, un traje de chaqueta y pantalón, un... ¡Hola, Paco! —y siguió diciendo—, un vestido verde...»

¡Eso es compasión! Compasión hacia su mujer y compasión hacia Paco. No hay celos ni pelea, simplemente: «¡Hola, Paco! ¿Qué tal?», y sigue con lo suyo. Ni siquiera le pregunta: «¿Qué estás haciendo en mi armario?».

La compasión es muy comprensiva. Es la comprensión más refinada que puede tener el ser humano.

A un hombre compasivo no deberían importarle los pequeños detalles de la vida que suceden continuamente. Solo así, de forma indirecta, estás ayudando a que tus energías compasivas se acumulen, se cristalicen, se fortalezcan y sigan aumentando con tu meditación. Así cuando llegue el momento dichoso, cuando estés lleno de luz, al menos tendrás un compañero, la compasión. A partir de ahí tendrás un nuevo estilo de vida... porque ahora es tanto lo que tienes que puedes bendecir al mundo entero.

Aunque Gautama Buda siempre insistió en no hacerla, finalmente tuvo que hacer una división o una clasificación de sus discípulos. A una categoría le da el nombre de *arhats*: son los iluminados, pero sin compasión. Han empleado toda su energía en la meditación pero no han escuchado lo que Buda había dicho acerca de la compasión. A los otros los llama *bodhisattvas*: son los que han escuchado su mensaje sobre la compasión. Están iluminados con compasión, de forma que no tienen prisa por llegar a la otra orilla; quieren quedarse en esta orilla pasando todo tipo de dificultades para ayudar a la gente. Su barco ya ha llegado, quizá el capitán esté diciendo: «No pierdas el tiempo, ha llegado la llamada de la otra orilla que has estado buscando toda tu vida». Pero convencen al capitán para que espere un poco y poder así compartir su alegría, su sabiduría, su luz y su amor con todas las personas que están buscando lo mismo. En su interior, esto se convertirá en un sentimiento de confianza: «Sí, efectivamente hay otra orilla, y cuando estés listo vendrá el barco para llevarte hasta allí. Hay una orilla de inmortales, una orilla donde no existe la desdicha, y donde la vida es simplemente una canción y una danza del momento. Pero, antes de dejar el mundo déjame darle a estas personas algo para que al menos lo puedan saborear».

Los maestros han intentado aferrarse a algo de todas las formas posibles para no ser arrastrados hasta la otra orilla. Según Buda, lo mejor es la compasión, porque la compasión, si se analiza en profundidad, también es un deseo. La idea de ayudar a los demás también es un deseo, siempre que tengas ese deseo no podrás ser transportado a la otra orilla. Es un hilo muy fino que te mantiene unido al mundo. Todo se rompe, todas las cadenas... excepto un fino hilo de amor. Pero Buda hacía énfasis en aferrarse en todo lo posible a ese fino hilo, ayudar a toda la gente que sea posible. Es la única forma de elevar la conciencia del mundo que te ha dado la vida, que te ha dado la oportunidad de iluminarte.

Ahora es el momento de devolverle algo, aunque no puedas devolver todo lo que la vida te ha dado; de dar algo en agradecimiento, aunque solo sean dos flores.

LA MEDITACIÓN ES LA FLOR Y LA COMPASIÓN ES SU FRAGANCIA

La meditación es la flor y la compasión es su fragancia.

Ocurre exactamente así. La flor florece y la fragancia se esparce por el viento en todas las direcciones para ser transportada hasta los confines del mundo. Pero lo más importante es el florecimiento de la flor.

El hombre también tiene un potencial de florecimiento. Hasta que el ser interno del hombre florezca, no será posible la fragancia de la compasión. La compasión no se puede practicar, no es una disciplina ni puedes dirigirla. Está más allá de ti. Si meditas, un día, súbitamente te darás cuenta de un nuevo fenómeno, algo absolutamente extraño que sale de tu ser, es la compasión que fluye hacia toda la existencia. Va hasta los mismos confines de la existencia sin encaminarla, sin dirigirla.

Sin la meditación, la energía sigue siendo pasión; con la meditación, la misma energía se convierte en compasión. La pasión y la compasión no son dos energías, sino una y la misma. Cuando esa energía pasa a través de la meditación se transforma, se transfigura y adquiere una cualidad diferente. La pasión se dirige hacia abajo, la compasión se dirige hacia arriba; la pasión se mueve a través del deseo, la compasión se mueve a través de la ausencia de deseos; la pasión es un entretenimiento para que olvides la desdicha en la que vives, la compasión es una celebración y una danza de realización, de satisfacción... estás tan satisfecho que puedes compartir. Ahora ya no queda nada; has alcanzado el destino que llevabas dentro de ti como un potencial o un brote sin florecer desde hace milenios. Ahora ha florecido y está bailando. Lo has conseguido, estás satisfecho y ya no tienes que conseguir nada más, no tienes que ir a ninguna parte, no tienes que hacer nada.

¿Y qué sucederá ahora con la energía? Empezarás a compartir. La misma energía que se movía por las capas oscuras de la pasión ahora se dirige hacia arriba con rayos luminosos; no está contaminada por ningún deseo ni por ningún condicionamiento. No está corrompida por ninguna motivación, por eso la llamo fragancia. La flor es limitada, pero la fragancia no. La flor tiene limitaciones, porque en alguna parte está enraizada en las ataduras, pero la fragancia no tiene ataduras. Simplemente se mueve, va por el viento; no tiene amarres en la tierra.

La meditación es una flor, tiene raíces y existe dentro de ti. La compasión, cuando sucede, no está arraigada sino que se va moviendo. Buda desapareció pero su compasión no. La flor tarde o temprano morirá —es parte de la tierra y el polvo vuelve a ser polvo— pero la fragancia que ha liberado se quedará para siempre jamás. Buda ha desaparecido y Jesús ha desaparecido, pero su fragancia no. Su compasión sigue estando, y cualquiera que esté receptivo a su compasión sentirá su impacto inmediatamente, le afectará y le iniciará en un nuevo viaje, una nueva peregrinación.

La compasión no se limita a la flor; aunque proviene de la flor, no es la flor. Llega a través de la flor, pero la flor solamente es un canal; en realidad, viene del más allá. Sin la flor no puede existir —la flor es un estadio necesario—, pero no pertenece a la flor. En cuanto la flor florece, libera su fragancia.

Hay que comprender profundamente esta insistencia, este énfasis, porque puedes empezar a practicar la compasión pero, si no lo comprendes, no se tratará de la auténtica fragancia. Una compasión practicada es sencillamente la misma pasión con otro nombre. Es el mismo

deseo contaminado, la motivación corrompida y puede ser muy peligrosa para los demás, porque en nombre de la compasión puedes destruir, en nombre de la compasión puedes crear ataduras. No se trata de compasión y si la practicas estarás siendo artificial y convencional; en el fondo, un hipócrita.

Lo primero que debes recordar es que la compasión no se puede practicar. En esto han fallado los seguidores de todos los grandes maestros religiosos. Buda alcanzó la compasión a través de la meditación, y ahora los budistas continúan practicando la compasión. Jesús alcanzó la compasión a través de la meditación y ahora los católicos, los misioneros católicos, continúan practicando el amor, la compasión, el servicio a la humanidad, pero su compasión ha demostrado ser muy

destruktiva para el mundo. Su compasión solo ha originado guerras y ha destruido a millones de personas que han acabado en profundas prisiones.

La compasión te libera y te da libertad, pero solo puede llegar a través de la meditación, no hay otra forma. Buda dijo que la compasión es un resultado, una consecuencia. No puedes lograr la consecuencia directamente, sino que debes hacer algo; tienes que provocar la causa para que le siga el efecto. Si realmente quieres entender qué es la compasión debes entender qué es la meditación. Olvídate de la compasión, porque llega espontáneamente.

Intenta comprender qué es la meditación. La compasión puede convertirse en el criterio que define si la meditación ha sido correcta o no. Si la meditación ha sido correcta, tenderá a haber compasión; eso es lo natural, ya que la sigue como si fuera su sombra. Si la meditación no ha sido correcta entonces no habrá compasión. La compasión puede por tanto actuar como un criterio para saber si la meditación ha sido realmente correcta o no. Y puede ser que la meditación esté mal. Las personas tienen la idea equivocada de que todas las meditaciones son correctas, pero no es así. Las meditaciones pueden estar mal. Por ejemplo, una meditación que te conduce a una concentración profunda no es correcta, y no acabará en compasión. En vez de ir abriéndote, te irás cerrando cada vez más. Si vas reduciendo tu conciencia, concentrándote en algo y excluyendo al resto de la existencia, si te centras solamente en una cosa, cada vez habrá más tensión dentro de ti. De ahí la palabra «atención». Significa «tensión». Concentración, el mismo sonido de la palabra ya crea una sensación de tensión.

La concentración tiene su utilidad pero no es meditación. Necesitas concentración para el trabajo científico, para la investigación o en un laboratorio científico. Tienes que concentrarte en un problema y excluir todo lo demás, hasta el punto de que casi te olvidas del resto del mundo. Tu mundo es el problema en el que estás concentrándote. Por eso los científicos son tan despistados. Las personas que se concentran demasiado suelen volverse despistadas, porque no saben mantenerse abiertas al mundo.

Estaba leyendo una anécdota:

—He comprado una rana —dijo el profesor de zoología rebosante de alegría a su clase—, recién sacada de la charca, para que podamos estudiar su apariencia externa y luego diseccionarla.

Desenvolvió cuidadosamente el paquete que llevaba y dentro había un sándwich. El buen profesor lo miró asombrado.

—¡Qué extraño! —dijo—, recuerdo perfectamente haberme tomado el almuerzo.

Esto les sucede constantemente a los científicos. Se centran en algo, y su mente se estrecha. Por supuesto, una mente estrecha tiene su utilidad: se vuelve más penetrante, es como una afilada aguja que da justo en la diana, pero se pierde la gran vida que la rodea.

Un buda no es un hombre de concentración, sino un hombre de conocimiento. No ha intentado estrechar su conciencia, al contrario, ha intentado eliminar todas las barreras para estar totalmente abierto a la existencia. Observa... la existencia es simul-tánea. Estoy hablando aquí y a la vez está sonando el ruido del tráfico, el tren, los pájaros, el viento que sopla en los árboles, y en este momento converge toda la existencia. Tú me escuchas, yo te hablo, y a la vez están sucediendo millones de cosas; la existencia es inmensamente rica.

La concentración te centra en una cosa pero pagas un precio muy alto: se descarta el noventa y nueve por ciento restante de la vida. Cuando estás resolviendo un problema de matemáticas no puedes escuchar a los pájaros porque se convertirían en una distracción. Los niños que juegan alrededor y los perros que ladran en la calle son una distracción. Gracias a la concentración la gente ha intentado escapar de la vida; ir al Himalaya, a una cueva, permanecer aislado para así poder concentrarse en Dios. Pero Dios no es un objeto. Dios es la existencia al completo, es este momento; Dios es la totalidad. Por eso, la ciencia jamás será capaz de conocer la divinidad. El método científico en sí es la concentración, y a causa de ese método la ciencia nunca podrá conocer lo divino.

Sin embargo, sí puede conocer el detalle más mínimo. En un principio, se creía que la molécula era la partícula más pequeña, pero después la dividieron. Entonces se descubrió que había una parte aún más pequeña, el átomo. Después, los métodos de concentración también lo dividieron. Ahora hay electrones, protones, neutrones y, antes o después, estos también se dividirán. La ciencia va de lo pequeño a lo más pequeño, y lo más grande, lo vasto, se olvida completamente. El todo se olvida completamente a causa de la parte. La ciencia nunca conocerá la divinidad, a causa de la concentración. Cuando la gente viene y me pide: «Osho, enséñanos a concentrarnos, queremos conocer lo divino», me sorprende. No han comprendido lo más esencial de la búsqueda.

La ciencia se enfoca en algo; su búsqueda es objetiva. La religiosidad es simultaneidad, el objeto de la búsqueda es el todo, la totalidad. Para conocer la totalidad debes tener una conciencia que esté abierta por todos los lados y no esté limitada, que no mire desde una ventana, si no, el marco de la ventana se convertirá en el marco de la existencia. La meditación es estar sencillamente bajo el sol al cielo raso. La meditación no tiene marcos, no es una ventana ni una puerta. La meditación no es concentración ni atención, la meditación es conciencia.

Entonces, ¿qué podemos hacer? Repetir un mantra o hacer meditación trascendental no nos va a servir. En Estados Unidos, la meditación trascendental ha cobrado tanta importancia por su enfoque objetivo y su mente científica. Es la única meditación sobre la que se puede hacer una investigación científica. Se trata de concentración y no de meditación, por eso es comprensible para la mente científica. En las universidades, en los laboratorios y en los trabajos de investigación psicológica se ha investigado mucho sobre la meditación trascendental, porque *no* es meditación. Se trata de concentración, es un método de concentración y se encuentra en la misma categoría de la concentración científica porque entre ambas hay nexos de unión. Pero no tiene nada que ver con la meditación. La meditación es tan amplia, tan inmensamente infinita, que no es posible la investigación científica. Solo la compasión podrá demostrar si una persona lo ha conseguido o no. Las ondas alfa no serán de gran ayuda porque siguen estando en la mente, y la meditación no es de la mente sino del más allá.

Permíteme que te diga algunas cosas fundamentales. Primero, que la meditación no es concentración sino relajación; simplemente te relajas en ti mismo. Cuanto más te relajas, más abierto te sientes, y más vulnerable. Estás menos rígido, más flexible y, de repente, la existencia empieza a penetrarte. Ya no eres como una piedra sino que tienes ranuras. Relajación significa dejarte llevar a un estado en el que no haces nada, porque si haces algo,

seguirá habiendo tensión. Es un estado de no acción. Simplemente te relajas y disfrutas de la sensación de relajación. Relájate, cierra los ojos y escucha todo lo que ocurre a tu alrededor. No sientas que algo te está distrayendo; en el momento que sientes que algo te distrae, estás negando lo divino. Ahora ha llegado hasta ti como si fuese un pájaro. ¡No lo rechaces! En el momento siguiente puede hacerlo en forma de un perro que ladra, un niño que llora y grita o un loco que se ríe. No lo niegues, no lo rechaces.

Acéptalo, porque cada vez que rechazas algo te estás tensando. Todas las negaciones provocan tensión. Acepta. Si quieres relajarte, el camino es la aceptación. Acepta todo lo que esté sucediendo a tu alrededor; deja que sea un todo orgánico. Aunque no lo sepas, todo está interrelacionado. Esos pájaros, esos árboles, ese cielo, este sol, esta tierra, tú, yo... todo está relacionado. Es una unidad orgánica. Si desaparece el sol, desaparecerán los árboles y los pájaros; si desaparecen los pájaros y los árboles, desaparecerás tú; no seguirás existiendo. Esto es la ecología. Todo está íntimamente relacionado con lo demás. De manera que no niegues nada, porque en el momento que niegas, estás negando algo tuyo. Si niegas a esos pájaros que cantan, estás negando algo de ti.

Cuando niegas, cuando rechazas, cuando estás distraído o enfadado, estás rechazando algo tuyo. Escucha de nuevo a los pájaros sin ninguna sensación de distracción ni de enfado, y súbitamente verás que el pájaro que hay en tu interior responde. Entonces, esos pájaros no son extraños o intrusos, sino que toda la existencia se vuelve una familia. Lo es; la persona que ha llegado a comprender que toda la existencia es una familia es la que yo llamo religiosa. Quizá no vaya a la iglesia, ni rinda culto en ningún templo o rece en una mezquita o santuario, pero eso no importa, es irrelevante. Si lo haces está bien y si no lo haces mejor. Pero quien ha entendido la unidad orgánica de la existencia está constantemente en el templo frente a lo sagrado y lo divino.

Si estás repitiendo algún estúpido mantra, crearás que los pájaros son tontos. Si estás repitiendo algún disparate dentro de ti o pensando en alguna trivialidad —puedes llamarlo filosofía o religión— entonces los pájaros serán una distracción. Sus sonidos son divinos. No dicen nada, simplemente burbujan de deleite. Su canción no tiene ningún sentido; es solo energía desbordante. Quieren compartirla con la existencia, con los árboles, con las flores y contigo. No tienen nada que decir, solo están ahí siendo ellos mismos.

Cuando te relajas, aceptas; la aceptación de la existencia es la única manera de relajarse. Si te molestan las pequeñas cosas, entonces es que te molesta tu actitud. Siéntate en silencio, escucha todo lo que está ocurriendo a tu alrededor y relájate. Acepta, relájate y de pronto sentirás una inmensa energía que nace dentro de ti. Primero, sentirás esa energía como si tu respiración se volviera más profunda. Normalmente tu respiración es muy superficial y, a veces, cuando intentas respirar profundamente o empiezas a hacer ejercicios de yoga con tu respiración, estás haciendo un esfuerzo. Este esfuerzo no es necesario. Sencillamente acepta la vida, relájate y de repente sentirás que tu respiración se vuelve más profunda. Relájate más y la respiración será aún más profunda. Se vuelve lenta, rítmica, casi la puedes disfrutar y proporciona cierto deleite. Después te darás cuenta de que la respiración es el puente entre tú y la totalidad.

Observa sin más y no hagas nada. Y cuando digo, observa, no *intentas* observar, de lo contrario estarás tenso y empezarás a concentrarte en la respiración. Relájate y nada más, sigue relajado, suelto, y observa... porque ¿qué más puedes hacer? Estás ahí, no hay nada que hacer, nada que aceptar, nada que negar o rechazar, no hay lucha ni pelea, no hay conflicto, la respiración se va haciendo profunda, ¿qué puedes hacer? Simplemente observar. Recuerda, observa sin más. No hagas un esfuerzo para observar. Esto es lo que Buda ha llamado *vipassana*: la observación de la respiración, atención a la respiración o *satipatthana*: recordar, estar alerta de la energía vital que se mueve con la respiración. No intentes respirar

profundamente, no intentes inhalar o exhalar, no hagas nada. Relájate simplemente dejando que la respiración fluya naturalmente —entrando y saliendo por su cuenta—, y tendrás muchas cosas al alcance de la mano.

La primera es que la respiración se puede entender de dos formas diferentes, porque es un puente. Una parte está unida a ti y la otra está unida a la existencia. Por eso se puede entender de dos maneras. Puedes tomarlo por un acto voluntario. Si quieres inhalar profundamente, inhalas profundamente; si quieres exhalar profundamente, puedes exhalar profundamente. Puedes intervenir en ella. Una parte está unida a ti, pero si no haces nada, la respiración continúa de todas formas. No es necesario que hagas nada; continúa. También es involuntaria.

La otra parte está unida a la existencia misma. Puedes pensar en ella como si la estuvieses tomando, respirando, o puedes pensar justo lo contrario, como si te estuviese respirando. Y hay que entender esta otra forma porque te llevará a una profunda relajación. No es que estés respirando, sino que la existencia te está respirando. Es un cambio de la *gestalt* y sucede espontáneamente. Si te sigues relajando, aceptándolo todo, aceptándote, poco a poco, te darás cuenta de que tú no estás tomando esas respiraciones sino que están yendo y viniendo por su cuenta. Con tanta gracia, con tanta dignidad, con tanto ritmo, con un ritmo tan armonioso. ¿Quién lo está haciendo? La existencia está respirándote. Entra dentro de ti y sale de ti. A cada momento te rejuvenece y vuelve a llenarte de vida.

De pronto ves la respiración como un acontecer... y así es como debería crecer la meditación. Puedes hacerlo en cualquier parte, incluso en medio de la calle, porque ese ruido también es divino. Y si te sientas en silencio, podrás ver que incluso en el ruido de la calle hay cierta armonía. Ya no es una distracción. Si estás en silencio puedes ver muchas cosas, enormes olas de energía moviéndose por todas partes. Cuando lo aceptes, lo sentirás vayas donde vayas.

El pájaro no es importante pero sentirás algo enormemente sublime, sentirás algo sagrado, luminoso, misterioso. A tu alrededor se están produciendo milagros constantemente, pero tú te los pierdes.

Cuando la meditación se asienta en ti y sigues el ritmo de la existencia, la compasión es una consecuencia. De repente sientes que estás enamorado de la totalidad y que el otro ya no es el otro; tú también estás vivo en el otro. El árbol ya no es simplemente «ese árbol»; de alguna manera está relacionado contigo. Todo está interrelacionado. Tocas una hoja de hierba y has tocado todas las estrellas, porque todo está relacionado. No puede ser de otra manera. La existencia es orgánica. Es una. Es una unidad.

Como no estamos atentos no nos damos cuenta de lo que nos hacemos. Ocurre una cosa y entonces empieza a suceder algo que nunca habrías pensado que estuviera relacionado.

Precisamente la otra noche estaba leyendo algo sobre el olfato. Este sentido, la capacidad de oler, prácticamente ha desaparecido para la humanidad pero en los animales está muy desarrollado. Un caballo puede oler a muchos kilómetros de distancia y un perro puede oler más que un hombre. Solo por el olor, un perro sabe si está viniendo su amo y después de muchos años el perro seguirá reconociendo el olor de su amo. Sin embargo, el hombre se ha olvidado por completo.

¿Qué le ha pasado al sentido del olfato de los seres humanos? ¿Qué calamidad ha ocurrido? No parece haber ningún motivo para que se haya reprimido el sentido del olfato. Conscientemente, ninguna cultura lo ha reprimido. Pero sí ha sido reprimido. Se ha reprimido a causa del sexo. La humanidad vive con una sexualidad profundamente reprimida y el olfato está conectado con el sexo. Antes de hacer el amor, el perro olfatea a su pareja y no hace el

amor hasta que no huela una profunda armonía entre los dos cuerpos. Cuando el olor encaja, sabe que los cuerpos están en armonía, pueden llevarse bien y convertirse en una canción: la unidad es posible incluso un solo instante.

Al reprimirse el sexo en todas las partes del mundo, se ha reprimido también el sentido del olfato. La palabra misma es un poco peyorativa. Si te digo: «¿oyes?» o «¿ves?», no te ofendes, pero si te digo «¿huelas?» tampoco deberías ofenderte puesto que estás usando el mismo lenguaje. El olfato es una facultad, igual que la vista o el oído. Cuando pregunto «¿huelas?» te ofendes porque has olvidado que es una facultad y no un reproche.

Hay una anécdota muy famosa de un pensador inglés, el doctor Johnson. Estaba sentado en una diligencia y entró una señora que le dijo: «Señor, ¿usted huele!».

Como se trataba de un hombre de letras, un lingüista, le respondió: «No, señora. Usted huele. ¡Yo apesto!».

El olfato es una facultad. «Usted huele. Yo apesto.» Lingüísticamente tiene razón. Según la gramática debería ser así. Pero la palabra se ha vuelto peyorativa. ¿Qué ha ocurrido con el olfato? En cuanto reprimes la sexualidad, reprimes también el sentido del olfato. Este sentido está completamente lisiado, y cuando dañas un sentido dañas también una parte de la mente. Si tienes cinco sentidos, la mente tendrá las cinco partes correspondientes. Una quinta parte de la mente está dañada y no lo sabemos. Eso significa que está dañada una quinta parte de la vida. Esto tiene enormes consecuencias. Si tocas una pequeña cosa en algún lugar, provocas una reverberación en todas partes.

El olfato se ha reprimido por la represión sexual, y tu respiración se ha vuelto superficial a causa de la represión sexual, porque cuando respiras profundamente tu respiración masajea el centro sexual en tu interior. Muchos me dicen: «Cuando respiro hondo, me siento más sexual». Cuando haces el amor con alguien tu respiración se vuelve más profunda, pero si mantienes una respiración superficial no serás capaz de alcanzar el orgasmo. Con la represión de la sexualidad y de la respiración, las personas se han vuelto incapaces de meditar. ¡Fíjate qué disparate! Reprimiendo la sexualidad, hemos reprimido la respiración; y la respiración es el único puente que hay entre tú y el todo.

Gurdjieff tenía razón cuando decía que casi todas las religiones se comportan de tal modo que parece que están en contra de Dios. Hablan de Dios pero parece que están en contra de la divinidad. Su forma de comportarse va contra la divinidad. Ahora que se ha reprimido la respiración, se ha roto el puente. Solo puedes respirar superficialmente, no puedes profundizar, y si no puedes profundizar en tu interior no puedes profundizar en la existencia.

Buda convierte la respiración en el fundamento. Una respiración profunda, relajada; ser consciente de ella te proporciona un enorme silencio y relajación, poco a poco, te fundes, te disuelves y desapareces. Ya no eres una isla separada sino que empiezas a vibrar con el todo. Dejas de ser una nota suelta y pasas a formar parte de toda esta sinfonía. Surge la compasión.

La compasión solo surge cuando puedes ver que todo el mundo está relacionado contigo. La compasión solo surge cuando tú formas parte del mundo y el mundo forma parte de ti. Nadie está separado. Cuando desaparece la ilusión de la separación, surge la compasión. La compasión no es una técnica.

En la experiencia humana, la relación entre una madre y su hijo es lo más parecido a la compasión. La gente lo llama amor, pero no debería llamarse amor. Es más compasión que amor, porque no hay pasión. El amor de una madre por su hijo es lo más parecido a la compasión. ¿Por qué? Porque la madre ha sentido al niño cuando estaba dentro de ella, y aunque el niño haya nacido y siga creciendo, la madre sigue estando sutilmente acompasada

con su hijo. Si el niño está enfermo la madre se dará cuenta aunque esté a muchos kilómetros de distancia. Quizá no sepa qué ha ocurrido, pero empezará a sentirse deprimida: quizá no sepa que su hijo está sufriendo, pero ella empezará a sufrir. Intentará racionalizar por qué está sufriendo —su estómago no está bien, le duele la cabeza o cualquier otra cosa— pero actualmente, la psicología profunda dice que la madre y el hijo permanecen unidos con ondas de energía sutil porque siguen vibrando en la misma longitud de onda.

Entre madre e hijo hay más telepatía que entre cualquier otro par de personas. Sucede lo mismo con los gemelos; entre ellos hay mucha telepatía. En la Unión Soviética se han hecho muchos experimentos sobre la telepatía, por supuesto no por motivos religiosos sino porque estaban intentando descubrir si la telepatía se podía usar como una técnica de guerra. Descubrieron que los gemelos tenían mucha telepatía. Si un gemelo se resfría, el otro gemelo, a miles de kilómetros de distancia, también se resfría. Vibran con la misma longitud de onda, les afectan las mismas cosas. Es porque ambos han vivido en el mismo vientre formando parte del otro, han estado juntos en el vientre de la madre.

El sentimiento de una madre hacia su hijo es más parecido a la compasión porque siente que su hijo es suyo.

Estaba leyendo una anécdota:

Durante una inspección preliminar al campamento de los boy scouts, el director encontró un paraguas escondido en el saco de dormir de un pequeño scout, que obviamente no formaba parte de la lista de equipaje. El director llamó al chico para que le diera una explicación. El jovencito lo hizo preguntándole: «Señor, ¿usted no ha tenido una madre?».

Madre quiere decir compasión, madre quiere decir sentir por los demás lo que uno siente por sí mismo. Cuando una persona medita profundamente y se ilumina, se convierte en una madre. Buda es más parecido a una madre que a un padre. La asociación de los cristianos con la palabra «padre» no es muy relevante ni hermosa. Llamar «padre» a lo divino suena un poco machista. Si hay un Dios, solo puede ser una madre y no un padre. «Padre» es algo muy institucional. El padre es una institución. En la naturaleza, el padre no existe como tal. Si le preguntas a un lingüista te dirá que la palabra «tío» es más antigua que la palabra «padre». Los tíos existieron antes porque nadie sabía quién era el padre. La institución del padre entró en la vida del hombre cuando se estableció la propiedad privada, cuando el matrimonio se convirtió en una forma de propiedad privada. Es muy frágil y puede desaparecer cualquier día. La sociedad va cambiando y esta institución puede desaparecer como han desaparecido muchas otras. Pero la madre permanecerá porque es natural.

En Oriente hay muchas personas y tradiciones que han llamado madre a Dios. Su enfoque es más relevante. Observa a Buda, su rostro recuerda más al rostro de una mujer que al de un hombre. De hecho, por eso no se representa con barba o bigote. Nunca verás un bigote o una barba en los rostros de Mahavira, Buda, Krisna o Ram. No es que carezcan de las hormonas correspondientes —seguro que tuvieron barba— pero no se les representa con barba porque eso les daría una apariencia mucho más masculina.

En Oriente los hechos no nos preocupan demasiado; nos preocupa mucho más la relevancia, el significado. Indudablemente, todas las estatuas de Buda que has visto son falsas, pero eso en Oriente no nos preocupa. Es significativo porque Buda se ha vuelto más femenino, más mujer. Es un cambio del hemisferio izquierdo del cerebro al hemisferio derecho del mismo, de lo masculino a lo femenino, el cambio de la agresividad a la pasividad, de lo positivo a lo negativo, del esfuerzo a la ausencia de esfuerzo. Buda es más femenino, más maternal. Si realmente te conviertes en un meditador, poco a poco podrás ver muchos cambios en tu ser y empezarás a sentirte más como una mujer que como un hombre, más

agraciado, más receptivo, no violento y cariñoso. Y la compasión surgirá continuamente de tu ser; simplemente será una fragancia natural.

Normalmente, lo que llamas compasión sigue ocultando tu pasión. Aunque a veces sientas pena hacia la gente, observa, disecciónala, profundiza más en tu sentimiento y en algún lugar encontrarás que existe algún motivo. En el fondo, siempre hay algún motivo incluso en los actos que creemos muy compasivos.

He oído contar esta historia:

Luis regresó a casa y se quedó desconcertado al encontrarse a su mujer en los brazos de otro hombre. Salió del cuarto chillando:

—Voy a por mi pistola.

Su mujer corrió tras él a pesar de estar desnuda, le sujetó y gritó:

—Necio, ¿por qué te alteras tanto? Mi amante es quien ha pagado los muebles nuevos y mi ropa nueva. El dinero extra que te dije que había ganado con la costura, todos los pequeños lujos que he podido comprar, ¡todo eso se lo debemos a él!

Pero Luis se soltó de su mujer y siguió subiendo.

—¡Deja la pistola, Luis! —gritó su mujer.

—¿Qué pistola? —replicó Luis—. Voy a por una manta. Ese pobre se va a resfriar como siga ahí tumbado desnudo.

Aunque sientas compasión —o creas que la sientes, o finjas que la sientes— tendrás que profundizar y analizarla y siempre encontrarás algún motivo. No es pura compasión. Y si no es pura, no es compasión. La pureza es un ingrediente básico en la compasión, si no, se tratará de otra cosa, será algún tipo de formalismo. Hemos aprendido a ser formales: cómo comportarte con tu mujer, con tu marido, con tus hijos, con tus amigos, con tu familia. Lo hemos aprendido todo. La compasión no es algo que se pueda aprender. Cuando hayas desaprendido todos los formalismos, la etiqueta y las buenas costumbres, nacerá en ti la compasión. La compasión es salvaje; no huele a etiqueta ni a formalismo. Comparadas con ella, todas esas cosas están muertas. Está muy viva y es una llama de amor.

En el duodécimo agujero de una competición de golf muy reñida, los campos daban a la autopista, y mientras los señores Martín y Blanco se aproximaban al campo, vieron cómo avanzaba por la carretera la procesión de un funeral.

En esto, Martín se detuvo, se quitó el sombrero, lo puso sobre su corazón e inclinó la cabeza hasta que la procesión hubo desaparecido tras la curva.

Blanco estaba asombrado y cuando Martín volvió a ponerse el sombrero le dijo:

—Eso ha sido muy respetuoso y delicado por tu parte, Martín.

—Bueno —dijo Martín—, no podía hacer menos. Al fin y al cabo, he estado casado con esa mujer durante veinte años.

La vida se ha vuelto artificial y formal, porque tienes que hacer determinadas cosas. Por supuesto, realizas tus tareas con desgana por eso es normal que te pierdas gran parte de la vida, porque la vida solo es posible cuando estás vivo, intensamente vivo. Si tu llama ha sido cubierta con formalismos, tareas y reglas que tienes que satisfacer con desgana, solo puedes ir arrastrándote. Podrás arrastrarte cómodamente, tu vida puede ser una vida llena de comodidades, pero no estará realmente viva.

Una vida realmente viva es, en algún sentido, caótica. Digo en algún sentido porque ese

caos tiene su propia disciplina. No tiene reglas porque no las necesita. Intrínsecamente posee la regla más básica y no necesita reglas externas.

Ahora un cuento zen:

Un día de invierno, un samurai llegó al templo de Eisai y suplicó:

—Soy pobre y estoy enfermo —dijo—, y mi familia se está muriendo de hambre. Por favor, maestro, ayúdanos.

La vida de Eisai era muy austera ya que dependía de la limosna de las viudas, y no tenía nada para darle. Estaba a punto de despedir al samurai cuando recordó que en la sala había una imagen de Yakushi-Buda. Subiéndose a la imagen, le arrancó la corona y se la dio al samurai.

—Véndela —dijo Eisai—. Te servirá para salir del apuro.

Perplejo, el desesperado samurai la cogió y se marchó.

—¡Maestro! —exclamó uno de los discípulos de Eisai—. ¡Eso es un sacrilegio! ¿Cómo has podido hacer algo así?

—¿Sacrilegio? ¡Bah! Por así decirlo, solamente le he dado una utilidad a la mente de Buda que está llena de amor y misericordia. Él mismo se habría cortado una extremidad si hubiese oído a ese pobre samurái.

Es una historia muy sencilla pero muy significativa. En primer lugar, incluso cuando no tengas nada para dar, vuelve a mirar. Siempre podrás encontrar algo. Incluso cuando no tienes nada para dar, siempre puedes encontrar algo. Es una cuestión de actitud. Si no puedes dar nada, al menos puedes sonreír; si no puedes dar nada, al menos puedes sentarte con la persona y cogerle la mano. No es cuestión de dar algo sino cuestión de dar.

Eisai era un monje pobre como todos los monjes budistas. Su vida era austera y no tenía nada para dar. Normalmente, sería un sacrilegio quitarle la corona a la estatua de Buda para dársela a alguien. No se le pasaría por la cabeza a ninguna persona de las que llamamos religiosas. Solo sería capaz de hacerlo alguien que es *realmente* religioso; por eso la compasión no tiene reglas y está más allá de las reglas. La compasión es salvaje y no atiende a formalismos.

De repente, Eisai recordó la imagen de Buda que había en la sala. En Japón y China, a Buda le ponen una corona dorada en la cabeza para representar el aura que hay alrededor de su cabeza. De repente, Eisai se acordó... debía adorar a esa misma estatua todos los días.

Acercándose hasta la estatua le arrancó la corona y se la dio al samurái.

—Véndela —dijo Eisai—. Te servirá para salir del apuro.

Perplejo, el desesperado samurái la cogió y se marchó.

Hasta el samurái estaba perplejo. No se lo esperaba. Incluso él debió de pensar que era un sacrilegio. ¿Qué clase de hombre es este? ¿Un seguidor de Buda que destruye la estatua!? Es sacrilegio simplemente tocar la estatua y él le ha arrancado la corona.

Esta es la diferencia entre una persona realmente religiosa y una persona supuestamente religiosa. Los que llamamos religiosos siempre observan las normas, siempre piensan en lo que es apropiado o no. Pero una persona realmente religiosa lo vive. Para ella no hay nada que sea apropiado o que no lo sea. La compasión es tan infinitamente apropiada que cualquier cosa que se haga por compasión, será automáticamente apropiada.

—¡Maestro! —exclamó uno de los discípulos de Eisai—. ¡Eso es un sacrilegio!
¿Cómo has podido hacer algo así?

Hasta el discípulo sabe que no está bien y que ha hecho algo inapropiado.

—¿Sacrilegio? ¡Bah! Por así decirlo, solamente le he dado una utilidad a la mente de Buda que está llena de amor y misericordia. Él mismo se habría cortado una extremidad si hubiese oído a ese pobre samurái.

Entender es diferente a obedecer. Cuando obedeces estás casi ciego; además hay reglas que debes respetar. Cuando entiendes también obedeces pero ya no estás ciego. Cada momento decide, tu conciencia responde en cada momento y todo lo que hagas está bien.

Una de las historias más bellas es la de un monje zen que en una noche de invierno pidió que le permitiesen quedarse en un templo. Estaba tiritando porque hacía frío y fuera estaba nevando. Por supuesto, el sacerdote del templo se apiadó de él y le dijo:

—Puedes quedarte, pero solamente una noche, porque este templo no es un hotel. Por la mañana tendrás que marcharte.

En mitad de la noche, de pronto, el sacerdote oyó un ruido. Fue corriendo y no podía creer lo que estaba viendo. El monje estaba sentado junto a un fuego que había encendido dentro del templo. Y faltaba una estatua de Buda. En Japón las estatuas de Buda son de madera.

El sacerdote le preguntó:

—¿Dónde está la estatua?

El maestro señaló hacia el fuego y dijo:

—Tenía mucho frío y estaba tiritando.

—¿Estás loco? —exclamó el sacerdote—. ¿No te das cuenta de lo que has hecho? Era una estatua de Buda. ¡Has quemado a Buda!

El maestro miró el fuego, que estaba desapareciendo, y lo removió con un palo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el sacerdote.

—Estoy tratando de encontrar los huesos de Buda —respondió.

—Estás loco de remate —dijo el sacerdote—, es un Buda de madera. No tiene huesos.

Entonces el maestro dijo:

—La noche es larga y cada vez hace más frío. ¿Por qué no traemos también esos otros dos budas?

Por supuesto, le echaron del templo inmediatamente. ¡Ese hombre era un peligro! Cuando le estaban echando, dijo:

—¿Qué hacéis, estáis expulsando a un buda vivo por respeto a un buda de madera? El buda vivo estaba sufriendo tanto que tuve que ser compasivo. Si Buda estuviese vivo habría hecho lo mismo. Él mismo me habría dado esas tres estatuas. ¡Estoy seguro! Sé que él habría hecho lo mismo.

Pero ¿quién lo escuchaba? Le echaron a la nieve y cerraron las puertas. Por la mañana, cuando salió el sacerdote, se encontró al maestro adorando un mojón sobre el que había colocado unas flores. El sacerdote volvió y le dijo:

—¿Y ahora qué haces, adorar un mojón?

El maestro dijo:

—Cuando llega la hora de rezar, creo mis budas en cualquier parte, porque están en todas partes. Este mojón vale tanto como los budas de madera que tienes ahí dentro.

Es una cuestión de actitud. Cuando miras con ojos adoradores, entonces todo se vuelve divino.

Y recuerda, la historia de Eisai es fácil de entender porque la compasión se muestra hacia otra persona. Esta historia es más difícil y complicada de entender porque la compasión es hacia uno mismo. Una verdadera persona de conocimiento no es dura con los demás y tampoco consigo misma, porque la energía es una y la misma. Una verdadera persona de conocimiento no es masoquista. No es sádica ni masoquista. Una verdadera persona de conocimiento comprende que sencillamente no hay separación; todo es sagrado, incluido él mismo, y vive con esta comprensión.

Vivir una vida que se sustenta en la comprensión es compasión. No intentes practicarla; solo relájate profundamente en la meditación. Durante la meditación, permanece en un estado de relajación y de repente podrás oler la fragancia que surge de tu ser más profundo. Entonces florece la flor y se expande la compasión. La meditación es la flor y la compasión es su fragancia.

UN DESEO ES UN DESEO ES UN DESEO -RESPUESTAS A PREGUNTAS

Por favor, ¿podrías hablarnos del deseo de ayudar a los demás, y de las diferencias o similitudes con otras formas de deseo?

El deseo es el deseo, y no hay ninguna diferencia. Tanto si quieres ayudar a los demás como si quieres hacerles daño, la naturaleza del deseo sigue siendo la misma.

Un buda no desea ayudar a los demás, lo hace, pero en ello no hay ningún deseo; es algo que sucede espontáneamente. Es la fragancia de una flor que acaba de florecer. La flor no está deseando soltar su fragancia a los vientos para los demás, no le atañe que su aroma los alcance. Si alcanza a los demás solo es por accidente, y si no lo hace también es por accidente. La flor desprende su fragancia espontáneamente. Sale el sol pero no tiene el deseo de despertar a nadie, el deseo de abrir las flores o el deseo de animar a los pájaros para que canten. Todo eso sucede espontáneamente.

Un buda no ayuda porque esté deseando ayudar, sino porque su naturaleza es la compasión. Todos los meditadores se vuelven compasivos pero no son «siervos de los demás». Los siervos de los demás son maliciosos; el mundo ha padecido demasiado a estos siervos porque su servicio es deseo disfrazado de compasión, y el deseo jamás podrá ser compasivo.

El deseo es siempre una explotación. Puedes explotar en nombre de la compasión o puedes explotar con otros bonitos nombres. Puedes hablar de servicio a la humanidad y de hermandad o religión, Dios y verdad. Todas esas bonitas palabras solo provocarán cada vez más guerras, más derramamiento de sangre, y cada vez más personas serán crucificadas y quemadas vivas. Eso es lo que ha estado sucediendo hasta ahora. Y seguirá siendo así si no aportas comprensión al mundo.

Por eso, lo primero que hay que recordar es que desear es lo mismo, tanto si deseas ayudar como si deseas hacer daño. No se trata del objeto del deseo, sino de la naturaleza del deseo en sí. La naturaleza del deseo te conduce al futuro, trae aquí el mañana. Y con el

mañana vienen todas las tensiones y toda la ansiedad de si podrás conseguirlo o no, si podrás triunfar o no. El miedo al fracaso y la ambición de triunfar están ahí, lo mismo si deseas dinero o victoria como si deseas ser compasivo hacia la gente o llevarles la salvación; se trata del mismo juego. Solo cambian los nombres. Es fundamental que comprendas esto.

Un hombre le preguntó a Buda: «Me gustaría ayudar a los demás. Enséñame». Buda le miró y se puso muy triste. El hombre, confundido, le dijo: «¿Por qué te has entristecido? ¿He dicho algo que esté mal?».

Buda dijo: «¿Cómo puedes ayudar a los demás? ¡Ni siquiera te has ayudado a ti mismo! En nombre de la ayuda solo les vas a hacer daño».

Primero debes llevar la luz a tu ser. Permite que la llama prenda en tu conciencia... y entonces no harás esa pregunta. Después, • naturalmente, tu propia presencia y todo lo que hagas serán de gran ayuda.

El deseo es el deseo. No hay un deseo material o un deseo espiritual. Ayudar a los demás es un deseo ególatra para ser más santo que ellos. Te vuelves más sabio que los demás; tú eres quien sabe y ellos no. Quieres ayudar a los demás porque tú has entendido y ellos son unos ignorantes que están dando tumbos en la oscuridad, y quieres ser una luz para ellos. Quieres convertirte en su maestro reduciéndolos así a discípulos. Si existe este deseo, no les va a servir a ellos y tampoco te va a ayudar a ti sino que duplicará el daño. Será como una espada de doble filo que cortará a los demás pero también a ti. Es destructivo y no puede ser creativo.

Hay también otro tipo de ayuda que no surge del deseo ni de ninguna proyección del ego. Esa ayuda, ese tipo de compasión solo sucede en la última cima de la meditación y nunca antes. Cuando la primavera llega a tu conciencia, cuando en tu interior solo hay flores, los demás empiezan a recibir la fragancia. No es necesario que lo desees; en realidad, no lo puedes evitar. Aunque intentes impedirlo no podrás hacer nada. Es inevitable que alcance a los demás. Se convertirá en la luz de su vida y será el heraldo de los nuevos comienzos. Y no porque tú lo desees, sino porque tú te has transformado.

Hay una meditación budista que se denomina Maitri Bhavana. Comienza diciéndose a uno mismo: «Que tenga salud, que sea feliz, que esté libre de enemigos, que esté libre de hacerme daño a mí mismo». Tras ser penetrado por el sentimiento que generan estos pensamientos, la siguiente fase de la meditación consiste en extenderlo a los demás; para empezar, visualizando a las personas que amas y transmitiéndoles estos buenos sentimientos; después lo mismo con las personas a las que amas menos hasta que incluso puedas sentir compasión por aquellos a los que odias. Solía sentir que esta meditación me abría a los demás.

Pero dejé de hacerla porque podía ver el peligro de que se convirtiese en una especie de autohipnosis. Esta meditación todavía me atrae pero estoy confundido sobre si debería volver a hacerla, aunque quizá con una actitud diferente, o si debería dejarla. ¿Por favor, puedes hablarme de esta meditación? Estaría muy agradecido.

Maitri Bhavana es una de las meditaciones más penetrantes. No debes tener miedo a entrar en un tipo de autohipnosis porque no lo es. En realidad, es un tipo de deshipnosis. Parece una hipnosis porque se trata del proceso inverso. Es como si vinieras a verme desde tu casa, caminando un largo trecho, y para regresar a tu casa volviesses a hacer el mismo camino a la inversa. La única diferencia es que ahora estás de espaldas a mi casa. El camino es el mismo, tú eres el mismo, pero cuando venías tu cara miraba hacia mi casa y ahora estás de espaldas a mi casa.

El ser humano ya está hipnotizado. No es una cuestión de estar hipnotizado o no, puesto que ya lo estás. Todo el proceso de la sociedad es una especie de hipnosis. A alguien le dicen que es católico y se lo repiten tantas veces que su mente está condicionada y se cree católico. A otro le dicen que es hindú y a otro que es musulmán; todo esto es una hipnosis. Tú ya estás hipnotizado. Si crees que eres infeliz es una hipnosis. Si crees que tienes demasiados problemas es una hipnosis. Todo lo que eres es un tipo de hipnosis. La sociedad te ha inculcado esas ideas y ahora estás lleno de ideas y condicionamientos.

Maitri Bhavana es una deshipnosis, es un intento de volver a tu mente natural, un intento de devolverte tu rostro original, un intento de devolverte al punto en el que estabas cuando naciste y la sociedad aún no te había corrompido. Un niño, al nacer, está en *Maitri Bhavana*. *Maitri Bhavana* significa un gran sentimiento de amistad, amor y compasión. Al nacer, el niño no conoce el odio; solo conoce el amor. El amor es intrínseco pero el odio lo aprenderá más tarde. El amor es intrínseco pero la rabia la aprenderá más tarde. Los celos, la posesividad y la envidia son cosas que aprenderá más tarde. Eso es lo que la sociedad le enseña al niño: a ser celoso, a estar lleno de odio, a estar lleno de rabia y de violencia. Eso le enseña la sociedad.

Al nacer, el niño es simplemente amor. Esto es así porque no conoce otra cosa. En el vientre de su madre no se ha cruzado con ningún enemigo. Ha vivido en un amor profundo durante nueve meses, ha estado rodeado de amor, nutrido por el amor. No conoce a nadie que sea su enemigo, solo conoce a su madre y el amor de su madre. Cuando nace, su única experiencia es de amor, ¿cómo vas a suponer que sabe algo sobre el odio? Ese amor lo lleva consigo, es su rostro original. Después se complicará todo y tendrá otras experiencias. Empezará a desconfiar de la gente. Un niño recién nacido nace con confianza.

He oído contar esta historia:

Un hombre y un niño entraron juntos en una barbería. El hombre, después de recibir el tratamiento completo: afeitado, champú, manicura, corte de pelo, etc., sentó al niño en la silla.

—Me voy a comprar una corbata —le dijo el hombre al barbero—. Vuelvo en unos minutos.

Cuando el corte de pelo del niño estaba listo, el hombre aún no había vuelto y el barbero dijo:

—Parece que tu padre se ha olvidado completamente de ti.

—Ese no era mi padre —dijo el niño—, apareció, me cogió de la mano y me dijo: «¡Ven, nos van a cortar el pelo gratis!».

Los niños son confiados pero con el tiempo tendrán experiencias en las que serán engañados, se meterán en líos, tendrán enfrentamientos y sentirán miedo. Poco a poco, aprenderán los trucos de la vida. Eso, más o menos, le ha ocurrido a todo el mundo.

El *Maitri Bhavana* vuelve a crear la misma situación: es una deshipnotización. Es un intento de deshacerse del odio, la rabia, la envidia, y volver al mundo tal como llegaste al principio. Si sigues haciendo esta meditación, primero empezarás a quererte a ti mismo, porque estás más cerca de ti que nadie. Después propagarás tu amor, tu amistad, tu compasión, tu sentimiento, tus buenos deseos, tus bendiciones y tu gracia; propagarás todo esto a la gente que quieres, a tus amigos y tus amantes. Después, a medida que pase el tiempo, lo extenderás a la gente que no quieres tanto, luego a las personas que te son indiferentes —a las que no quieres ni odias—, y más tarde a las personas que odias. Te estás deshipnotizando poco a poco. Lentamente vas volviendo a crear un vientre de amor en torno a ti mismo.

Cuando un buda se sienta, se sienta en la existencia como si la existencia entera se hubiese vuelto a convertir en el vientre de su madre. No hay enemistad. Ha alcanzado su naturaleza original. Ha llegado a conocer lo esencial de sí mismo. Ahora puedes matarle incluso, pero no podrás destruir su compasión. Aunque se esté muriendo, seguirá lleno de compasión hacia ti. Puedes matarle pero no puedes destruir su confianza. Ahora sabe que la confianza es algo tan esencial que si la pierdes, lo has perdido todo. Si no pierdes la confianza y has perdido todo lo demás, entonces no habrás perdido nada. A un buda puedes quitárselo todo, pero no puedes quitarle la confianza.

Maitri Bhavana es maravilloso; no es necesario que lo dejes, porque es muy beneficioso. Es una desestructuración.

El ego se origina con el odio, la enemistad y la lucha. Para renunciar al ego tendrás que crear más sentimientos amorosos. Cuando amas, el ego desaparece. El ego deja de existir cuando amas inmensamente, incondicionalmente, y cuando lo amas todo. El ego es la cosa más estúpida que le ha sucedido al hombre o a la mujer, pero una vez ocurre es muy difícil darse cuenta, porque te nubla los ojos.

He oído contar esta historia:

El mulá Nasrudin y sus dos amigos estaban hablando sobre sus parecidos. El primer amigo dijo: «Mi cara se parece a la de Winston Churchill. A menudo me confunden con él».

El segundo dijo: «En mi caso, la gente cree que soy Richard Nixon y me piden autógrafos».

El mulá dijo: «Eso no es nada. A mí me han confundido con el mismísimo Dios».

El primero y el segundo exclaman a la vez: «¿Qué?».

«Bueno —dijo el mulá Nasrudin—, cuando me condenaron y me mandaron a la cárcel por cuarta vez, el carcelero al verme dijo: "¡Dios, ya estás aquí de nuevo!"»

Cuando aparece el ego, empieza a coger cosas de todas partes para seguir sintiéndose importante, tengan sentido o no. En el amor dices: «Tú también eres importante, no solo yo». Cuando amas a alguien, ¿qué estás diciendo? Puedes decirlo en voz alta o no, pero ¿qué hay en el fondo de tu corazón? Con palabras o en silencio estás diciendo: «Tú también eres importante, y tanto como yo». Si el amor crece, dirás: «Tú eres aún más importante que yo. Si en alguna ocasión solo pudiese sobrevivir uno de los dos, moriría por ti; me gustaría que tú sobrevivieses». El otro se ha vuelto más importante, estás dispuesto a sacrificar tu vida por la persona a la que amas. Y si esto se sigue propagando, como en *Maitri Bhavana*, entonces llegará un punto en el que empezarás a disolverte. Habrá muchos momentos en los que no estarás ahí, absolutamente en silencio, sin ningún ego en absoluto, sin centro, solo puramente espacio. Buda dice: «Cuando se alcanza este estado permanentemente y te has integrado en ese espacio puro, entonces estás iluminado».

Cuando has perdido el ego completamente, cuando tienes tan poco ego que ni siquiera puedes decir «Yo soy» ni puedes decir «Yo soy un ser», estás iluminado. La palabra que usa Buda para describir este estado es *anatta*; sin ser, no ser, sin identidad. Ni siquiera puedes pronunciar «Yo», la misma palabra se vuelve profana. Cuando estás profundamente enamorado, el «yo» desaparece. Estás desestructurado.

Un niño al nacer llega sin ningún «yo». Es simplemente una hoja en blanco, no hay nada escrito. La sociedad empieza a escribir y a reducir su conciencia. La sociedad va creando, a la larga, un papel para él. «Este es tu papel; este eres tú», y él se tendrá que ceñir a ese papel. Pero ese papel nunca le va a permitir ser feliz, porque la felicidad solo es posible cuando eres

infinito. No puedes ser feliz cuando estás limitado. La felicidad no es una característica de la limitación; la felicidad es una característica del espacio infinito. Solo puedes ser feliz cuando abarcas tanto espacio que el todo puede entrar dentro de ti.

Maitri Bhavana puede ser de gran ayuda.

2. La Oveja Disfrazada - Lo Que No Es Compasión

UN CIEGO NO PUEDE AYUDAR A OTRO CIEGO. Los que están dando tumbos en la oscuridad no pueden ayudar a los demás a encontrar la luz. Los que no conocen la inmortalidad no pueden ayudar a los demás a perder el miedo a la muerte. Los que no viven total e intensamente, aquellos cuya canción aún no sale del corazón, cuya sonrisa solo es una sonrisa pintada en los labios, no pueden ayudar a los demás a ser auténticos y sinceros. Los hipócritas o farsantes no pueden ayudar a los demás a ser honestos.

Los que todavía no son ellos mismos, los que no saben nada de sí mismos, los que no tienen ni idea de su individualidad —y siguen perdidos en su personalidad, que es falsa y creada por la sociedad— no pueden ayudar a nadie a alcanzar la individualidad. Aun con las mejores intenciones, esto no es posible.

Si tu llama de la vida no está ardiendo, ¿cómo puedes encender las llamas apagadas de los demás? Tienes que estar ardiendo para lograr que los demás ardan. Tienes que ser rebelde para extender la rebelión a tu alrededor. Si estás ardiendo, si estás en llamas, puedes originar un gran fuego que se extienda más allá de tu vista. Pero antes tienes que estar en llamas.

El ciego que guía a otro ciego... el místico Kabir dice que ambos caen en el pozo. Sus palabras originales son: *Andha andham thelia dono koop padant*. «Un ciego guiaba a otro ciego y ambos cayeron al pozo.»

Para llevar a un ciego al médico tienes que tener ojos, no hay otra posibilidad. Solo puedes compartir con los demás lo que tienes. Si eres infeliz, compartirás tu infelicidad. Y cuando dos infelices se juntan, no solo se dobla la infelicidad, sino que se multiplica. Lo mismo ocurre con tu dicha, con tu rebelión y con todas las experiencias.

Antes tendrás que ser el modelo de lo que quieres que sea el mundo. Deberás pasar la prueba de fuego para demostrar tu filosofía de la vida con tu ejemplo. No basta con discutir sobre ello. El razonamiento y la discusión no sirven para nada, solo tu experiencia puede dar a los demás una prueba del amor, la meditación, el silencio y la religiosidad.

No intentes ayudar a nadie sin antes experimentarlo tú mismo, porque solo los confundirás aún más. Ya están confundidos. El bagaje de los siglos ha confundido a todo el mundo. Y sería muy amable por tu parte no ayudar, porque puede ser arriesgado; tu ayuda podría poner a la otra persona en un serio peligro.

Antes debes haber hecho el camino y saber perfectamente adónde conduce, solo entonces podrás cogerlos de la mano y enseñarles el camino.

En este mundo es muy difícil comunicarse. Debes aprender a comunicar tus experiencias para que llegue a los demás exactamente lo que quieres decir; de lo contrario, quizá estés pensando que estás compartiendo néctar y, sin embargo, estés introduciendo veneno en las vidas de los demás. ¡Ya están bastante envenenados!

Antes es mejor que te limpies y que tus ojos estén más transparentes para poder ver con más claridad. Quizá —y aun así, solo quizá— seas capaz de ayudar a los demás. La intención

es buena, pero el bien no ocurre solo porque haya buenas intenciones.

Hay un antiguo refrán que dice que el camino hacia el infierno está hecho de buenas intenciones. Hay millones de personas que intentan ayudar con muy buena intención, dando consejos a los demás y sin preocuparse de seguir ellos mismos sus propios consejos. Es tan grande la felicidad de dar consejos que ¿a quién le importa que yo los siga?

La felicidad de dar consejos a los demás es una felicidad muy sutil y egoísta. La persona a la que aconsejas se convierte en un igno-rante y tú eres quien sabe. El consejo es lo único que todo el mundo da pero nadie sigue; y es mejor que así sea, porque quienes los dan no saben nada, aunque no vayan con malas intenciones.

Recuerda, si quieres cambiar el mundo tienes que cambiarte primero a ti mismo; esta es la naturaleza de las cosas. La revolución empieza por uno mismo. Solo así podrás irradiarla a los corazones de los demás. Primero, debes comenzar el baile y entonces verás el milagro: los demás también empezarán a bailar.

El baile es contagioso, el amor también lo es, y la gratitud, y la religiosidad, y la rebelión; todos son contagiosos. Pero antes tienes que encender la llama que quieres ver en los ojos de los demás.

BONDAD AMOROSA Y OTROS DELIRIOS DE GRANDEZA

La compasión es el florecimiento absoluto de la conciencia. Es la pasión despojada de toda la oscuridad, liberada de todas las ataduras, purificada de todo el veneno. La pasión se convierte en compasión. La pasión es la semilla y la compasión es su florecimiento.

Pero la compasión no es bondad y la bondad no es compasión. La bondad es una actitud que, guiada por el ego, fortalece tu ego. Cuando eres bondadoso con alguien sientes que tienes ventaja. Cuando eres bondadoso con alguien hay oculto un profundo insulto; estás humillando al otro y te sientes feliz con su humillación. Por eso, la bondad no se puede perdonar nunca. De alguna forma y en algún lugar, la persona con la que has sido bondadoso estará enfadada contigo y se tomará inevitablemente la revancha. Esto sucede porque en la superficie, la bondad surge como si fuese compasión, pero en el fondo no tiene nada que ver con la compasión. Tiene otros motivos ulteriores.

La compasión es inmotivada, no tiene ningún motivo en absoluto. Ocurre simplemente porque tienes, porque das, y no porque el otro necesite nada. En la compasión no hay ninguna consideración hacia el otro. Tienes tanto que te desborda. La compasión es como la respiración, espontánea y natural. La bondad es una actitud que hay que cultivar. La bondad es una especie de artimaña, calculada y matemática.

Habrás oído uno de los dichos más importantes que está, de una forma u otra, en casi todas las escrituras del mundo:

«Compórtate con los demás como te gustaría que se comportasen contigo». Esto es una actitud calculada, pero no es compasión. No tiene nada que ver con la religiosidad, y es un tipo de moralidad muy baja, una moralidad muy mundana. «Compórtate con los demás como te gustaría que se comportasen contigo.» Es una especie de transacción, pero no tiene nada de religioso. Lo estás haciendo sencillamente porque te gustaría recibir lo mismo a cambio. Es egoísta, egocéntrico e interesado. No estás al servicio del otro, no estás amando al otro, sino que, de una manera indirecta estás haciéndote un favor a ti mismo. Estás utilizando al otro. Es un egoísmo iluminado, pero es egoísmo; es un egoísmo muy inteligente, pero es egoísmo. La

compasión es un florecimiento no calculado, es algo que emana. Das porque no puedes hacerlo de otra manera.

Recuerda esto: en primer lugar, la compasión no es bondad en este sentido —en el sentido en el que se usa la palabra bondad—, no es bondad. En otro sentido, la compasión es la única verdadera bondad. No estás «siendo bondadoso» con alguien, simplemente eres la otra persona y te desprendes de una energía que recibes de la totalidad. Procede de la totalidad y vuelve a la totalidad; simplemente no te metes en medio como si fueses un obstáculo.

Cuando Alejandro Magno viajó a la India fue a ver al gran místico Diógenes. Diógenes estaba tumbado a la orilla del río, tomando el sol. Alejandro siempre había abrigado el deseo de conocer a Diógenes, porque había oído decir que ese hombre no tenía nada y, sin embargo, no había nadie tan rico como él en la tierra. Tenía algo, era un ser luminoso. La gente decía: «Es un mendigo pero, en realidad, es un emperador». De manera que Alejandro estaba intrigado. Mientras viajaba oyó decir que Diógenes se hallaba cerca y fue a verle.

Al amanecer, Diógenes está desnudo sobre la arena mientras sale el sol, y Alejandro le dice: «Me alegro de verle. Todo lo que he oído decir parece ser verdad, nunca he visto a nadie tan feliz. ¿Puedo hacer algo por usted, señor?». Y Diógenes dijo: «Apártate un poco, me estás tapando el sol, recuerda que no debes obstruir el sol. Eres una persona peligrosa, puedes impedir que el sol le llegue a mucha gente. Apártate un poco». La compasión no es algo que das a los demás; simplemente es no tapar el sol. Date cuenta de este detalle, se trata sencillamente de no obstruir la divinidad. Es convertirse en un vehículo de la divinidad, permitir que lo divino fluya a través de ti. Te conviertes en un bambú hueco y lo divino fluye a través de ti. Solo un bambú hueco se puede convertir en una flauta, porque solo un bambú hueco es capaz de permitir que la música fluya a través de él.

La compasión no proviene de ti, forma parte de la existencia, de lo divino, pero la bondad proviene de ti; esto es lo primero que debes comprender. La bondad es algo que tú puedes hacer pero la compasión la hace la existencia. Tú sencillamente no lo impides, no te colocas en medio. Permites que dé el sol, que penetre y llegue hasta donde quiera.

La bondad fortalece el ego, pero la compasión solo es posible si el ego ha desaparecido del todo. No dejes que los diccionarios te confundan, en ellos encontrarás que compasión y bondad son sinónimos, pero no es así en el verdadero diccionario de la existencia.

El zen solo tiene un diccionario y es el del universo. El Corán son las escrituras de los musulmanes, los hindúes tienen el Veda, los Sikhs tienen el Gurugranth, los cristianos tienen la Biblia y los judíos tienen el Talmud. Si me preguntases cuál es la escritura del zen, te diría que el zen no tiene escrituras, sus escrituras son el universo. Esa es la belleza del zen. El sermón está en cada piedra, Dios está recitando en el sonido de cada pájaro, la existencia misma está bailando en todo lo que sucede a tu alrededor.

La compasión es cuando permites que esta canción eterna fluya a través de ti, cuando permites que suene a través de ti, cuando cooperas con la divinidad y vas al mismo ritmo. No tiene nada que ver contigo y tú debes desaparecer para que pueda existir. Para que pueda existir la compasión tienes que desaparecer absolutamente, porque solo puede fluir en tu ausencia.

La bondad cultivada te vuelve egoísta. Es evidente que las personas buenas son mucho más egoístas que las personas crueles. Es extraño pero quien es cruel al menos tiene cierto complejo de culpabilidad, pero la persona supuestamente buena se siente perfectamente bien, siempre es más devota que tú y mejor que los demás. Se siente muy segura de lo que hace, y todos los actos de bondad van dándole más energía y poder a su ego. Cada día se vuelve mejor. Todo esto es un engaño del ego.

Lo primero que hay que comprender es que la compasión no es la supuesta bondad. Contiene la parte esencial de la bondad: ser delicado, indulgente, tener empatía, no ser duro, ser creativo y ayudar. Pero por tu parte no hay ninguna acción, todo fluye a través de ti. Procede de la existencia y tú estás feliz y agradecido de que la existencia te haya escogido como vehículo. Te vuelves transparente y la bondad pasa a través de ti. Te vuelves tan transparente como el cristal y permites que el sol pase a través de ti, no lo obstruyes. Es bondad pura sin ego.

Lo segundo es que la compasión tampoco es el supuesto amor. Tiene la calidad esencial del amor, pero no es lo que tú conoces por amor. Tu amor no es más que lujuria disfrazada de amor. Tu amor no tiene nada que ver con el amor; es una especie de explotación del otro pero con un bonito nombre, un gran eslogan.

No haces más que repetir, «te quiero», pero ¿alguna vez has querido a alguien? Simplemente has utilizado a los demás, pero no los has querido. ¿Cómo es posible que utilizar a los demás sea amor? En realidad, utilizar a los demás es el acto más destructivo del mundo, porque utilizar al otro como un medio es un acto criminal.

Immanuel Kant, al describir su concepto de moral, dice que la utilización del otro es inmoral, es el mayor acto inmoral. Nunca utilices al otro como un medio, porque todo el mundo es un fin en sí mismo. Respeta al otro como un fin en sí mismo. Cuando respetas al otro como un fin en sí mismo, lo estás amando. Cuando empiezas a utilizar al otro —el marido que usa a la mujer o la mujer que usa al marido— es porque hay algún motivo. Y esto lo puedes comprobar en cualquier sitio.

La gente no se destruye por odio, la gente se destruye por lo que llaman amor. No pueden analizarlo porque lo llaman amor. Como lo llaman amor, creen que debe de ser bueno, pero no es así. La humanidad sufre por esa enfermedad que llaman amor. Si lo analizas en profundidad no encontrarás más que pura lujuria. La lujuria no es amor. La lujuria quiere poseer, pero el amor quiere dar. La lujuria insiste en «consigue todo lo que puedas dando lo menos posible. Da menos y consigue más. Si tienes que dar, hazlo para que piquen».

La lujuria es un buen negocio. Sí, tienes que dar algo para conseguir algo, pero la idea es conseguir más y dar menos. Esta es una mentalidad comerciante. Si puedes conseguir sin dar, ¡mejor! Si no puedes conseguir sin dar nada, entonces da un poquito; pero finge que estás dando mucho y arrebátale todo al otro.

La lujuria es aprovechamiento. El amor no es aprovechamiento. La compasión no es amor en el sentido habitual y, sin embargo, es amor en el verdadero sentido. La compasión solo da, no piensa en recibir nada a cambio, pero eso no significa que no reciba nada a cambio, no, no se te ocurra pensarlo ni por un instante. Cuando das sin pensar en recibir nada a cambio recibes mil veces más, pero eso es algo que no tiene nada que ver contigo. Cuando quieres recibir demasiado, solo te decepcionas y no recibes nada. Al final solo consigues desilusionarte.

Todas las aventuras amorosas acaban con una desilusión. ¿No te has dado cuenta de que las aventuras amorosas al final te sumen en un pozo de tristeza y depresión, y tienes la sensación de haber sido engañado? En la compasión no hay desilusión porque la compasión no empieza con una ilusión. La compasión nunca pide nada a cambio, no necesita nada. En primer lugar, porque la persona compasiva siente que «no es mi energía lo que estoy dando, sino la energía de la existencia misma. ¿Quién soy yo para pedir algo a cambio? Ni siquiera tiene sentido esperar recibir las gracias».

Esto es lo que le ocurrió a Jesús cuando se le acercó un hombre que se curó cuando lo

tocó. El hombre le dio las gracias a Jesús, naturalmente, estaba extraordinariamente agradecido. Padecía desde hacía muchos años una enfermedad que no tenía cura y los médicos le habían dicho «No se puede hacer nada, tienes que aceptarlo». ¡Y luego se curó! Pero Jesús le dijo: «No señor, no me lo agradezcas a mí, agrádescelo a Dios. ¡Es algo que ha ocurrido entre tú y Dios! Yo no tengo nada que ver. Es tu fe la que te ha curado y gracias a ella has podido disfrutar de la energía de Dios. Yo, como mucho, soy un puente, un puente a través del cual la energía de Dios y tu fe se han dado la mano. No tienes que preocuparte por mí ni debes estarme agradecido. Da gracias a lo divino, da gracias a tu propia fe. Entre tú y lo divino ha sucedido algo. Yo no tengo ninguna parte en esto».

Esto es la compasión. La compasión no tiene la sensación de estar dando pero sigue dando, no tiene la sensación de «yo soy quien da». Pero después, la existencia responde de mil maneras. Si doy un poco de amor empieza a fluir el amor por todas partes. El hombre compasivo no está intentando arrebatar nada, no es codicioso. No espera nada a cambio, continúa dando. Y no para de recibir, pero eso no está en su mente.

En segundo lugar, la compasión no es lo que llamamos amor, sino el verdadero amor.

Y en tercer lugar: la compasión es inteligencia pero no intelecto. Cuando la inteligencia se libera de todas las formas, de todas las formas lógicas, cuando la inteligencia se libera del raciocinio, cuando se libera de la supuesta racionalidad —porque la racionalidad es una reclusión—, cuando la inteligencia es libertad, entonces es compasión. Un hombre compasivo es terriblemente inteligente, pero no es un intelectual. Puede ver hasta el trasfondo, tiene una visión absoluta, tiene verdaderos ojos para ver, no hay nada que se le pueda ocultar, pero no se trata de adivinar. No usa la lógica ni la deducción, es porque tiene una visión clara.

Recuérdalo: el hombre compasivo no es un hombre falto de inteligencia pero no es un intelectual. Tiene una extraordinaria inteligencia, es la personificación misma de la inteligencia. Es puro resplandor. Sabe pero no piensa. ¿De qué sirve pensar cuando sabes? Pensar solo es un sustituto. Cuando no sabes, piensas. Pensar es un proceso sustitutivo —y recuerda que es un mero sustituto—. Cuando puedes saber, cuando puedes ver, ¿para qué vas a molestarte en pensar?

El hombre compasivo sabe; el intelectual piensa. El intelectual es un pensador y el hombre compasivo es un no pensador, un no intelectual. Es inteligente, tiene una enorme inteligencia pero su inteligencia no funciona a través del patrón del intelecto. Su inteligencia funciona intuitivamente.

Y en cuarto lugar: la compasión no es un sentimiento, porque un sentimiento tiene dentro de sí muchas cosas que no son compasión en absoluto. El sentimiento tiene sentimentalismo y emotividad, pero estas cosas no existen en la compasión. El hombre compasivo siente, aunque sin emociones. Siente, pero no hay sentimentalismo. Hará lo que sea necesario hacer sin que esto le afecte. Debemos comprender esto a fondo. Cuando comprendes lo que es la compasión, comprendes lo que es un buda.

Si alguien sufre, un hombre de sentimientos empezará a llorar. Llorar no sirve de mucho. A alguien se le está quemando la casa, el hombre de sentimientos empezará a gritar y a llorar, y se dará golpes en el pecho. Eso no servirá de nada. ¡El hombre compasivo empezará a hacer algo! No llorará, porque no tiene sentido; las lágrimas no sirven para nada. Las lágrimas no pueden apagar el fuego, las lágrimas no van a convertirse en medicinas para los que sufren, ni pueden ayudar a un hombre que se está ahogando. Hay un hombre ahogándose en la orilla y tú estás llorando y gritando, llorando y gritando desesperadamente. Eres un hombre de sentimientos, seguro, pero no un hombre compasivo. El hombre compasivo pasa inmediatamente a la acción. Su acción es inmediata, no lo duda ni un instante. Su acción es

instantánea; en cuanto surge algo en su visión, inmediatamente lo convierte en acción. No es que él mismo lo convierta sino que se convierte en acción. Su comprensión y su acción son dos aspectos del mismo fenómeno, no son dos cosas independientes. Una parte se llama entendimiento y la otra parte se llama acción.

Por eso digo que un hombre religioso, por su propia naturaleza, está implicado y comprometido con la vida. No llorará o gimoteará. Un hombre de sentimiento aparenta ser a veces un hombre de compasión. Pero no os dejéis confundir, el hombre de sentimientos no sirve para nada. Al contrario, complicará aún más las cosas. No ayudará sino que aumentará la confusión; en vez de ayudar dificultará.

El hombre compasivo es muy perspicaz, simplemente actúa, sin lágrimas, sin emociones. No es frío pero tampoco es caliente. Simplemente es cálido y fresco. Esta es la paradoja del hombre compasivo. Es cálido porque es amoroso, sin embargo se mantiene fresco. Pase lo que pase, nunca deja de estar fresco y actuar desde esta calma. Puede ayudar porque conserva la calma.

Para tener una visión en cuatro dimensiones de qué es la compasión debes comprender estas cuatro cosas. ¿Cómo surge la compasión? La compasión no se puede cultivar, si la cultivas se convierte en bondad. ¿Cómo se puede dar vida a esta compasión? No puedes profundizar en las escrituras, no puedes leer, lo que ha dicho Buda o lo que ha dicho Cristo no te puede ayudar porque eso introduce el intelecto pero no aporta inteligencia. No puedes seguir amando del modo que has amado hasta ahora. Si siempre vas en la misma dirección no alcanzarás la compasión. Tu amor no va en la dirección adecuada. Si sigues yendo por el mismo camino —si escuchas a Buda hablando del amor o a Cristo hablando del amor y piensas: «Bien. Tengo que seguir amando como he amado hasta ahora»— obtendrás más cantidad, pero la calidad seguirá siendo la misma. Seguirás yendo en la misma dirección.

Lo que está básicamente mal es la dirección. No has amado. Cuando esto cale a fondo en tu corazón, que «todavía no he amado»... Sí, es terrible sentir que «todavía no he amado», es muy duro. Podemos pensar que los demás no han amado —eso es lo que pensamos: «nadie me ha amado. Está bien, la gente es difícil»—, pero darte cuenta de que *tú* no has amado te destroza el ego.

Por eso los seres humanos no quieren darse cuenta del simple hecho de que todavía no han amado. Y como no quieren darse cuenta, no ven. Y como no ven, nunca podrán transformarse. Seguirán girando en el mismo surco; seguirán repitiendo las mismas cosas mecánicamente. Y volverán a desilusionarse una y otra vez.

¿Cómo originar la compasión? Si se hubiese tratado solo de tu amor podrías haber seguido en la misma dirección. Lo adecuado sería ir más rápido, correr más y ser más veloz. Pero no estás yendo en la dirección correcta, de manera que si vas más deprisa, en vez de acercarte, te estarás alejando a más velocidad. La velocidad no va a ayudarte porque, para empezar, estás yendo en la dirección equivocada, que es la dirección de la lujuria y el deseo. Entonces, ¿cómo originar la compasión? Insisto en que tampoco es sentir; puedes llorar amargamente, flagelarte, llorar mil y una lágrimas por los mil y un sufrimientos que hay a tu alrededor, puedes convertirte en un sentimental y que te afecte toda la gente de Vietnam, Pakistán o cualquier otro sitio, puedes dejar que todos los pobres te afecten.

León Tolstói recuerda a su madre en sus memorias. Dice que era una buena mujer, muy buena; buena en el sentido que he descrito, pero no en el sentido de la compasión. Era muy buena, tan buena que solía llorar siempre en el teatro. Eran muy ricos y pertenecían a la nobleza. Había un sirviente que solía acompañar a la madre de León Tolstói al teatro cargado de pañuelos, porque le hacían falta durante toda la obra. No paraba de llorar. Tolstói dice:

«Pero me sorprendía ver que en Rusia, incluso cuando era invierno y hacía mucho frío, con temperaturas bajo cero y nevando, ella entraba en el teatro mientras el conductor de la carroza se quedaba esperando de pie, fuera de la carroza, helándose de frío bajo la nieve, incluso llegando a ponerse enfermo, pero ella nunca se acordaba de este hombre que sufría esperándola en la gélida noche, aunque derramara lágrimas por algo que había visto en el teatro».

Son personas sentimentales, emocionales... no les cuesta nada llorar ni sentir. Pero ser compasivo cuesta mucho, ser compasivo te cuesta la vida. Una persona compasiva es una persona muy realista. Una persona de sentimientos simplemente vive un sueño, vagas emociones, fantasías. De manera que la compasión no puede originarse tampoco por los sentimientos. Entonces, ¿cómo originarla? ¿Cuál es la forma zen de originarla? La única forma de hacerlo es la meditación. Se logra a través de la meditación. Por eso tenemos que entender qué es la meditación.

Gautama Buda, el fundador del zen, el fundador de todas las grandes técnicas de meditación del mundo, lo define con una palabra. Alguien le preguntó un día: «¿Qué es la meditación? ¿De qué se trata?». Y Gautama Buda dijo una sola palabra: «¡ALTO!». Esa fue su definición de la meditación. Dijo: «Si se detiene, es meditación». La frase completa es: «La mente enferma no se detiene. Si se detiene, es meditación».

La mente enferma no se detiene, si se para, es meditación. La meditación es un estado de conciencia sin pensamientos. La meditación es un estado de conciencia no emocional, no sentimental, no pensante. Simplemente estás consciente, te conviertes en un pilar de conciencia. Simplemente estás despierto, alerta, atento. Eres conciencia pura.

¿Cómo se alcanza ese estado? Los que practican el zen tienen una palabra especial para la puerta hacia ese estado, lo llaman *hua t'ou*. Esta palabra china significa antes del pensamiento o antes de la palabra. La mente recibe el nombre de *hua t'ou* antes de ser alterada por un pensamiento. Entre dos pensamientos hay un intervalo, ese intervalo recibe el nombre de *hua t'ou*.

Observa. Un pensamiento pasa por la pantalla de tu mente; en ese radar, un pensamiento pasa como si fuese una nube. Primero es indefinido —va llegando, va llegando—, después aparece de repente en la pantalla. Sigue avanzando hasta que sale de la pantalla y vuelve a ser indefinido, desaparece... Llega otro pensamiento. Entre estos dos pensamientos hay un intervalo, por un instante o una fracción de segundo no hay en la pantalla, ningún pensamiento.

Ese estado puro de no pensamiento recibe el nombre de *hua t'ou*: prepalabras, prepensamiento, antes de que se agite la mente. Se nos sigue escapando porque en nuestro interior no estamos alerta; de lo contrario, la meditación sucede en cada instante. Simplemente tienes que ver lo que sucede, darte cuenta del tesoro que llevas dentro de ti en todo momento. No es que tengas que traer la meditación de ningún otro sitio. La meditación ya está ahí, la semilla está ahí. Solo tienes que reconocerla, nutrirla y cuidarla para que empiece a crecer.

El intervalo entre dos pensamientos se llama *hua t'ou*, y es la puerta para entrar en la meditación. *Hua t'ou*, este término significa literalmente «cabeza de palabra». «Palabra» es una palabra hablada y «cabeza» es lo que precede a la palabra. *Hua t'ou* es el momento antes de que surja el pensamiento. En el momento que surge un pensamiento se convierte en *hua wei*, que significa literalmente «cola de palabra». Y después, cuando el pensamiento o la palabra se han ido y vuelve a haber un intervalo, vuelve a ser *hua t'ou*. La meditación es mirar en ese *hua t'ou*.

«No deberíamos tener miedo de que surjan los pensamientos —dice Buda—, sino del retraso en percibirlos.» Este enfoque de la mente es completamente nuevo, antes de Buda nunca se había experimentado. Buda dice que uno no debería tener miedo de que surjan pensamientos, sino que solo debería temer una cosa: no ser consciente de ellos, retrasar la conciencia.

Cuando surge un pensamiento, si además del pensamiento hay conciencia, si lo ves surgir, ves cómo llega, ves que está ahí y lo ves marcharse, entonces no pasa nada. El simple hecho de verlo se convierte, poco a poco, en tu defensa. La propia conciencia da muchos frutos. Primero puedes ver, y cuando lo haces, te das cuenta de que no eres el pensamiento. El pensamiento está separado de ti, no te identificas con él. Tú eres la conciencia y el pensamiento es el contenido. Va y viene; es un invitado, y tú eres el anfitrión. Esta es la primera experiencia de la meditación.

El zen habla del «polvo extranjero». Por ejemplo: un viajero se detiene en una posada para pasar la noche o para cenar; después recoge sus cosas y continúa su viaje, porque no puede quedarse más tiempo. Por su parte, el regente del hostel no va a ningún lugar. El huésped es el que no se queda; quien se queda es el anfitrión. Lo que no se queda es «extranjero». O dicho de otro modo: un día claro sale el sol y los rayos entran por la ventana de la casa; se puede ver el polvo moviéndose en los rayos de luz, pero el espacio vacío permanece inmóvil. Lo que está quieto es el vacío, y lo que se mueve es el polvo. «Polvo extranjero» es el falso pensamiento y el vacío es tu propia naturaleza; el anfitrión que no va detrás del huésped en sus idas y venidas.

Este concepto es muy importante. La conciencia no es el contenido. Tú eres la conciencia: los pensamientos vienen y van, pero tú eres el anfitrión. Los pensamientos son los huéspedes, vienen, se quedan un rato, descansan un poco, comen o pasan la noche, y después se van. Tú siempre estás ahí. Tú eres siempre el mismo, no cambias, estás eternamente ahí. Eres la eternidad misma.

Fíjate. A veces estás enfermo, a veces estás muy bien, a veces estás deprimido y a veces estás contento. Fuiste un niño muy pequeño, luego te convertiste en un joven y después te hiciste viejo. Antes eras fuerte y llegará un día en el que serás débil. Todas estas cosas van y vienen pero tu conciencia sigue siendo la misma. Por eso, si miras en tu interior no podrás darte cuenta de tu edad, porque la edad no existe. Si miras en tu interior e intentas saber cuántos años tienes, no encontrarás ninguna edad porque el tiempo no existe. De niño o cuando eras joven eras exactamente igual; por dentro sigues siendo exactamente igual. Para saber tu edad tienes que mirar el calendario, el diario, tu certificado de nacimiento o tienes que buscar algo del exterior. En tu interior no encontrarás edad ni habrá envejecimiento. En tu interior está la intemporalidad. Sigues siendo el mismo, tanto si pasa una nube llamada depresión como si pasa una nube llamada alegría.

A veces en el cielo hay nubes negras, pero el cielo no cambia a causa de esas nubes. A veces también hay nubes blancas y el cielo no cambia a causa de esas nubes blancas. Las nubes vienen y van, pero el cielo permanece. Las nubes vienen y van, pero el cielo se mantiene.

Tú eres el cielo y los pensamientos son las nubes. Si observas minuciosamente tus pensamientos, si no se te escapan, si los miras de frente, lo primero que tendrás es esta comprensión; y se trata de una gran comprensión. Es el principio de tu budeidad, es el principio de tu despertar. Ya no estás dormido, ya no te identificas con las nubes que vienen y van. Ahora sabes que tú te mantienes así para siempre. De repente, desaparece toda la ansiedad. No hay nada que te pueda cambiar, nada te cambiará jamás; entonces, ¿para qué sentir ansiedad, para qué estar angustiado? ¿De qué sirve estar preocupado? La preocupación

no te puede afectar. Son cosas que vienen y van, solo son pequeñas ondas en la superficie. En el fondo de tu ser no se forma ninguna onda. Tú estás ahí y eres eso. Tú eres ese ser. La gente de zen llama a ese estado el estado de ser el anfitrión.

El sufrimiento surge porque normalmente te identificas demasiado con los huéspedes. Cuando llega un huésped, te apegas demasiado a él, y cuando el huésped hace las maletas y se va, empiezas a llorar y a lamentarte y le sigues al menos para ver cómo se marcha y despedirte de él. Luego vuelves llorando; se va el huésped y te sientes muy triste. Después llega otro huésped y de nuevo vuelves a caer, te identificas con el huésped, y otra vez se va...

¡Los huéspedes vienen y van, no se quedan! No pueden quedarse, no es necesario que se queden, su destino no es quedarse.

¿Has observado los pensamientos? Nunca se quedan, no se pueden quedar. Aunque quieras que se queden, no lo harán. Inténtalo. A veces la gente intenta mantener una palabra en la mente. Por ejemplo, quieren mantener un sonido, el sonido *aum*, en la mente. Se acuerdan durante unos segundos pero después el sonido se va, desaparece. Y vuelven a pensar en su trabajo, en su mujer y sus hijos... Y de repente, se dan cuenta, ¿dónde está el *aum*?. Se ha escapado de la mente.

Los huéspedes son huéspedes, no se van a quedar para siempre. En cuanto te das cuenta de que todo lo que te sucede va a desaparecer, ¿para qué preocuparse? Fíjate: déjales estar ahí, déjales hacer las maletas, déjales marchar. Tú te quedas. ¿Te das cuenta de la paz que surge cuando sientes que tú siempre estás ahí? Esto es silencio. Es un estado sin preocupaciones. Es la ausencia de angustia. El sufrimiento cesa en el momento que cesa la identificación; simplemente no te identifiques. Y si te fijas en una persona que vive en esta intemporalidad eterna, sentirás la gracia, la tranquilidad y la belleza que hay a su alrededor.

Había una vez... esta es una historia sobre Buda, una bella historia. Escúchala atentamente porque debes entenderla.

Un día, a la hora de la comida, el muy Venerable se puso su túnica, cogió su cuenco y entró en la gran ciudad de Sravasti para mendigar su comida. Después de mendigar de puerta en puerta, se quitó la túnica y guardó el cuenco, se lavó los pies, arregló su asiento y se sentó.

Ve despacio porque la película va muy despacio. Es una película de Buda, y las películas de Buda son muy lentas. Lo voy a repetir de nuevo...

Un día, a la hora de la comida, el muy Venerable se puso su túnica, cogió su cuenco y entró en la gran ciudad de Sravasti para mendigar su comida. Después de mendigar de puerta en puerta, se quitó la túnica y guardó el cuenco, se lavó los pies, arregló su asiento y se sentó.

Visualiza al Buda haciendo todo esto y sentándose en su asiento.

Esto muestra que la vida de Buda y sus actividades diarias no eran nada extraordinarias y se parecían a las de todos los demás. Sin embargo, hay algo poco corriente pero que muy poca gente sabe.

¿Qué es? ¿Cuál es esa cualidad poco corriente, única? Porque Buda está haciendo cosas corrientes: se lava los pies, arregla su asiento, se sienta, guarda su túnica, guarda su cuenco, se acuesta, vuelve... son las cosas que hace todo el mundo.

... Subhuti, que estaba en la asamblea, se levantó de su asiento, descubrió su hombro derecho, se arrodilló sobre su rodilla derecha, juntó respetuosamente las manos y le dijo a

Buda: «Es extraordinario, ¡oh, muy Venerable! ¡Es extraordinario!».

Sin embargo, en la superficie no parece que haya nada raro. Buda guarda su túnica, guarda su cuenco, arregla su asiento, se lava los pies y se sienta en la silla... no parece haber nada extraño. Pero este hombre, Subhuti... Subhuti es uno de los discípulos de Buda más clarividentes; muchas de las más bellas historias sobre Buda tienen que ver con Subhuti. Esta es una de esas historias y es muy rara.

En aquella época, el anciano Subhuti, que estaba en la asamblea, se levantó de su asiento, se descubrió el hombro derecho, se arrodilló sobre su rodilla derecha, juntó respetuosamente las manos y le dijo a Buda: «Es muy raro, ¡oh, muy Venerable! ¡Es muy raro!».

Nunca se había visto algo parecido, es único.

Las actividades diarias de Tathagata eran muy parecidas a las del resto de las personas, pero había algo distinto, y los que se sentaron frente a él no se habían dado cuenta.

Ese día, de repente Subhuti lo desveló, alabándolo y diciendo: «¡Qué raro! ¡Es muy raro!».

¡Qué lástima! Tathagata había estado treinta años con sus discípulos y aún no conocían sus actos cotidianos. Como no sabían, creían que se trataba de actos ordinarios, por lo que pasaron inadvertidos. Pensaban que era como todos los demás y por tanto desconfiaban de él y no creían lo que decía. Si Subhuti no hubiese tenido tanta claridad, ahora nadie conocería a Buda.

Esto es lo que cuentan las escrituras. Si Subhuti no hubiese existido, nadie se habría dado cuenta de lo que ocurría en su interior. Pero ¿qué estaba ocurriendo en su interior? Buda continúa siendo el anfitrión. En ningún momento pierde su eternidad, su intemporalidad. Buda permanece meditativo. En ningún momento pierde su *hua t'ou*. Buda permanece en *samadhi* incluso cuando se lava los pies: lo hace estando presente, estando alerta, consciente, sabiendo perfectamente que «yo no soy estos pies», sabiendo perfectamente que «yo no soy este cuenco», sabiendo perfectamente que «yo no soy esta túnica», sabiendo perfectamente que «yo no soy este hambre», sabiendo perfectamente que «todo lo que hay a mi alrededor no soy yo. Yo solo soy un testigo, un observador de todo ello».

De ahí la gracia de Buda, de ahí la belleza no terrenal de Buda. Él permanece tranquilo. Esa tranquilidad es la meditación. Se consigue estando más atento al anfitrión, estando más atento al huésped, no identificándose con el huésped, desconectando del huésped. Los pensamientos vienen y van, los sentimientos vienen y van, los sueños vienen y van, los estados de ánimo vienen y van, el clima cambia. Lo que no cambia eres tú.

¿Hay algo que permanece inmutable? Eso eres tú y eso es la divinidad. Saberlo, serlo, estar en ello, es alcanzar el *samadhi*. El método es la meditación, el objetivo es el *samadhi*. La meditación, *dyana*, es la técnica para destruir la identificación con el huésped. Y el *samadhi* es disolverse en el anfitrión, permanecer en el anfitrión, quedarse centrado ahí.

Todas las noches mientras uno duerme abraza a un buda,
todas las mañanas uno se vuelve a despertar con él.
Al levantarse o al sentarse, ambos se observan y se siguen mutuamente.
Tanto si hablan como si no, ambos están en el mismo espacio.
No se separan ni un instante pero son como el cuerpo y su sombra.
Si deseas conocer el paradero del buda,
está en el sonido de tu propia voz.

Hay un dicho zen: «Todas las noches mientras uno duerme, abraza a un buda». El buda siempre está ahí, el no buda también está ahí. En ti se encuentran el mundo y el nirvana, en ti se encuentran lo inmaterial y la materia, en ti se encuentran el espíritu y el cuerpo. Dentro de ti se encuentran todos los misterios de la existencia, tú eres el punto de encuentro, tú eres el lugar donde confluyen. De un lado, todo el mundo, y del otro, la totalidad del mundo espiritual. Tú no eres más que un vínculo entre los dos. Solo es una cuestión de énfasis. Si te sigues enfocando en el mundo, permanecerás en el mundo. Si empiezas a cambiar el foco, lo desvías y empiezas a enfocarte en la conciencia, eres dios. Solo se trata de un pequeño cambio, como un cambio de marcha en el coche, no es nada más que eso.

«Todas las noches abrazas a un buda al dormir, todas las mañanas te vuelves a levantar con él.» Siempre está ahí porque la conciencia siempre está ahí, no se pierde ni un solo instante.

«Al levantarse o al sentarse, ambos se observan y se siguen mutuamente.» El anfitrión y el huésped, ambos están ahí. Los huéspedes van cambiando, pero siempre hay alguien en el hostal. Nunca está vacío, a menos que no te identifiques con el huésped. Entonces surgirá un vacío. A veces puede ocurrir que tu hostal esté vacío y solo esté el anfitrión sentado tranquilamente, sin ser molestado por los huéspedes. El tráfico se detiene, no viene nadie. Esos son momentos de beatitud, son momentos de una gran bendición.

«Tanto si hablan como si no, ambos están en el mismo espacio.» Cuando estás hablando, también hay algo en silencio dentro de ti. Cuando estás sensual, hay algo más allá de la sensualidad. Cuando estás deseando, hay alguien que no tiene deseos en absoluto. Obsérvalo y te darás cuenta. Sí, estás muy próximo; sin embargo eres diferente. Te encuentras y, sin embargo, no te encuentras. Es como el agua y el aceite, no se juntan; la separación se mantiene. El anfitrión está muy cerca del huésped. A veces se cogen de la mano y se abrazan, pero el anfitrión es el anfitrión y el huésped es el huésped. El huésped es el que va y viene; el huésped va cambiando. Y el anfitrión es el que se queda, el que permanece.

«No se separan ni un instante, pero son como el cuerpo y su sombra. Si deseas conocer el paradero del buda, está en el sonido de tu propia voz.» Deja de buscar a Buda en el exterior. Reside en ti y además es el anfitrión.

Pero ¿cómo llegar a este estado del anfitrión? Me gustaría hablarte de una técnica muy antigua; esta técnica te será de gran ayuda. Esta es una de las sencillas fórmulas que propuso Buda para llegar al anfitrión incognoscible, para llegar al misterio supremo de tu ser:

Despójate de todas las posibles relaciones y observa lo que eres. Supón que no eres el hijo de tus padres, ni el marido de tu mujer, ni el padre de tus hijos, ni el pariente de tu familia, ni el amigo de tus conocidos, ni un ciudadano de tu país, y así sucesivamente... entonces, lo que queda eres tú dentro de ti mismo.

Simplemente desconecta. Siéntate en silencio en algún momento del día y desconecta de todas las conexiones. Desconéctate de todas las conexiones como si estuvieses descolgando el teléfono. Desconecta... deja de pensar que eres el padre de tus hijos. Ya no eres un padre para tu hijo, ya no eres un hijo para tu padre. Desconecta de la idea de que eres un marido o una mujer; ya no eres una mujer ni un marido. Ya no eres un jefe ni un sirviente. Ya no eres negro ni eres blanco. Ya no eres indio, chino o alemán. Ya no eres joven ni eres viejo. Desconecta y sigue desconectando.

Hay mil y una conexiones; sigue desconectándote de todas ellas. Cuando lo hayas hecho, pregúntate de repente: ¿Quién soy yo? Y no habrá ninguna respuesta porque te has desconectado de todas las respuestas que podría haber.

«¿Quién soy yo?», y surge la respuesta «soy un médico», pero te has desconectado de todos tus pacientes. Surge la respuesta «soy un profesor», pero te has desconectado de tus alumnos. Surge la respuesta «soy chino», pero te has desconectado. Surge la respuesta «soy un hombre» o «soy una mujer», pero te has desconectado. Surge la respuesta «soy un anciano», pero te has desconectado.

Desconecta todo lo que hay; entonces estarás dentro de ti. Por primera vez, el anfitrión está a solas y no hay huéspedes. A veces es muy bueno estar a solas y sin huéspedes porque puedes ver tu calidad de anfitrión más de cerca, más atentamente. Los huéspedes crean confusión, los huéspedes hacen ruido, llegan y reclaman tu atención. Los huéspedes dicen: «Haz esto, necesitamos agua caliente, ¿dónde está el desayuno?, ¿dónde está mi cama?, ¡hay chinches!», te exigen mil y una cosas y el anfitrión tiene que ocuparse de los huéspedes: «Sí, por supuesto, ¡tienes que hacerte cargo de toda esa gente!».

Cuando estás completamente desconectado, nadie te molesta, nadie *puede* molestarte. De repente, estás en toda tu soledad, en la pureza de tu soledad, esa inmaculada pureza de la soledad. Eres como una tierra virgen, una cima virgen del Himalaya a la que no ha subido nadie todavía.

Eso es la virginidad. Es eso lo que quiero decir cuando digo: «Sí, la madre de Jesús era virgen». Eso es lo que quiero decir. No estoy de acuerdo con los teólogos católicos, lo que dicen es una tontería. Esto es la virginidad: María debió de concebir a Jesús cuando se encontraba en un estado de desconexión. En ese estado de desconexión, si llega un niño solo puede ser Jesús, nadie más.

En la antigua India había varios métodos para concebir un hijo. A no ser que estés en un estado de meditación profunda, no hagas el amor. Haz que la meditación sea una preparación para el amor: ese es el significado del tantra. Haz que la meditación sea la base: solo entonces debes hacer el amor, de ese modo invitarás a almas más elevadas. Cuanto más profundo seas, más elevada será el alma que invites.

María debía de estar absolutamente desconectada en el momento en el que Jesús entró en su cuerpo. Debió de estar en esa virginidad; debió de ser una anfitriona. Ya no era un huésped, no la acosaba ningún huésped ni se identificaba con ningún huésped. No era el cuerpo ni era la mente, ni sus pensamientos, ni una esposa, no era nadie. En este no ser nadie, ella estaba ahí, sentada en silencio, pura luz, una llama sin humo alrededor, una llama sin humo. Virgen.

Cuando fue concebido Buda o Mahavira, o Krisna, o Nanak, te digo que sucedió lo mismo, porque no se puede concebir a este tipo de personas, de otra manera. Este tipo de personas solo pueden entrar en el vientre más virgen. Pero este es mi concepto de virginidad, y no tiene nada que ver con todas las ideas absurdas que circulan por ahí: que ella nunca hubiese hecho el amor con un hombre, que Jesús no hubiese sido concebido con un hombre, o que Jesús no fuese el hijo de José. Por eso los católicos dicen: «Jesús el hijo de María». No hablan de su padre, no era su padre. «Hijo de María» e «Hijo de Dios», pero no hablan de José. ¿Por qué la toman con el pobre José? Si Dios puede usar a María, ¿por qué no puede usar también a José? ¿Qué hay de malo en ello? Usa a María por su vientre y esto no afecta a la historia, ¿por qué no puede usar a José también? El vientre es la mitad de la historia porque se ha usado el óvulo de la madre; ¿por qué no usar entonces el esperma de José? ¿Por qué tanto enfado con este pobre carpintero?

No, la existencia usa a los dos. Pero el estado de conciencia debe haber sido el del anfitrión. Y realmente, cuando eres el anfitrión no es una sorpresa recibir a un huésped importante; ¡viene Jesús! Si no te identificas con todos los huéspedes, lo divino se convierte

en tu huésped. Primero te conviertes en el anfitrión, en un anfitrión puro, entonces lo divino puede convertirse en tu huésped.

Cuando te desconectas vuelves a ti dentro de ti. Pregúntate ahora: ¿qué es ese «ti dentro de ti»? Nunca podrás responder a esa pregunta, no hay ninguna respuesta porque se ha desligado de todas las relaciones que conocemos. De este modo tropezamos con lo incognoscible; eso es entrar en meditación. Cuando te estableces en ella, cuando te estableces en ella totalmente, se convierte en iluminación.

No te será difícil entender este cuento zen.

EL MAESTRO ZEN Y EL LADRÓN -UNA PARÁBOLA DEL PERDÓN

Cuando Bankei llevaba a cabo sus semanas de retiro en meditación, venían alumnos de muchas partes de Japón para participar en ellas. Durante uno de esos retiros, descubrieron a un alumno robando. Informaron a Bankei del hecho y le pidieron la expulsión del culpable. Bankei hizo caso omiso de este suceso.

Más tarde el alumno fue descubierto en un acto similar y, de nuevo, Bankei volvió a zanjar la cuestión. Esto provocó el malestar de los demás alumnos, que hicieron una petición pidiendo la expulsión del ladrón, manifestando que de lo contrario se marcharían todos ellos.

Cuando Bankei leyó la petición les convocó a todos. «Sois hermanos sabios —les dijo—, sabéis lo que está bien y lo que no lo está. Podéis ir a estudiar a otro lugar si lo deseáis, pero este pobre hermano ni siquiera sabe distinguir lo bueno de lo malo. Si no le enseño yo, ¿quién lo hará? Él se va a quedar aquí aunque os vayáis todos los demás.»

Un torrente de lágrimas purificó el rostro del hermano que había robado. Su deseo de robar se había desvanecido.

Esta historia sucede en un campo de meditación, en una sesión de meditación, por tanto debes entender qué es la meditación. Por eso he querido profundizar tanto en la meditación, si no, se te escaparía el significado de esta historia. Estos cuentos no son cuentos corrientes, precisan de un gran trasfondo. Si no entiendes qué es la meditación, podrías leer: «Cuando Bankei llevaba a cabo sus semanas de retiro en meditación», pero no lo comprenderías.

... venían alumnos de muchas partes de Japón para participar en ellas. Durante uno de esos retiros descubrieron a un alumno robando.

Esos alumnos están en todas partes porque el ser humano tiene una mentalidad mercantilista. Y no pienses que quien robaba era muy diferente a aquellos a los que robaba; todos están en el mismo barco. Todos tienen mentalidad mercantilista. Unos tienen dinero y el otro no tiene, pero esa es la única diferencia. Aun-. que ambos tienen la misma mentalidad.

Informaron a Bankei del hecho y le pidieron la expulsión del culpable. Bankei hizo caso omiso de este suceso.

¿Por qué desestimó la cuestión? Porque ambos tenían una mentalidad mercantilista. Ambos son ladrones, solo se trata de un ladrón que intenta quitarle algo a otro ladrón, eso es todo. En este mundo, si acaparas dinero te conviertes en un ladrón, si tienes algo te conviertes en un ladrón. Hay dos tipos de ladrones en el mundo: unos son los respetables y reconocidos, aprobados, registrados y autorizados por el Estado; y los otros son los no autorizados que lo hacen por su cuenta. Robo legal e ilegal. Los legales son los respetados; por supuesto, los ilegales no son respetados, porque van contra todas las normas.

Los avispados nunca van contra las normas, buscan la forma de robar sin transgredirlas. Pero hay algunas personas que no son tan listas y se dan cuenta de que siguiendo las normas, nunca obtendrán nada, por lo que se olvidan de ellas y empiezan a cometer actos ilegales. Pero todos ellos son maniáticos del dinero. Por eso Bankei desestimó la cuestión.

Más tarde el alumno fue descubierto en un acto similar y, de nuevo, Bankei volvió a zanjar la cuestión.

Él sabe que los dos están en el mismo barco, y no hay mucha diferencia entre ellos.

Sorprendentemente, cuando una persona tiene éxito en sus delitos, se convierte en una persona respetable. Solo se convierte en un criminal cuando falla. Los ladrones con éxito se convierten en reyes y los reyes fracasados se convierten en ladrones. Solo es una cuestión de tener éxito. Si tienes mucho poder, eres un gran emperador. ¿Quién fue Alejandro Magno? Un gran ladrón, pero tuvo éxito.

Vuestros supuestos políticos son todos unos ladrones. Intentan acabar con otros ladrones, pueden estar contra el contrabando, contra el robo, contra esto y aquello pero, en el fondo, son los más ladrones y los mayores contrabandistas. Simplemente hacen las cosas legalmente o por lo menos consiguen aparentar que las están haciendo legalmente. Y lo consiguen, al menos mientras están en el poder. Cuando dejan de estarlo, desaparecen todas esas bonitas historias sobre ellos.

El político, una vez depuesto, se convierte en un fenómeno desagradable. Puede tratarse de Richard Nixon o de Indira Gan-dhi. Una vez depuesto, cuando desaparece el poder, cuando ya no tienes el poder para protegerte, todo queda en evidencia. Si sabes de qué modo se ha enriquecido alguien, no serás capaz de respetarle. Pero si la persona es realmente rica puede lograr mantener a la gente callada. Y la gente tiene muy mala memoria, se olvidan.

He leído, en un libro de historia, que expulsaron de Inglaterra a veinte personas por ser piratas. ¿Y qué pasó al cabo de treinta años? De esas veinte personas, algunas se fueron a Australia y otras se fueron a Estados Unidos. Algunas se habían convertido en gobernadores de Estados Unidos, otras en banqueros o terratenientes, pero las veinte se habían convertido en personas muy respetables.

Por eso Bankei desestimó la cuestión. No le prestó mucha atención y la desestimó. «No pasa nada, así es como funciona el mundo.» Alguien sin mentalidad mercantilista lo ignora.

Esto provocó el malestar de los demás alumnos, que hicieron una petición pidiendo la expulsión del ladrón, manifestando que de lo contrario se marcharían todos ellos.

Esas personas no habían ido para meditar en absoluto. Si has ido a meditar, tienes en cuenta algunos requisitos: estar menos centrado en el dinero y conseguir estar más desapegado de tus posesiones. No tiene mucha importancia que alguien te quite unos céntimos, eso no importa demasiado porque no es una cuestión de vida o muerte. Tienes que entender cómo funciona la mente y el apego al dinero de la gente.

Estás contra el ladrón porque te ha robado el dinero. Pero ¿cómo lo has conseguido tú? Se lo habrás robado a alguien de una forma u otra, porque nadie nace con dinero, todo el mundo llega con las manos vacías. Mantenemos que todo lo que poseemos nos pertenece, pero no hay nada que pertenezca a nadie. Esa sería la actitud de una persona que realmente ha ido a meditar, que nada pertenece a nadie. Cada vez tiene menos apego por las cosas.

Sin embargo, estas personas tenían una mentalidad mercantilista. Y cuando tienes esa mentalidad, empieza la política. Al ver que Bankei no censuraba al ladrón dos veces, debieron

de pensar: «¿Qué clase de maestro es este? ¡Parece que está defendiendo al ladrón!». No podían entender por qué no les escuchaba. No lo hacía para mostrarles que tenían que olvidarse de centrarse en el dinero. Sí, robar está mal, pero centrarse en el dinero tampoco está bien.

Cuando vieron que no censuraba al ladrón dos veces se enfadaron. Hicieron una petición; enseguida entra la política: protestas, peticiones, o «pedir la expulsión del ladrón, manifestando que de lo contrario se marcharían todos ellos».

No habían ido a meditar en absoluto. Si realmente hubiesen ido a meditar, su forma de abordar este problema habría sido completamente distinta. Habrían sido más compasivos con ese hombre y con su anhelo por el dinero. Si realmente fuesen meditatores habrían contribuido con su dinero para dárselo a este hombre: «Por favor, quédate con este dinero en vez de robar». Eso habría indicado que estaban ahí para meditar, para transformarse.

Pero en su lugar hicieron una petición de expulsión del ladrón. Y no solo eso, sino que amenazaron con irse todos si no se expulsaba al ladrón. No se puede amenazar a un maestro como Bankei.

Cuando Bankei leyó la petición les convocó a todos. «Sois hermanos sabios —les dijo—, sabéis lo que está bien y lo que no lo está. Podéis ir a estudiar a otro lugar si lo deseáis, pero este pobre hermano ni siquiera sabe distinguir lo bueno de lo malo. Si no le enseño yo, ¿quién lo hará? Él se va a quedar aquí aunque os vayáis todos los demás.»

Hay que entender muchas cosas. Cuando el maestro dice:

«Sois hermanos sabios», está ridiculizándolos y les está asestando un duro golpe. No está diciéndoles que son sabios, sino que son absolutamente necios. Pero todos los necios se creen sabios. De hecho, uno de los requisitos básicos para ser necio es creerse sabio. Los sabios no piensan que son sabios. Los necios siempre piensan que son sabios.

Todos ellos son necios. No estaban ahí para tener dinero, no estaban ahí para conseguir dinero, sino para algo más importante, más elevado, aunque se habían olvidado completamente de ello. Ese hombre les estaba dando la oportunidad de darse cuenta. Si realmente fueran meditatores se lo habrían dado todo a ese hombre, incluso las gracias: «Nos has dado la oportunidad de ver lo mucho que nos aferramos al dinero. ¡De qué manera nos has influenciado! Nos has hecho olvidar completamente la meditación, nos has hecho olvidar el motivo por el que habíamos venido aquí. Nos hemos olvidado del maestro Bankei».

Seguramente habían viajado cientos o incluso miles de kilómetros; China es un país enorme. Debían haber viajado durante meses, porque en aquella época no era tan fácil viajar. Oyeron hablar de este maestro y viajaron desde muy lejos para estudiar meditación con él. ¡Y basta que alguien robe para que se olviden de todo! Deberían haberle dado las gracias al ladrón: «Hiciste aflorar algo a nuestra conciencia, ha salido a la superficie nuestro apego enfermizo al dinero».

Cuando Bankei dice: «Sois hermanos sabios», está bromeando. En realidad está diciendo: «Sois absolutamente necios, pero os creéis muy sabios, creéis que sabéis distinguir lo que está bien de lo que está mal. Incluso habéis intentado enseñarme a *mí* lo que está bien y lo que está mal. Me estáis diciendo: "O echas a este hombre o nos vamos". Estáis intentando imponerme condiciones. ¿Creéis que sabéis lo que está bien y lo que está mal? En ese caso podéis ir donde queráis, porque como sois tan sabios, podéis aprenderlo en cualquier parte. Pero este hombre ¿dónde va a ir? ¡Él sí que es un necio!».

Date cuenta del detalle, de la ironía. Recuerda que la rectitud de los rectos nunca es

correcta. Los que creen tener la razón casi siempre son estúpidos. La vida es tan compleja y tan sutil que no es tan fácil decidir si tienes la razón o si el otro está equivocado. De hecho, la persona que tenga un mínimo entendimiento se dará cuenta de que nunca cae en la trampa de la rectitud.

Los alumnos de Bankei creen saber lo que está bien y lo que está mal, el ladrón ha hecho algo malo y el maestro debería echarle. Si el maestro no lo hace, entonces el maestro también está equivocado. Están demasiado imbuidos en su sabiduría; creen que saben. No ven la compasión del maestro y no ven la meditación del maestro. No ven que el maestro se ha convertido en un buda; Bankei es uno de los grandes maestros del zen. No reconocen a la persona que tienen delante de ellos; protestan y le amenazan.

El hombre es tan necio que a lo largo de los tiempos ha hecho toda clase de tonterías. Y siempre que hay un buda se cometen las mayores tonterías, porque no entiendes, no te das cuenta de quién es la persona que tienes enfrente. Sigues actuando de forma infantil e inmadura; sigues diciendo tonterías.

Bankei dice:

Sois hermanos sabios, sabéis lo que está bien y lo que no lo está. Podéis ir a estudiar a otro lugar si lo deseáis, pero este pobre hermano ni siquiera sabe distinguir lo bueno de lo malo. Si no le enseño yo, ¿quién lo hará?

De manera que os podéis ir, yo me quedaré con él y le enseñaré.

Él se va a quedar aquí aunque os vayáis todos los demás.

A veces sucede que es más difícil enseñar a alguien que piensa que tiene razón que a alguien que piensa que está equivocado. Es más fácil enseñar a un criminal que a un santo. Es más fácil enseñar a una persona que en el fondo está haciendo algo malo, porque está dispuesto a aprender. Él mismo quiere salir del estado en el que está. Pero alguien que piensa «estoy haciendo lo correcto», no quiere salir del estado en el que está porque es completamente feliz en ese estado. Es imposible cambiarle.

¿Por qué dice el maestro: «Os podéis ir todos pero yo me quedaré con este hombre, este pobre hermano»? ¿Por qué lo dice? Porque este pobre hermano tiene una posibilidad, un potencial.

Había una vez un hombre, un terrible criminal, asesino y pecador, que fue a ver a Buda para ser iniciado. Cuando llegó temía que no le dejaran entrar; tal vez los discípulos no le permitirían ver a Buda. Por eso llegó en un momento en el que no había mucha gente. Y no entró por la puerta principal, sino que saltó un muro.

Dio la casualidad de que Buda no estaba ahí porque había salido a mendigar, y le cogieron. Él dijo a los discípulos: «No he venido a robar ni nada parecido, solo temía que no me dejarais entrar por la puerta principal. Todo el mundo me conoce, soy un hombre famoso por aquí. Soy la persona más odiada y más temida de los alrededores, todo el mundo me conoce. Por eso tenía miedo de que no me dejaseis entrar, tal vez no creáis que quiero convertirme en discípulo de Buda».

De manera que lo llevaron ante uno de los grandes discípulos de Buda, Sariputra, que también era astrólogo y tenía un talento especial, un talento telepático para leer las vidas pasadas de la gente. Le pidieron a Sariputra: «Mira en el interior de este hombre. Sabemos que en esta vida es un asesino, un pecador y un ladrón, y que ha hecho toda clase de fechorías. Pero tal vez haya tenido alguna virtud en sus vidas pasadas; quizá por eso se quiere convertir en *sannyasin*. Indaga en sus vidas pasadas».

Sariputra miró dentro de sus ochenta mil vidas pasadas... ¡y siempre había sido igual! Hasta Sariputra empezó a temblar al ver a este hombre. Era muy peligroso; había sido un asesino y un criminal ochenta mil veces, siempre había sido un pecador. ¡Era un auténtico pecador! Era imposible cambiar a ese hombre, no había ninguna posibilidad. Ni siquiera Buda podía hacer nada.

Sariputra dijo: «Echadle, lleváoslo inmediatamente porque incluso Buda fracasará con este hombre. Es un auténtico pecador. He visto ochenta mil vidas tuyas y no puedo ir más allá. ¡Es más que suficiente!».

De modo que le expulsaron. El hombre estaba muy dolido porque para él no había escapatoria. No podía estar cerca de Buda en vida, así que decidió suicidarse. Se acercó al muro que había a la vuelta de la esquina de la puerta principal, y estaba a punto de estamparse la cabeza contra la pared para matarse cuando, de repente, Buda volvió de su ronda de mendigar y le vio. Le detuvo, se lo llevó dentro y le inició.

La historia cuenta que a los siete días ese hombre se convirtió en un *arhat*, en un iluminado. Todo el mundo estaba perplejo. Sariputra fue a Buda y le dijo: «¿Cómo puede ser? ¿Toda mi clarividencia y mi astrología no son más que un desatino? ¡Hé indagado en ocho mil vidas de este hombre! Si puede iluminarse en siete días, ¿qué sentido tiene indagar en las vidas pasadas de la gente? Entonces es todo absurdo. ¿Cómo puede ocurrir algo así?».

Y Buda le dijo: «Has mirado en su pasado pero no has mirado en su futuro. ¡Y el pasado, pasado está! Una persona puede cambiar en el momento que decida cambiar, la propia decisión es decisiva. Cuando alguien ha vivido ochenta mil vidas de miseria, lo sabe y anhela cambiar, y la intensidad de su propósito de cambiar es infinita. Por eso puede suceder en siete días.

»Sariputra, tú no te has iluminado. Eres un buen hombre, tienes buenas vidas, tu pasado no es una pesada carga. Hay cierta rectitud en tu ser. Has sido brahmán durante muchas vidas, erudito, una persona respetada. Pero fíjate en ese hombre. Estaba cargado con esas ochenta mil vidas y quería ser libre. Realmente quería ser libre; por eso se obró el milagro y a los siete días salió de su prisión. La intensidad de su pasado le estaba obligando.»

Esta es una de las cosas básicas que hay que comprender en la transformación de las personas. Los que se sienten culpables se pueden transformar fácilmente. Las personas que se sienten bien y son correctas, son muy difíciles de transformar. Las personas religiosas son muy difíciles de transformar; las no religiosas son más fáciles de transformar. Por eso, siempre que viene a mí una persona religiosa, no le hago mucho caso; pero cuando viene una persona no religiosa, me tomo más interés. Me dedico a él, estoy con él y me vuelco, porque existe una posibilidad.

Eso es lo que dice Bankei:

«Si no le enseño yo, ¿quién lo hará? Él se va a quedar aquí aunque os vayáis todos los demás.»

Un torrente de lágrimas purificó el rostro del hermano que había robado. Su deseo de robar se había desvanecido.

Y rociado por la compasión del maestro, el ladrón ya no es un ladrón y se purifica absolutamente. Empezó a llorar y esas lágrimas purificaron su corazón. «Un torrente de lágrimas purificó el rostro del hermano que había robado. Su deseo de robar se había desvanecido.» Este es el milagro de la presencia del maestro. Y la historia no dice nada de qué ocurrió a toda esa gente políticamente correcta.

Este es el misterio de la vida. Nunca te sientas justo ni pretendas estar en lo cierto, no te

aferres a esta idea. Y no pienses que los demás están equivocados, porque las dos cosas van juntas, si sientes que estás en lo cierto siempre estarás descalificando a los demás y pensando que la otra persona está equivocada. No descalifiques a nadie ni te alabes a ti mismo; de lo contrario, te equivocarás. Acepta a la gente como es. Eso es lo que son y ¿quién eres tú para decir si está bien o mal? Si están equivocados sufren y si están en lo cierto son dichosos. Pero ¿quién eres tú para criticarlos?

Tu crítica aumenta tu ego. Por eso la gente habla tanto de lo que los demás hacen mal, porque les produce la sensación de estar haciendo las cosas bien. Si alguien es un asesino eso les hace sentirse bien: «Yo no soy un asesino; por lo menos no soy un asesino».

Si alguien es un ladrón ellos se sienten bien: «Yo no soy un ladrón». Y así sucesivamente, mientras tanto, su ego se va fortaleciendo. La gente habla de los pecados de los demás, de los delitos de los demás y de todo lo malo de la vida de los demás. La gente no hace más que hablar de eso. Lo exageran y lo disfrutan... así sienten que «yo soy bueno». Pero esta sensación pronto se convertirá en una barrera.

Sé compasivo, sé inteligente y amoroso. Mira a los demás sin juzgarlos. Y nunca empieces a sentirte una persona recta, ni empieces a sentir una especie de santidad. No te conviertas en «Su santidad». Nunca.

Mantente común; no seas nadie. Y en ese no ser nadie llega el último huésped... en ese no ser nadie tú te conviertes en el anfitrión.

CORAZONES Y MENTES - RESPUESTAS A PREGUNTAS

¿Qué significa intentar ayudar a los demás? A menudo es más parecido a intentar cambiarlos que a respetarlos y quererlos in-condicionalmente. ¿Puedes hablar sobre esto?

Hay una gran diferencia, y extraordinariamente significativa, entre intentar cambiar al otro y ayudarlo. Cuando ayudas a alguien le ayudas a ser él mismo; cuando intentas cambiar a alguien, intentas cambiarlo de acuerdo con tus ideas. Cuando intentas cambiar a alguien intentas hacer una fotocopia. No te interesa la persona; tú tienes cierta ideología, una idea fija, un ideal, e intentas cambiar a la persona de acuerdo con ese ideal. Lo más importante es el ideal, el ser humano en sí no te importa nada.

En realidad, es violento intentar cambiar al otro de acuerdo con algún ideal. Es una agresión, un intento de destruir al otro. No es amor ni es compasión. La compasión siempre le permite al otro ser él mismo. La compasión no tiene ideología, la compasión es una atmósfera. No te da una dirección, solo te proporciona energía. Entonces te desarrollas. Entonces tu semilla tiene que brotar según su propia naturaleza. No hay nadie que te imponga nada.

Cuando digo: «Ayuda a los demás», quiero decir que les ayudes a ser ellos mismos. Cuando digo que el mundo no es religioso debido a la existencia de tantos predicadores, quiero decir que hay demasiada gente que intenta cambiar, convertir y transformar a los demás según su propia ideología. Una idea no debería ser más importante que una persona. Ni siquiera toda la humanidad tiene más importancia que un solo ser humano. La humanidad es una idea; el ser humano es una realidad.

Olvídate de la humanidad y recuerda al ser humano; lo verdadero, lo concreto, lo que palpita, lo que está vivo. Es muy fácil sacrificar a los seres humanos en nombre de la humanidad. Es muy fácil sacrificar a los seres humanos en nombre del islam, el catolicismo o el hinduismo; es muy fácil sacrificarlos por la idea de Cristo o de Buda. Ayuda pero no

sacrifiques. ¿Quién eres tú para sacrificar a nadie? Cada individuo tiene su propio fin. No lo utilices como un medio.

Cuando Jesús dice: «El sábado está hecho para el hombre, no el hombre para el sábado», ese es el significado. Todo está hecho para el hombre; el hombre es el valor supremo. Incluso la idea de Dios es para el hombre; el hombre no es para la idea de Dios. Sacrifícalo todo para el hombre pero no sacrifiques al hombre por ninguna cosa. Entonces estás ayudando.

Si empiezas a sacrificar al ser humano, no estarás ayudando. Estarás destruyendo y mutilando al otro. Eres violento, eres un criminal, del mismo modo que lo son tus llamados maestros religiosos que intentan cambiar a los demás. Uno solo puede amar, ayudar, estar listo para dar in-condicionalmente.

Comparte tu ser, pero permite que el otro vaya hacia su propio destino. Ese destino es desconocido; nadie sabe qué va a florecer. No le des un patrón, de lo contrario aplastarás la flor. Y recuerda que cada individuo es único. Nunca ha existido un ser así antes y nunca volverá a existir. La existencia no se repite, no es repetitiva. No cesa de inventar.

Si pretendes que un hombre sea como Jesús estarás siendo destructivo. Jesús no podrá repetirse nunca. ¡Y tampoco hay ninguna necesidad! Uno es hermoso pero muchos serían sencillamente aburridos. No intentes hacer a una persona como Buda. Déjale que se convierta en él mismo, esa es su budeidad. Tú no sabes qué es lo que lleva dentro de sí y él tampoco. Solo el futuro puede mostrarlo. Y no solo te sorprenderás tú, sino que la propia persona se sorprenderá cuando se abra su flor. Todo el mundo lleva dentro de sí una flor con un potencial infinito y con un poder de infinitas posibilidades.

Ayúdale, dale energía y amor. Acepta al otro y hazle sentirse bienvenido. No le provoques un sentimiento de culpabilidad, no le hagas creer que lo desapruebas. Todos los que intentan cambiarle le hacen sentir culpable y la culpabilidad es un veneno.

Cuando alguien dice «¡Sé como Jesús!», está rechazando tu forma de ser. Siempre que alguien te dice que seas como otra persona, no te está aceptando *a ti*. No eres bienvenido, eres como un intruso. No serás amado a menos que te conviertas en otra persona. ¿Qué clase de amor es ese que te destruye y solo se da cuando te conviertes en algo falso y no auténtico?

Si eres auténtico, solo puedes ser tú mismo. Todo lo demás será falso, serán máscaras, personalidades, pero no será tu esencia. Puedes decorarte con la personalidad de Buda, pero nunca te llegará al corazón. No estará relacionado contigo, no tendrá nada que ver contigo. Solo estará en el exterior. Un rostro que nunca será tu rostro.

Quien sea que esté intentando convertirte en otra persona y te diga «Te querré si eres como Buda o como Cristo...», no te quiere. Tal vez ame a Cristo, pero a ti te odia. Y su amor por Cristo tampoco puede ser muy profundo porque si realmente ama a Jesús habría comprendido la singularidad absoluta de cada individuo.

El amor es una comprensión profunda. Si has amado a alguien, habrás desencadenado dentro de ti una cualidad de visión diferente. Ahora puedes ver con claridad. Si has amado a Jesús, te encuentres con quien te encuentres, verás la realidad de esa persona, de ese ser humano específico, de su potencial aquí y ahora. Amarás a esa persona, le ayudarás a convertirse en lo que él o ella pueden convertirse. No esperarás nada más. Toda expectativa es una descalificación, una negación, un rechazo. Simplemente das tu amor sin esperar una recompensa, sin esperar un resultado. Ayudas sin tener en la mente un futuro.

Cuando el amor fluye sin un futuro, hay una enorme energía. El amor ayuda cuando fluye sin motivación, y no hay nada que pueda ayudar tanto como eso. Aunque solo haya un ser humano que te acepta, eso te hará sentirte centrado. La existencia no te ha recibido mal. Por lo

menos hay un ser humano que te quiere in-condicionalmente. Eso te da un arraigo, te centra y te da la sensación de estar en casa. Cuando estás lejos de ti mismo estás lejos de la existencia, de tu casa. La distancia entre tú y tu ser es la distancia entre tú y tu casa, no hay más distancia. De manera que quienquiera que diga «Sé otra persona», te está alejando de tu casa. Te volverás falso y te pondrás máscaras. Tendrás personalidades, carácter y mil otras cosas, pero no tendrás alma; no tendrás lo esencial. No serás una conciencia sino una decepción, un seudofenómeno; no serás auténtico.

Por eso, cuando digo ayuda, estoy diciendo que simplemente crees una atmósfera alrededor de las personas. Lleva esa atmósfera de amor y compasión vayas donde vayas y ayuda a los demás a ser ellos mismos.

Es lo más difícil del mundo —ayudar a los demás a ser ellos mismos— porque va contra tu ego. A tu ego le gustaría que los demás fuesen imitadores. Te gustaría que todo el mundo te imitase; te gustaría convertirte en el arquetipo y que todo el mundo fuese como tú. Entonces tu ego estaría muy, muy satisfecho. Te crees el original y los demás tienen que copiarte. Te conviertes en el centro y todo el mundo se vuelve falso.

No, al ego no le convence. Quiere cambiar a los demás con arreglo a sus ideas. Pero ¿quién eres tú para cambiar a nadie? No te hagas responsable de eso. Es peligroso; así es como nacen todos los Adolf Hitler. Son personas que se responsabilizan de cambiar el mundo con arreglo a sus ideas. En la superficie hay una gran diferencia entre un Mahatma Gandhi y un Adolf Hitler. Pero en el fondo no hay ninguna diferencia, porque ambos quieren cambiar el mundo con arreglo a sus ideas. Uno puede estar usando métodos violentos y el otro puede estar usando métodos no violentos, pero los dos están usando métodos para cambiar a los demás con arreglo a sus ideas.

Uno puede usar una bayoneta y el otro amenazarte con que «Voy a hacer un largo ayuno si no me haces caso». Uno puede estar amenazándote con matarte y el otro puede estar amenazándote con matarse si no se le sigue, pero los dos están usando la fuerza. Los dos están creando situaciones en las que pueden obligarte a ser algo que no quieres ser y que nunca has querido ser. Los dos son políticos. Hitler no te ama, y Gandhi tampoco. Gandhi habla del amor, pero no ama. No puede amar porque la idea en sí —el ideal de cómo deberías ser— se lo impide.

Solo hay una forma de amar a las persona y es amarlas tal como son. Y ahí está la belleza: cuando las amas como son, cambian. No según tu criterio sino según su propia realidad. Cuando las amas se transforman. No se convierten; se transforman. Se vuelven algo nuevo, alcanzan nuevas alturas del ser. Pero eso sucede en su ser y de acuerdo con su naturaleza.

Ayuda a la gente a ser natural, ayuda a la gente a ser libre, ayuda a la gente a ser ellos mismos y no intentes obligar a nadie, no intentes tirar, empujar y manipular. Ese es el camino del ego. Y eso es política.

¿Cuándo el sentir cariño por alguien se acaba convirtiendo en una intromisión en su vida?

En el momento que entra la ideología se convierte en una intromisión. El amor se vuelve amargo, se convierte casi en un tipo de odio y tu protección se convierte en una prisión. La ideología es la que marca la diferencia.

Por ejemplo, si eres una madre cuidas a tu hijo. Tu hijo te necesita, no puede sobrevivir sin ti. Eres imprescindible porque necesita alimentos, amor, cariño... pero no necesita tu ideología. No necesita tus ideales ni tu cristianismo, hinduismo, tu islam o tu budismo. No necesita tus escrituras ni tus creencias. No necesita tus ideales de cómo debería ser. Simplemente evita los ideales, los objetivos, las metas; entonces el cariño será hermoso, será

inocente. De lo contrario, será interesado.

Cuando en tu cariño no hay ideologías, no quieres convertir a tu hijo en cristiano, no quieres hacer de él esto o lo otro, comunista o fascista, no quieres que se convierta en empresario, médico o ingeniero... No tienes ideas preconcebidas para tu hijo. «Yo te querré y cuando crezcas, tú elegirás —le dices—, sé lo que naturalmente quieras ser. Seas lo que seas, tienes mi aprobación y decides lo que decides, por mi parte lo acepto y lo apoyo. Esto no significa que te vaya a querer si te conviertes en el presidente de la nación, y no te vaya a querer y me avergüence de ti si solo eres un carpintero. No te daré una buena acogida solo cuando llegues con una medalla de oro de la universidad, y me sentiré avergonzado si fracasas. No vas a ser mi hijo solo si eres bueno, virtuoso, moral, y esto y aquello, y si no es así, no tendrá nada que ver contigo y tú no vas a tener nada que ver conmigo.

En cuanto introduces una idea empiezas a corromper la relación. El cariño es algo hermoso, pero cuando ese cariño comporta alguna idea, entonces es interesado. Es un trato, tiene sus condiciones. Y todo nuestro amor es interesado; de ahí la infelicidad que hay en el mundo, el infierno en el que se vive. No es que no haya cariño, hay cariño, pero muy interesado. La madre cuida, el padre cuida, el marido cuida, la mujer cuida, el hermano, la hermana... todo el mundo cuida. La gente cuida demasiado y sin embargo el mundo es un infierno. Aquí debe de haber un error, algo está fundamentalmente equivocado.

¿Cuál es ese error fundamental? ¿Dónde fallan las cosas? El cariño tiene condiciones, «¡Haz esto! ¡Sé aquello!». ¿Alguna vez has amado a alguien sin poner condiciones? ¿Alguna vez has amado a alguien tal como es, sin querer mejorar a la persona, sin querer cambiarla; aceptándola absolutamente, totalmente? En-tonces sabes qué es el cariño. A través de ese cariño te sentirás satisfecho y ayudarás inmensamente al otro.

Y recuerda, si cuidas sin ningún interés, sin ambición, la persona a la que cuidas te amará para siempre. Pero si tu cariño tiene alguna intención, la persona a la que has cuidado no será capaz de perdonarte jamás. Por eso los niños no pueden perdonar a sus padres. Pregunta a los psicólogos o a los psicoanalistas; casi todos los casos que tratan son de personas cuyos padres les cuidaban demasiado cuando eran niños. Y su cariño era interesado, frío y calculado. Querían satisfacer algunas de sus ambiciones a través de sus hijos.

El amor debe ser un regalo. En el momento que tiene una etiqueta con un precio deja de ser amor.

3. La compasión en acción

NADIE PUEDE DEJAR DE SER UN EGOÍSTA excepto los hipócritas. La palabra «egoísta» ha adquirido un tono de condena porque todas las religiones la han condenado. Quieren que seas altruista, pero ¿por qué? Para ayudar a los demás...

Esto me recuerda algo, un niño estaba hablando con su madre y la madre le dijo: «Recuerda que siempre hay que ayudar a los demás». Y el niño preguntó: «¿Y los demás qué harán?». La madre, naturalmente, contestó: «Ayudar a los demás». El niño dijo: «Me parece un método muy raro. ¿Por qué no ayudarte a ti mismo en vez de a otro y complicar las cosas sin necesidad?».

El egoísmo es natural. Sí, siendo egoísta llega un momento en el que estás compartiendo. Cuando te encuentras en un estado de alegría desbordante es cuando puedes compartir. Ahora

mismo la gente infeliz está ayudando a otra gente infeliz, los ciegos guían a otros ciegos. ¿Qué ayuda puedes ofrecer? Esta es una idea muy peligrosa que ha prevalecido a través de los siglos.

En una pequeña escuela, la profesora le dijo a los niños:

—Debéis hacer una buena acción al menos una vez por semana.

Un niño le preguntó:

—Por favor, denos al menos algún ejemplo de buenas acciones porque no sabemos lo que es bueno.

De manera que ella respondió:

—Por ejemplo: una ciega quiere cruzar la calle y la ayudáis a cruzar la calle. Esa es una buena acción; es un acto virtuoso.

La semana siguiente preguntó:

—¿Alguno de vosotros se ha acordado de hacer lo que os dije? —Tres niños levantaron la mano—. Eso no está bien, el resto de la clase no ha obedecido, pero a pesar de todo, al menos hay tres niños que han hecho algo bueno —dijo la profesora—. ¿Qué has hecho tú? —le preguntó al primero.

—Exactamente lo que usted dijo —contestó—. Ayudé a cruzar la calle a una ancianita ciega.

—Eso está muy bien —dijo la profesora—, que Dios te bendiga—. ¿Qué has hecho tú? —le preguntó al segundo.

—Lo mismo —contestó—, ayudé a cruzar la calle a una ancianita ciega.

La profesora estaba un poco sorprendida, ¿dónde han encontrado a tantas ancianas ciegas? Pero como se trata de una gran ciudad pueden haber encontrado dos. Preguntó al tercero y este le dijo:

—He hecho exactamente lo que han hecho ellos, ayudar a cruzar la calle a una ancianita ciega.

La profesora exclamó:

—Pero ¿dónde habéis encontrado a tres ciegas?

—No lo entiendes —dijeron—, no había tres ciegas, solo había una y ¡fue tan difícil ayudarla a cruzar la calle! Nos daba golpes gritando y chillando porque no quería cruzar, pero nosotros estábamos empeñados en realizar una buena acción. Se reunió un montón de gente a chillarnos, pero les dijimos: «No os preocupéis, sólo queremos ayudarla a cruzar la calle». ¡Pero ella no quería cruzarla!

Dicen a la gente que ayude a los demás, pero ellos mismos están vacíos. Dicen a la gente que ame a los demás —a sus vecinos, a sus enemigos— pero nunca les han dicho que se amen a sí mismos. Directa o indirectamente, todas las religiones dicen a la gente que se odie. La persona que se odia no puede amar a nadie; solo puede fingir que ama.

Lo fundamental es amarte tanto a ti mismo que el amor rebose y alcance a los demás. No estoy en contra de compartir, pero estoy absolutamente en contra del altruismo. Estoy a favor de compartir, pero primero debes tener algo para compartir. De ese modo no estarás haciendo algo como una obligación hacia nadie, sino al contrario, la persona que recibe algo de ti te está haciendo un favor. Deberías estar agradecido al otro, porque podía haber rechazado tu ayuda y ha sido generoso aceptándola.

Siempre insisto en decir que el individuo debería sentirse tan feliz, tan dichoso, tan silencioso, tan satisfecho, que gracias a ese estado de satisfacción empieza a compartir. Está tan pleno como una nube cargada de lluvia que debe descargarla.

Si resulta que sacia la sed de los demás o la sed de la tierra, esto es secundario. Si cada individuo está lleno de alegría, lleno de luz y lleno de silencio, lo compartirá sin que nadie se lo diga, porque compartir es una felicidad. Dárselo a alguien produce más alegría que obtenerlo.

Pero habría que cambiar toda la estructura. No habría que decir a las personas que fuesen altruistas. Si son desdichados, ¿qué le van a hacer? Si son ciegos, ¿qué le van a hacer? Si han derrochado su vida, ¿qué le van a hacer? Solo pueden dar lo que tienen. De manera que la gente está dando a todo el que entra en contacto con ellos infelicidad, sufrimiento, angustia y ansiedad. ¡Eso es el altruismo! No, yo prefiero que todo el mundo sea absolutamente egoísta.

Los árboles son egoístas: aportan agua a sus raíces, aportan savia a sus ramas, a sus hojas, a sus frutos y a sus flores. Y cuando florecen esparcen su perfume a todo el mundo, tanto conocido como desconocido, familiar o extraño. Cuando están cargados de fruta, comparten y dan sus frutos. Pero si enseñases a los árboles a ser altruistas morirían, del mismo modo que toda la humanidad está muerta, solo son cadáveres andantes. Y ¿hacia dónde van? Van hacia el cementerio para descansar finalmente en su tumba.

La vida debería ser una danza y la vida de todo el mundo puede convertirse en una danza. Debería ser una música, y después podrás compartir; tendrás que compartir. No es que yo lo diga, es una de las leyes fundamentales de la existencia: cuanto más compartes tu dicha, más crece.

Por eso enseño egoísmo.

NO SEAS UN ABOGADO, SÉ UN AMANTE

En Mateo 22 se dice:

Entonces, uno de ellos, que era doctor en leyes, le hizo una pregunta tentándole y diciendo: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?

Jesús le respondió: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primer gran mandamiento. Y el segundo es similar a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.

Hay dos palabras —ley y amor— que son enormemente relevantes. Representan dos tipos de mente, son los polos opuestos. La mente jurídica nunca puede ser amorosa y la mente que ama nunca puede ser jurídica. La actitud legal no es religiosa: es política, social. Y la actitud del amor no es política ni social, sino individual, personal y religiosa.

Moisés, Manú, Marx, Mao, son mentes jurídicas; han aportado al mundo la ley. Jesús, Krisna, Buda, Lao Tzu, son personas de amor. No han dado un mandamiento legal al mundo, han dado una visión completamente distinta.

He oído contar una historia sobre Federico el Grande, rey de Prusia, que era una mente jurídica. Fue a verle una mujer para quejarse de su marido. «Majestad —le dijo—, mi marido me trata muy mal.»

Federico el Grande dijo: «Eso no es asunto mío».

Pero la mujer insistía: «No solo eso. Majestad, también habla mal de usted».

Federico el Grande contestó: «Eso no es asunto tuyo». Así es la mentalidad jurídica.

La mente jurídica siempre está pensando en la ley y nunca en el amor. La mente jurídica piensa en la justicia pero nunca piensa en la compasión; y la justicia sin compasión nunca puede ser justa. Una justicia que no tenga compasión está abocada a ser injusta; pero una compasión que aparentemente es injusta no puede ser injusta. La propia naturaleza de la compasión es ser justa; la justicia sigue a la compasión como una sombra. Pero la compasión no sigue a la justicia como una sombra porque la compasión es lo verdadero, el amor es lo verdadero. Tu sombra te sigue pero tú no sigues a tu sombra. La sombra no puede guiar, la sombra tiene que seguir. Y esta es una de las grandes controversias de la humanidad: si Dios es amor o ley, si Dios es justo o compasivo.

La mente jurídica dice: Dios es la ley. Pero la mente jurídica no puede saber qué es Dios porque Dios es otra forma de decir amor. La mente jurídica no puede alcanzar esa dimensión. La mente jurídica responsabiliza de todo a los demás: a la sociedad, a la estructura económica y a la historia. Para la mente jurídica, los demás siempre son culpables. El amor se hace responsable de sí mismo; siempre soy yo el responsable, no tú.

Cuando entiendes que tú eres el responsable empiezas a florecer. La ley es una excusa. Es una astucia de la mente para que puedas seguir protegiéndote y defendiéndote. El amor es vulnerable, pero la ley es una medida defensiva. Cuando amas a alguien no hablas de leyes. Cuando amas, la ley desaparece, porque el amor es la ley suprema. No precisa otras leyes, se basta consigo mismo. Y cuando el amor te protege no necesitas otra protección. No seas legalista, de lo contrario te perderás todo lo bello de la vida. No seas un abogado, sé un amante, de lo contrario te seguirás protegiendo y al final te darás cuenta de que no hay nada que proteger; solo has estado protegiendo un ego vacío. Y siempre puedes encontrar medios y formas de proteger el ego vacío.

He oído una anécdota sobre Oscar Wilde. El estreno de su primera obra de teatro fue un fracaso absoluto, un fiasco. Cuando salió del teatro, sus amigos le preguntaron: «¿Qué tal ha ido?». Él dijo: «La obra ha sido un éxito, pero el público ha sido un fracaso».

Así es la mentalidad jurídica, siempre está intentando proteger al ego vacío; no es más que una pompa de jabón: dentro no tiene nada, está llena de vacío y no hay nada. Pero la ley sigue protegiéndolo. Recuerda, en cuanto te vuelves legalista, en cuanto empiezas a ver la vida a través de la ley —puede ser la ley del gobierno o la ley de la iglesia, eso no cambia nada—, en cuanto empiezas a ver la vida a través de la ley, a través de un código moral, de las escrituras o de los mandamientos, empiezas a perdértela.

Hay que ser vulnerable para saber qué es la vida; hay que estar totalmente abierto, inseguro. Hay que estar dispuesto a morir para conocerla; solo así podrás conocer la vida. Si tienes miedo a la muerte nunca conocerás la vida, porque la muerte no puede conocer. Si no tienes miedo a la muerte, si estás dispuesto a conocerla, conocerás la vida, la vida eterna que nunca muere. La ley es miedo escondido, el amor es la expresión de la ausencia de miedo.

Cuando amas el miedo desaparece, ¿te has dado cuenta? Cuando amas no existe el miedo. Cuando amas a alguien el miedo desaparece. Cuanto más amas, más desaparece el miedo. Si amas totalmente, el miedo está absolutamente ausente. El miedo solo surge cuando no amas. El miedo es ausencia de amor, la ley es ausencia de amor porque básicamente es una defensa de tu tembloroso corazón interno; tienes miedo y quieres protegerte.

Si una sociedad se sustenta en la ley, esa sociedad estará dominada por el miedo. Cuando una sociedad se sustenta en el amor, el miedo desaparece y no es necesaria la ley, no son

necesarios los tribunales, ni son necesarios el cielo y el infierno. El infierno es una actitud jurídica; el castigo proviene de una mentalidad jurídica. La ley dice que si haces el mal serás castigado y si haces el bien serás recompensado. Y luego están las llamadas religiones: dicen que si cometes un pecado te mandarán al infierno. ¡Imagínate ese infierno! Las personas que han inventado la idea del infierno deben de haber sido profundamente sádicas. Han representado el infierno de manera que han tomado todas las medidas posibles para que sufras. Y también han inventado el cielo; el cielo para ellos y sus seguidores, el infierno para los que no les siguen y no creen en ellos. Pero estas actitudes son legalistas, es la misma actitud que el castigo criminal. Y el castigo ha fallado.

No se puede detener el crimen, el castigo no ha podido detenerlo. Sigue aumentando porque, de hecho, la mentalidad jurídica y la mentalidad criminal son dos caras de la misma moneda; no son diferentes. Todas las mentes jurídicas son esencialmente criminales y todas las mentes criminales pueden convertirse en buenas mentes jurídicas, porque tienen el potencial. No son dos mundos independientes; forman parte del mismo mundo. El crimen sigue aumentando y la ley se va volviendo cada vez más complicada y compleja.

El hombre no ha cambiado debido al castigo sino que, en realidad, se ha vuelto más corrupto. Los tribunales no lo han cambiado pero lo han corrompido más. Y tampoco han servido los conceptos de recompensa, cielo o respetabilidad. Ya que el infierno depende del miedo y el cielo depende de la codicia; son estos dos conceptos, miedo y codicia, el problema. ¿Cómo vas a cambiar a la gente por medio de ellos? Son enfermedades, y la mente jurídica insiste en decir que son medicinas.

Es necesaria una actitud completamente distinta, la actitud del amor. Cristo aporta amor al mundo. Destruye la ley, el mismo fundamento de la ley. Ese fue su crimen y por eso le crucificaron, porque estaba destruyendo los cimientos de esta sociedad criminal; estaba destruyendo el pilar fundamental del mundo criminal, de las guerras, la violencia y la agresión. Proporcionó un pilar fundamental completamente nuevo. Hay que intentar comprender estas líneas en toda su profundidad.

Entonces, uno de ellos, que era doctor en leyes, le hizo una pregunta tentándole y diciendo...

«Tentándole.» Quería arrastrar a Jesús a una discusión legalista. Hay muchas ocasiones en la vida de Jesús en las que le tentaron a bajar de las alturas del amor a los oscuros valles de la ley. Y la gente que intentó tentarle era muy capciosa. Por el tipo de preguntas que le hacían, si Jesús no hubiese sido un ser realizado, habría caído en la trampa. Le planteaban lo que en la lógica se llama un dilema: respondas lo que respondas, estás perdido. Si dices una cosa estás perdido, pero si dices lo contrario también estás perdido.

Seguro que conoces esta famosa historia. Él está sentado a la orilla del río, la gente se acerca llevándole a una mujer. Le dicen que esta mujer ha cometido un pecado: «¿Tú qué opinas?». Le están tentando porque las escrituras antiguas dicen que cuando una mujer comete un pecado, hay que lapidarla hasta la muerte. Ahora le están dando a Jesús dos alternativas. Si sigue las escrituras, entonces le preguntarán: «¿Dónde ha ido a parar tu concepto del amor y la compasión? ¿No eres capaz de perdonarla? ¿De manera que todo lo que dices sobre el amor no es más que palabrería?». No tiene salida. Pero si dice: «Perdonadla», ellos contestarán: «Entonces estás en contra de las escrituras; y tú has estado diciendo a la gente "Yo vendré a cumplir las escrituras, no a destruirlas"». Esto es un dilema, estas son las dos únicas alternativas.

Pero la mente jurídica no se da cuenta de que un hombre de amor tiene una tercera alternativa que la mente jurídica no conoce, porque la mente jurídica solo puede pensar en

opuestos. Para la mente jurídica solo existen dos alternativas, sí o no. No sabe nada de la tercera alternativa, a la que De Bono ha denominado *po*; la primera sí, la segunda no y la tercera alternativa es *po*. No es ni sí ni no, sino completamente diferente. Jesús es el primer hombre en el mundo que dijo *po*. No utilizó ese término, el término ha sido inventado por De Bono, pero dijo *po*, en realidad lo hizo. Él dijo a la multitud: «Solo aquellos de entre vosotros que no hayan pecado nunca y nunca hayan pensado en cometer un pecado, que den un paso al frente. Coged las piedras con vuestras manos y matad a esta mujer». Pero no había ni una sola persona que no hubiese cometido un pecado o que nunca hubiese pensado en cometerlo.

Tal vez haya gente que no ha cometido nunca un pecado pero pueden estar pensando constantemente en ello. En realidad, es inevitable que lo hagan. La gente que comete pecados no piensa tanto en ello. Los que no lo hacen están constantemente pensando o fantaseando sobre ello. Y en el fondo de tu ser, no hay ninguna diferencia entre pensar o actuar.

Poco a poco la gente empezó a desaparecer. Los que estaban en primera fila se fueron hacia atrás, los juristas expertos de la sociedad y los ciudadanos eminentes de la ciudad empezaron a irse. Este hombre había usado una tercera alternativa. No dijo sí ni dijo no. Dijo: «Sí, matad a esta mujer, pero solo pueden hacerlo quienes no hayan cometido nunca un pecado ni hayan pensado en cometerlo». La multitud desapareció. Dejaron a Jesús solo con la mujer; ella cayó a sus pies y le dijo: «Realmente he cometido un pecado, soy una mala mujer. Puedes castigarme».

Jesús le respondió: «¿Quién soy yo para juzgarte? Esto es un asunto entre tú y tu Dios. Es algo entre tú y la existencia. ¿Quién soy yo para interferir? Si te das cuenta de que has hecho algo mal, no vuelvas a hacerlo».

Estas situaciones se repetían continuamente. La gente solo estaba interesada en llevar a Jesús a una disputa en la que pudiera salir ganadora la mente jurídica. No puedes discutir con una mente jurídica, si lo haces te derrotará, porque la mente jurídica es muy eficiente en la discusión. Adoptes la posición que adoptes —eso no importa— serás derrotado.

Jesús no podía ser derrotado porque nunca discutía. Esta era una de las señales, uno de los signos de que había alcanzado el amor. Se mantenía en su cumbre; nunca descendía.

Entonces, uno de ellos, que era doctor en leyes, le hizo una pregunta tentándole y diciendo: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?».

Esta es una pregunta muy difícil. ¿Cuál es el mandamiento, más grande, cuál es el principal mandamiento, cuál es el mandamiento fundamental de la ley? Es muy complicado porque cada ley depende de otras, están entrelazadas. No puedes encontrar una ley fundamental, no hay una ley fundamental. Todas dependen de las demás; son interdependientes.

En la India, este ha sido uno de los grandes debates: ¿Qué es lo básico, la no violencia o la verdad? Si te encuentras en una situación en la que tienes que escoger entre la verdad y la no violencia —si dices la verdad habrá violencia, y si no dices la verdad se puede evitar la violencia—, ¿qué harías? ¿Dirías la verdad y permitirías que se cometiera la violencia?

Por ejemplo, estás sentado en un cruce de caminos y llega un grupo de policías que te preguntan: «¿Ha visto pasar por aquí a un hombre? Tenemos que atraparlo y matarlo porque ha escapado de la prisión. Tiene una sentencia de muerte». Tú le has visto. Puedes decir que sí y estarás diciendo la verdad, pero entonces serás responsable de la muerte de ese hombre. Puedes decir que no le has visto o puedes darle a la policía una pista equivocada; de esta manera el hombre se salvará. Sigues siendo no violento pero has mentido. ¿Qué harías? Parece imposible escoger, casi imposible. ¿Qué ley es la más fundamental?

Jesús le respondió: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.

Esto es *po*: no está respondiendo a la pregunta en absoluto; está respondiendo a otra cosa. No está bajando al mundo de las leyes; se mantiene situado en su cumbre del amor. Dice: «Este es el primer gran mandamiento. Ama a Dios con todo tu corazón, toda tu mente y todo tu espíritu». La pregunta era sobre la ley, pero la respuesta es sobre el amor. En realidad, no ha contestado a la pregunta, o puedes decir que ha contestado a la pregunta, porque esta es la *única* respuesta ya que no puede haber otra respuesta.

Hay que comprender esto. Solo se puede responder una pregunta de un plano más bajo desde un plano más alto; si te quedas en el mismo plano, es imposible responder. Por ejemplo, desde donde te encuentras surge la pregunta, surgen muchas preguntas. Si le preguntas a una persona que está en tu mismo plano, no podrá responderte. Sus respuestas pueden parecer relevantes pero no lo son, porque él está en la misma situación que tú.

Es como un loco ayudando a otro loco, un ciego guiando a otro ciego, un hombre confundido intentando ayudar a otro confundido a alcanzar la claridad. De eso solo surgirá más desorden, más confusión. Eso es lo que ha ocurrido en el mundo: todo el mundo está dando consejos a los demás. No hay nada más barato que un consejo. De hecho, no cuesta nada, te lo dan simplemente si lo pides; todo el mundo está dispuesto a darte consejos. Tú no lo piensas y los que te dan consejos tampoco piensan en que ellos están en el mismo plano que tú y sus consejos no sirven para nada. O pueden ser incluso dañinos. Solo alguien que esté en un plano superior al tuyo te puede ayudar, alguien que tenga una percepción más clara, una claridad más profunda, un ser más cristalizado. Solo ese tipo de persona puede responder a tus preguntas.

Hay tres posibilidades de diálogo: primero está el de dos ignorantes que hablan. Se habla mucho pero de ahí no sale nada; es todo ficticio. Hablan, pero no quieren decir lo que dicen, ni siquiera se dan cuenta de qué están diciendo, solo están pasando el rato; se sienten bien cuando están ocupados. Están hablando de forma mecánica, como si fuesen dos ordenadores. Después está la posibilidad de dos personas iluminadas hablando. No hablan ni tienen necesidad de hablar. La comunión se produce en silencio; se entienden el uno al otro sin necesidad de palabras. Dos personas ignorantes hablando: demasiadas palabras y no hay entendimiento. Dos personas iluminadas encontrándose: no hay palabras, solo entendimiento.

La primera situación ocurre todos los días, millones de veces en todo el mundo. La segunda situación se da en raras ocasiones, tras miles y miles de años; rara vez ocurre que dos personas iluminadas se encuentren.

Hay una tercera posibilidad: una persona iluminada hablando con una no iluminada. Entonces hay dos planos, uno está en la tierra y el otro está en el cielo; uno se mueve en una carreta de bueyes y el otro vuela en avión. La persona que está en la tierra pregunta una cosa y la persona que está en el cielo responde otra cosa. Pero esta es la única forma, la única manera de ayudar a la persona que está en la tierra. El hombre de leyes preguntó sobre la ley, y dijo: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?».

No está preguntando sobre el amor. Jesús está intentando seducirle hacia el amor; ha cambiado el contexto. En cuanto estás en las manos de Jesús él te llevará a una dimensión que no conoces, a lo desconocido, a lo incognoscible.

Jesús le respondió: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.

«Con todo tu corazón» quiere decir con todos tus sentimientos. Esto es la devoción.

Cuando todos tus sentimientos están unidos, integrados en una unidad, esto es oración. Devoción es todo tu corazón latiendo con el deseo de lo desconocido, latiendo con un profundo impulso, una profunda investigación de lo desconocido, con la devoción de cada latido de tu corazón.

«Con toda tu mente»: este es el significado de meditación, cuando todos tus pensamientos se vuelven uno. Cuando todos tus pensamientos se vuelven uno, el pensamiento desaparece; cuando todos tus sentimientos se vuelven uno, el sentimiento desaparece. Cuando hay muchos sentimientos eres un sentimental. Cuando tus sentimientos son uno, el sentimentalismo desaparece, estás lleno de corazón pero sin sentimentalismos. La devoción no es sentimentalismo. La devoción es una armonía tal de sentimientos, una unidad tal de sentimientos, que la cualidad de los sentimientos cambia inmediatamente. Del mismo modo que cuando pones agua en el fuego se va calentando cada vez más; hasta los noventa y nueve grados centígrados sigue siendo agua pero llega a los cien grados y, de repente, ocurre una transformación. El agua ya no es agua, empieza a evaporarse e inmediatamente cambia de cualidad. El agua tiene la cualidad de fluir hacia abajo; cuando se evapora, el vapor tiene la cualidad de flotar elevándose. Ha cambiado de dirección.

Cuando vives en las emociones, con tantas emociones solo eres confusión, una casa de locos. Cuando todas

las emociones se integran, llega un momento de transformación. Cuando se vuelven una, has llegado a los cien grados, a! punto de evaporación. Inmediatamente desaparece la vieja naturaleza de las emociones, la vieja cualidad de fluir hacia abajo ya no está ahí. Empiezas a evaporarte, y te elevas hacia el cielo como el vapor. Esto es la devoción.

Y lo mismo sucede cuando todos tus pensamientos se vuelven uno; el pensamiento se detiene. Cuando hay muchos pensamientos, es posible pensar; cuando los pensamientos son uno, llega un momento en que esta unidad de pensamiento se vuelve casi sinónimo de no pensamiento. Tener un pensamiento es no tener pensamientos, porque el pensamiento no puede existir solo. Solo puede existir con muchos otros, solo puede existir si hay multitud. Cuando desaparece la multitud, también desaparece ese único pensamiento y se llega a un estado de no pensamiento.

Jesús, en esa pequeña frase, ha condensado toda la religión:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón», de eso trata la oración.

«Con toda tu mente», de eso trata la meditación.

«Y con toda tu alma»... El alma es la trascendencia del pensamiento y los sentimientos. El alma está más allá de la oración y más allá de la meditación. El alma es tu naturaleza, es la conciencia trascendental que hay en ti.

Mírate a ti mismo como si fueses un triángulo; en la parte inferior están el sentimiento y el pensamiento. Pero, hasta ahora, las únicas dos cosas que has estado experimentando son el sentimiento y el pensamiento, y no conoces la tercera. La tercera solo se puede conocer cuando el sentimiento se convierte en devoción y empieza a ir hacia arriba, y cuando el pensamiento se convierte en meditación y empieza a ir hacia arriba. Entonces, la devoción y la meditación se encuentran en un determinado punto, y ese punto es el alma. Tu corazón y tu mente se encuentran en algún sitio: eso eres tú, eso es el más allá, eso es lo que Jesús llama alma.

Este es el primer gran mandamiento.

Ahora está usando el lenguaje de un abogado. Ha dicho todo lo que quería decir; ahora llega al lenguaje de un abogado. La primera frase pertenece al plano de Jesús; la segunda frase

pertenece al plano del abogado. Y Jesús intenta crear un puente entre las dos.

Este es el primer gran mandamiento. El amor es el primer gran mandamiento. De hecho, el amor no es un mandamiento en absoluto, porque no te pueden mandar amar, no te pueden ordenar mandar ni te pueden obligar. No puedes controlar y manipular el amor. El amor es más grande que tú, más elevado que tú, ¿cómo vas a controlarlo? Y si te ordenan amar, si llegase alguien como se hace en el ejército: «¡Giro a la derecha! ¡Giro a la izquierda!». Si viniera alguien y dijera, «¡Ama!», ¿qué harías? «¡Giro a la derecha!» o «¡Giro a la izquierda!» está bien, pero si te dicen «¡Ama!», no sabes hacia dónde tienes que girarte, hacia dónde tienes que ir. No conoces el camino, no es algo que se pueda ordenar.

Sí, puedes fingir y desempeñar un papel, y es lo que sucede en este mundo. La mayor maldición que ha caído sobre la tierra es haber obligado a amar. Desde la primera infancia se le enseña a amar a todo el mundo, como si se pudiera enseñar a amar: «Ama a tu madre, ama a tu padre, ama a tus hermanos y hermanas». Ama esto, ama lo otro; y el niño lo intenta, porque ¿cómo puede saber un niño que el amor no se puede fingir? Es algo que sucede y no se puede forzar.

Te estás perdiendo el amor por intentarlo demasiado. Todo el mundo está buscando amor, puedes llamarlo Dios, puedes llamarlo lo que quieras, pero en el fondo estás buscando amor. Pero no eres capaz, y no porque no lo hayas intentado sino por haberlo intentado demasiado.

El amor es algo que sucede; no se puede forzar. Por haberte obligado a amar, tu amor ha sido falsificado desde el principio, está envenenado desde su origen. No le digas nunca a un niño —no cometes ese pecado—, «Ama a tu madre». Ama al niño y permite que suceda al amor. No le digas: «Ámame porque soy tu madre o tu padre. Ámame». No se lo impongas, si no tu hijo no lo conseguirá nunca. Simplemente ama a tu hijo, y en un medio cariñoso sucede que un día hay sintonía. La armonía está en el órgano más profundo de tu ser. Algo se pone en marcha, surge una melodía, una armonía, y entonces sabes que esa es tu naturaleza. Pero no intentes crearla; simplemente relájate y permite que salga.

Este es el primer gran mandamiento. Jesús está usando el lenguaje de un abogado porque le está respondiendo, pero el amor no es un mandamiento ni puede serlo.

Y el segundo es similar a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

El primero es, ama a tu Dios. «Dios» quiere decir la totalidad, el Tao, Brahma. Dios no es una palabra demasiado precisa, Tao es mucho mejor, el todo, la totalidad, la existencia. Ama la existencia; eso es lo primero, lo más esencial.

Y el segundo es similar a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

... porque es difícil encontrar a Dios y es difícil amar a Dios cuando todavía no lo has encontrado. ¿Cómo puedes amar a Dios si no lo conoces? ¿Cómo puedes amar lo desconocido? Necesitas algún vínculo, necesitas tener familiaridad, ¿cómo puedes amar a Dios? Parece absurdo y *es* absurdo. De ahí el segundo mandamiento.

Y el segundo es similar a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Leí una historia que me gustó. Un hombre docto le preguntó al rabino Abraham:

—Dicen que das a la gente drogas misteriosas y que tus drogas son efectivas. Dame una para que pueda lograr tener temor de Dios.

—No conozco ninguna droga para el temor de Dios —respondió el rabino—, pero si quieres, puedo darte una para el amor de Dios."

—¡Eso es mejor todavía! —exclamó el erudito—. ¡Dámela!

—Es el amor hacia nuestros semejantes —respondió el rabino.

Si realmente quieres amar a Dios, tienes que empezar por amar a tus semejantes porque son los que están más cerca de ti. Y, poco a poco, las ondas de tu amor se irán expandiendo. El amor es como el guijarro que tiras a un lago tranquilo; surgen ondas que empiezan a extenderse hasta las lejanas orillas. Pero en primer lugar está el golpe del guijarro en el lago; cerca del guijarro surgen las ondas que se van extendiendo a lo lejos. Primero tienes que amar a los que son como tú, porque los conoces, porque con ellos, ai menos, puedes sentir cierta familiaridad, cierta intimidad. Después el amor puede seguir expandiéndose. Después puedes amar a los animales, a los árboles o a las piedras. Y solo entonces puedes amar la existencia como tal, pero nunca antes.

De manera que amando a los seres humanos ya has dado el primer paso. Pero en este desafortunado mundo siempre sucede lo contrario: la gente ama a Dios y mata a los seres humanos. Dicen que necesitan matar por su amor a Dios. Los cristianos matan a los musulmanes, los musulmanes matan a los cristianos, los hindúes matan a los musulmanes y los musulmanes matan a los hindúes, porque todos aman a Dios; matan a otros seres humanos en nombre de Dios. Sus dioses son falsos. Porque si tu Dios es verdadero, si realmente has conocido el significado de la divinidad, si te has dado cuenta —aunque solo sea un poco—, si has tenido algún vislumbre de qué es la divinidad, amarás a los seres humanos, a los animales, a los árboles, a las rocas, ¡amarás el amor! El amor se convertirá en tu estado natural. Pero si no puedes amar a los seres humanos, no te engañes, los templos no te van a ayudar.

Puedes decir no a Dios, pero nunca digas no a los seres humanos, porque si dices no a los seres humanos, estarás bloqueando el camino y nunca podrás alcanzar la divinidad. Di no a la iglesia, di no al templo —no pasa nada por eso—, pero nunca digas no al amor, porque ese es el verdadero templo. Los demás templos son monedas falsas, imágenes falsas, no son auténticas. Solo hay un auténtico templo y es el templo del amor. Nunca le digas no al amor; encontrarás la divinidad porque no podrá esconderse mucho tiempo.

En el segundo mandamiento, Jesús dice: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» porque, de hecho, tú eres toda la humanidad, con muchas caras y muchas formas. ¿No te das cuenta? Tu vecino no es otro que tú, tu propio ser con una apariencia y una forma diferentes.

Muchos ríos del mundo tienen nombres de colores. En China está el río Amarillo, en alguna parte de Sudáfrica tienen el río Rojo. En Estados Unidos he oído que está el río Blanco y el río Verde. El río en sí mismo no tiene color; el agua es incolora, pero el río toma el color del terreno por el que pasa, el color de los arbustos de los márgenes. Si pasa por el desierto, por supuesto tiene un color diferente; si pasa por un bosque, se refleja el bosque —los matorrales, el follaje—, y tiene un color diferente. Si pasa por un terreno donde el barro es amarillo, se vuelve amarillo. Pero los ríos no tienen color. Y todos los ríos, se llamen blanco, verde o amarillo, llegan naturalmente a su fin, a su destino, desembocan en el océano y se convierten en el océano.

Vuestras diferencias son a causa del terreno. Vuestros colores son diferentes debido al terreno. Pero la cualidad más íntima del ser es incolora; es la misma. Hay negros y hay blancos, otros están justo en el medio: los indios; otros son amarillos: los chinos... hay muchos colores. Pero recuerda, estos colores son los colores del terreno del cuerpo por el que pasas. No son tus colores, tú eres incoloro. Tú no eres el cuerpo, tampoco eres la mente ni eres el corazón. Vuestras mentes difieren porque tienen condicionamientos distintos, vuestro cuerpo es diferente porque ha pasado por un terreno distinto, por una herencia distinta; pero no sois diferentes.

Jesús dice: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Como te amas a ti mismo, ama a tu prójimo. Y una cosa muy básica que los católicos han olvidado completamente es que Jesús dice «Ámate a ti mismo». A menos que te ames a ti mismo, no podrás amar a tu prójimo. La llamada cristiandad te ha estado enseñando el odio hacia ti mismo, el rechazo hacia ti mismo. Ámate porque eres lo más próximo a la divinidad. Ahí es donde tiene que surgir la primera onda. ¡Ámate! Amarse a uno mismo es lo más fundamental; si quieres ser religioso, el fundamento consiste en amarte a ti mismo. Sin embargo las llamadas religiones solo te están enseñando el odio hacia ti mismo: «Condénate a ti mismo, eres un pecador, eres culpable, esto y aquello... no mereces nada».

No eres un pecador pero te han hecho serlo. No eres culpable, porque te han dado interpretaciones de la vida equivocadas. Acéptate y ámate. Solo así podrás amar a tu prójimo, si no, no habrá ninguna posibilidad. Si no te amas a ti mismo, ¿cómo vas a amar a otro ser? Yo te enseño a amarte. Haz simplemente eso; si no puedes hacer nada más... ámate a ti mismo. Y del amor a ti mismo, poco a poco, podrás ver que el amor empieza a fluir, se empieza a expandir y alcanza a tu prójimo.

El problema actual es que te odias y quieres amar a otra persona, lo cual es imposible. Y el otro se odia a sí mismo y quiere amarte. Antes tienes que aprender la lección del amor dentro de ti mismo.

Si preguntas a Freud y a los psicoanalistas, ellos han descubierto algo muy básico. Dicen que en un principio el niño es autoerótico, onanista, se ama a sí mismo. Después se vuelve homosexual: los niños quieren jugar con los niños y las niñas quieren jugar con las niñas, no quieren mezclarse unos con otros. Y luego surge la heterosexualidad, el niño quiere mezclarse y amar a una niña; la niña quiere conocer a un niño y amarlo. Primero es autoerótico, después homoerótico y más tarde heteroerótico; esto es así en cuanto al sexo. Y lo mismo ocurre con el amor.

Primero, te amas a ti mismo. Después amas a tu prójimo, amas a otros seres humanos. Y después, das otro paso, y amas la existencia. Pero la base eres tú. Por tanto, no te critiques, no te rechaces. Acéptate. Lo divino ha hecho su morada en ti. La existencia te ha amado mucho, por eso ha hecho en ti su morada. La existencia ha hecho un templo de ti; lo divino está vivo dentro de ti. Si te rechazas a ti mismo, rechazas lo más próximo a la divinidad que puede haber. Y si rechazas lo más cercano es imposible que puedas amar lo que está más lejos.

Cuando Jesús dice: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», está diciendo dos cosas. Primero, ámate a ti mismo para que puedas ser capaz de amar a tu prójimo.

De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.

En realidad, es un solo mandamiento: Ama. El amor es el único orden de cosas. Si entiendes el amor, lo has entendido todo. Si no has entendido el amor, quizá puedas saber muchas cosas, pero todo ese conocimiento está podrido. Échalo a la basura y olvídate de él. Empieza desde el principio. Vuelve a ser un niño y empieza a quererte otra vez.

Tu lago, como yo lo veo, no tiene ondas. No ha caído en él el primer guijarro del amor.

He oído una historia danesa. Recuérdala, deja que pase a formar parte de tu reflexión. La historia habla de una araña que vivía entre las tablas de un viejo establo. Un día se dejó caer por un largo hilo hasta una tabla más baja, donde vio que había más moscas y era más fácil cazarlas. Decidió vivir permanentemente en este nivel inferior y tejió una cómoda telaraña. Pero un día se fijó en el hilo por el que había bajado que subía hasta la oscuridad de arriba. «Ya no necesito este hilo—dijo—, solo está estorbando.» Lo cortó y de ese modo destruyó toda la telaraña que estaba sujeta a él.

Esta también es la historia del hombre. Un hilo que te une con lo supremo, lo superior, llámalo Tao, existencia o divinidad. Puedes haber olvidado completamente que descienes de ahí. Procedes del todo y tienes que volver a él. Todo vuelve a su fuente original; tiene que ser así. Entonces se cierra el círculo y uno está completo. Y te puedes sentir incluso como esta araña a la que le estorba el hilo que la une con lo superior. Muchas veces no puedes hacer algunas cosas por culpa de él, se mete en medio todo el rato. No puedes ser todo lo violento que te gustaría; no puedes ser todo lo agresivo que te gustaría; no puedes odiar todo lo que te gustaría; el hilo se vuelve a meter en medio. A veces puedes sentirte como esta araña, con ganas de cortarlo, de darle un tijeretazo para que tu camino esté despejado.

Eso es lo que dice Nietzsche: «Dios ha muerto». Ha cortado el hilo. Pero Nietzsche se volvió loco inmediatamente después. En el momento que dijo «Dios ha muerto», se volvió loco, porque de ese modo te separas de la fuente original de toda la vida. De ese modo estás privado de algo vital, esencial. Te falta algo y has olvidado que era la base misma de tu vida. La araña cortó el hilo y con él destruyó toda la telaraña que necesitaba ese hilo para sostenerse.

Estés donde estés, en tu noche más oscura, un rayo de luz te sigue uniendo con la existencia. Esa es tu vida; es lo que te mantiene vivo. Encuentra ese hilo porque es la forma de encontrar el camino de vuelta a casa.

El 5 de junio de 1910, O'Henry se estaba muriendo. Oscurecía. Sus amigos estaban a su alrededor. De repente, abrió los ojos y dijo: «Enciende la luz. No me quiero ir a casa a oscuras». Encendieron la luz; cerró los ojos, sonrió y se fue.

El hilo que te une, el rayo de vida que te da la vida es el camino de vuelta a casa. Sigues unido con la existencia por muy lejos que te hayas ido, de lo contrario no sería posible. Tú puedes haberte olvidado, pero la existencia no se ha olvidado de ti, y eso es lo que realmente importa. Intenta buscar algo que te una con la existencia. Búscalo y llegarás al mandamiento del que está hablando Jesús. Si buscas, llegarás a saber que es el amor, y no el conocimiento, lo que te une con la existencia. Y siempre que sientas amor serás enormemente feliz, porque tendrás cada vez más vida a tu disposición.

Jesús y Buda son como dos abejas. La abeja sale y encuentra hermosas flores en un valle. Vuelve, baila una danza de éxtasis cerca de sus amigas para contarles que ha encontrado un hermoso valle repleto de flores. «Venid, seguidme.» Jesús es como una abeja que ha encontrado la fuente original de la vida, un valle de hermosas flores, flores de eternidad. Vuelve y baila a tu lado para darte el mensaje: «Ven, sígueme».

Si intentas entender y buscar en tu interior, verás que el amor es la cosa más importante, más esencial que hay en tu ser. No lo dejes morir. Ayúdalo a crecer para que pueda convertirse en un gran árbol, para que los pájaros del cielo puedan cobijarse bajo tu sombra, para que tú también te puedas convertir en una abeja.

En tu éxtasis, puedes también compartir con los demás lo que has descubierto.

CRIMEN Y CASTIGO

La pena de muerte es una degradante prueba de lo inhumano que el es hombre para el hombre. Es una prueba de que el hombre sigue viviendo en la barbarie. La civilización sigue siendo un concepto que todavía no se ha hecho realidad.

Tendrás que estudiarlo desde todos los aspectos para comprender por qué se sigue utilizando en tantas civilizaciones, culturas y estados, algo tan idiota como la pena de muerte. Incluso en algunos países donde había sido suprimida la han vuelto a adoptar. En otros países ha sido suprimida y se ha sustituido por la cadena perpetua, que es peor todavía que la pena de muerte. Es mejor morir en un instante que morir lentamente durante cincuenta o sesenta años. Cambiar la pena de muerte por la cadena perpetua no es ser más civilizado, sino estar más hundido aún en la barbarie, la oscuridad inhumana y la inconsciencia.

Lo primero que hay que entender es que la pena de muerte no es realmente un castigo. Si no puedes recompensar con la vida, no puedes castigar con la muerte. Es lógica pura y no puede haber dos opiniones distintas sobre esto. Si no puedes dar la vida a la gente, ¿con qué derecho puedes quitársela?

Esto me recuerda una historia real. Había dos criminales que encontraron un tesoro oculto en un castillo. Mucha gente había intentado entrar en el castillo para robarlo, pero siempre los atrapaban; sin embargo, estos criminales lo consiguieron. El tesoro era muy grande y uno de ellos decidió que no estaba dispuesto a dividirlo. Una posibilidad era matar al otro, pero al hacerlo le podían pillar, y no quería arriesgarse porque el tesoro estaba ahora en sus manos.

Lo consiguió de una forma muy astuta. Desapareció e hizo correr el rumor de que había sido asesinado, dejando pruebas para que pareciera que el asesino había sido su amigo. Cogieron al amigo con todas las pruebas: a su revólver le faltaban dos balas y había huellas digitales suyas por todo el revólver. En el lugar del crimen apareció un pañuelo con su nombre bordado... No podía demostrar su inocencia; no había ninguna forma de hacerlo; todo estaba en su contra y le iban a condenar a la pena de muerte. Él sabía que no había asesinado a su amigo; sabía que todo era una conspiración, que su amigo no estaba muerto, y era una estrategia para quedarse con todo el tesoro.

Pero, antes de su ejecución, consiguió escapar de la cárcel. Doce años más tarde, cuando oyó que su compinche —que había cambiado de identidad y se había convertido en un político respetable— había muerto, fue a las autoridades y le dijo a los tribunales —al mismo juez que le había condenado—: «Soy el que sentenciaste a muerte hace doce años, pero conseguí huir. Y yo era absolutamente inocente, pero no podía demostrarlo».

De hecho, la inocencia no se puede demostrar. Las pruebas pueden ser a favor o contra, pero la inocencia no se puede demostrar. «Ahora la persona cuya muerte me imputasteis hace doce años ha muerto. Es la misma persona, de manera que yo no pude haberle matado hace doce años —dijo—. El único crimen que he cometido es huir de la cárcel, pero ¿se puede llamar crimen a eso? Cuando castigas a un hombre inocente a morir, ¿quién es el criminal, tú o yo?»

La historia tiene muchas implicaciones. El hombre dijo: «¿Si después de sentenciarme a muerte no me hubiese escapado y me hubiesen ejecutado, cuál habría sido el caso ahora? Si se hubiese sabido que el hombre que pensabais que estaba muerto estaba en realidad vivo, ¿me hubieseis podido devolver la vida? Si no podéis devolverme la vida, ¿qué derecho tenéis a quitármela?».

Se cuenta que el juez renunció a su cargo y le pidió disculpas al hombre diciendo: «Es posible que haya cometido muchos crímenes en mi vida».

En todo el mundo, la realidad es que eres culpable a menos que se demuestre tu inocencia. Esto va en contra de todos los ideales humanitarios, la democracia, la libertad o el respeto hacia la individualidad; va contra todo. La ley dice que eres inocente mientras no se demuestre tu culpabilidad —eso es lo que dicen las palabras—, pero en la realidad ocurre

exactamente lo contrario.

El hombre dice una cosa y hace lo contrario. Habla de ser civilizado y culto, pero no es civilizado ni culto. La pena de muerte es prueba fehaciente de ello.

Es la ley de una sociedad bárbara: ojo por ojo, cabeza por cabeza. Si alguien corta una de tus manos, entonces, en una sociedad bárbara, hay una estricta ley que dice que hay que cortarle una de sus manos a quien lo hizo. Esto mismo se lleva haciendo desde hace siglos, y la pena de muerte es lo mismo: «Ojo por ojo. Si se cree que una persona ha asesinado a alguien, deberá ser asesinado». Pero es extraño: si matar a alguien es un crimen, ¿cómo vas a eliminar el crimen de la sociedad si vuelves a cometer el mismo crimen? Antes había un hombre asesinado y ahora hay dos. Y ni siquiera está completamente claro que este hombre haya asesinado a aquel, porque no es nada fácil demostrar un asesinato.

Si el asesinato está mal, da lo mismo que lo cometa un individuo o sean los tribunales quienes lo cometen.

Ciertamente, el asesinato es un crimen. La pena de muerte es un crimen cometido por la sociedad contra un individuo que está indefenso. No puedo llamarlo una pena, yo lo llamo crimen.

Y puedes comprender por qué se comete: es una forma de vengarse. La sociedad se venga de que la persona no obedeciera las leyes. La sociedad está dispuesta a matarle, pero a nadie parece importarle que si alguien comete un asesinato, esto demuestra que esa persona tiene una enfermedad psicológica. En vez de meterlo en la cárcel o ejecutarle, deberían enviarle a una institución donde pudieran cuidarle física, psíquica y espiritualmente. Está enfermo; necesita toda la compasión de la sociedad, no se trata de imponer un castigo.

Sí, es verdad, ha asesinado a alguien, pero no podemos hacer nada al respecto. ¿Podemos devolverle la vida

asesinando a quien le mató? Si eso fuese posible, yo apoyaría eliminar al asesino —no merece ser parte de la sociedad—, y el otro reviviría. Pero esto no es así. El otro se ha ido para siempre y no hay forma de revivirle. Sí, lo único que puedes hacer es también matar a ese hombre. Estás intentando lavar la sangre con sangre, el barro con barro.

No te das cuenta de lo que ha sucedido en la historia muchas veces. Hace trescientos años, en muchas culturas se creía que los locos fingían. En otras muchas se creía que estaban poseídos por los espíritus. E incluso en algunas se creía que estaban locos, pero que se podían curar con castigos. Así es como se trataba a los locos.

Los trataban a base de azotes —¡vaya tratamiento!— y sacándoles sangre. Ahora les hacen transfusiones de sangre pero antes hacían justo lo contrario: les sacaban sangre pensando que tenían demasiada energía. Naturalmente, se quedaban más débiles y al mostrar signos de debilidad por toda la sangre que les habían sacado, pensaban que les habían curado de su locura.

Azotándolos, naturalmente, de vez en cuando recuperaban la cordura. Es casi como si empiezas a golpear a una persona que está dormida y esta se despierta. Un loco se ha salido de su mente consciente y es posible que, si le das un azote, en algún caso vuelva a sus cabales. Esa era la prueba de que pegarle era el tratamiento correcto. Aunque solo se curaban de vez en cuando; en el noventa y nueve por ciento de los casos les torturaban innecesariamente. Pero esa única excepción confirmaba la regla.

Se pensaba que los locos estaban poseídos por espíritus, por fantasmas; y en ese caso también les daban un azote, porque si estaban poseídos por fantasmas, el azote solo le

afectaría al fantasma y no a la persona. No estás pegando el cuerpo de la persona, sino a los fantasmas que le están poseyendo, y gracias a esos golpes, los fantasmas huirán. Alguna que otra vez, la persona volvía a sus cabales, pero no llegaba ni al uno por ciento de las veces.

Estuve en un sitio famoso por tratar a los locos. Llevaban a ese lugar a cientos de locos. Se trataba de un templo a las orillas de un río; el sacerdote de ese templo debe de haber sido carnicero al menos en varios centenares de vidas. Parecía un carnicero y azotaba a todo el mundo. Los locos estaban encadenados, les azotaban, no les daban comida y les administraban laxantes muy fuertes. Vi cómo de vez en cuando alguno volvía a sus cabales. Los fuertes laxantes durante unos días y la falta de comida efectuaban una limpieza de su sistema interno. Los azotes les devolvían un poco de conciencia. Sin comida, pasando hambre... un hombre hambriento no puede permitirse estar loco porque su cuerpo está pasando un suplicio. Para estar loco necesitas un mínimo de comodidad en tu vida.

Puedes comprobarlo, cuanto más rica es una sociedad, más lujosa y abundante es una cultura, más locos hay. Cuanto más pobre es una sociedad —famélica y hambrienta—, menos gente se vuelve loca. La locura necesita, en primer lugar, una mente. Pero una persona hambrienta no tiene alimento para la mente. Está desnutrida, de manera que su mente no está en situación de estar chiflada. Para estarlo, la mente necesita más energía de la necesaria para sobrevivir normalmente. La locura es una enfermedad del hombre moderno. Los pobres no se la pueden permitir.

Cuando le haces pasar hambre a una persona y le administras laxantes, se limpia su sistema interno, y esto le produce tanta hambre que solo puede centrarse en el cuerpo. Se olvida de la mente y su principal preocupación es el cuerpo. Ya no está interesado en la mente y sus juegos.

La locura es un juego de la mente.

Por eso, de vez en cuando, había gente que se curaba en ese templo; ese uno por ciento que se curaba hacía que se extendiese el rumor y que llevasen allí a cientos de personas. El templo se enriqueció muchísimo. Yo he ido a visitarlo muchas veces, pero solo he visto curarse a una persona. Los demás volvían a sus casas apaleados, hambrientos y desnutridos... incluso más enfermos aún y más débiles; muchos murieron a causa del tratamiento de ese sacerdote.

Cuando un sacerdote realiza un tratamiento en un templo o en un lugar sagrado de la India, no es un crimen si mueres. Volverás a nacer en un nivel más elevado de conciencia, por eso no se considera un crimen. Hace muchos siglos que los sacerdotes están tratando a los locos de todo el mundo con este sistema.

Ahora sabemos que no se puede tratar a un loco de esta manera. Antes solían encerrarlos en celdas aisladas de la cárcel. Esto sigue sucediendo en todo el mundo porque no sabemos qué hacer con ellos. Para esconder nuestra ignorancia los metemos en la cárcel, así podemos olvidarnos de ellos; al menos podemos olvidar que existen.

En mi pueblo, el tío de uno de mis amigos estaba loco. Era una familia rica. Solía ir a su casa a menudo, pero solo años más tarde me percaté de que uno de los tíos de mi amigo estaba encerrado y encadenado en el sótano.

—¿Por qué está encerrado? —les pregunté.

—Está loco —me respondieron—, y solo teníamos dos alternativas: o le mantenemos encadenado en nuestra casa... y claro, no podemos tenerlo encadenado en la planta baja, pues todo el que venga de visita se va a alarmar y preocupar, y además sería terrible para sus hijos y su mujer ver a su padre y su marido en ese estado, o lo enviamos a la cárcel. Y enviarlo a la

cárcel habría perjudicado la reputación de la familia, así que buscamos esta solución y le encerramos en el sótano. Un sirviente le lleva la comida y, aparte de él, no ve a nadie; nadie baja a verle.

—Me gustaría conocer a tu tío —convencí a mi amigo.

—Pero no puedo ir contigo —me dijo—, es peligroso, ¡está loco! Aunque está encadenado podría hacerte daño.

—Como mucho, puede matarme. Ponte detrás de mí para poder escapar si me mata, pero me gustaría verle —le dije.

Como insistí, él consiguió la llave del sirviente que se ocupaba de la comida de su tío. Yo era la única persona del mundo exterior que le veía desde hacía treinta años, además del sirviente. Es posible que ese hombre estuviera loco anteriormente —no puedo saberlo—, pero ahora no lo estaba. Nadie estaba dispuesto a hacerle caso porque todos los locos dicen «yo no estoy loco». Por eso, cuando le decía al sirviente: «Dile a mi familia que no estoy loco», el sirviente se reía. Finalmente el sirviente decidió decírselo a la familia pero nadie le hizo caso.

Cuando le vi, me senté con él y estuve hablando. Estaba tan cuerdo como cualquier otra persona, incluso un poco más porque me dijo:

—Estar aquí durante treinta años ha sido una experiencia terrible. Pero puedo ver lo afortunado que soy alejado de vuestro loco mundo. Creen que estoy loco, déjales que lo piensen, no pasa nada pero, en realidad, me siento muy afortunado de estar fuera de vuestro loco mundo. ¿Tú qué opinas? —me preguntó.

—Tienes toda la razón —le contesté—. El mundo exterior está mucho más loco que cuando lo dejaste hace treinta años. En treinta años todo ha evolucionado mucho, también la locura. Deberías dejar de decir a la gente que no estás loco, si no, ¡puede ser que te saquen de aquí! Estás viviendo una vida perfectamente hermosa. Tienes sitio para moverte...

—Es el único ejercicio que puedo hacer aquí... caminar —dijo él.
Le empecé a enseñar a hacer *vipassana*.

—Estás en la situación perfecta para convertirte en un buda: sin preocupaciones ni molestias, ni interferencias. Eres muy afortunado —le dije.

La última vez que le vi, antes de morir, por la expresión de su cara y sus ojos pude ver que no era la misma persona, había sufrido una transformación, una mutación total.

Los locos necesitan métodos de meditación para poder escapar de su locura. Los criminales necesitan ayuda psicológica y apoyo espiritual. Están profundamente enfermos y estáis castigando a personas enfermas. No es culpa de ellos. Si alguien asesina quiere decir que lleva arrastrando la tendencia a asesinar desde hace mucho tiempo. No es que, de repente, de la nada, asesines a alguien.

Cuando hay un asesinato, habría que juzgar a la sociedad, se debería castigar a toda la sociedad. ¿Por qué le ha ocurrido algo así a esta sociedad? ¿Qué habéis hecho para que ese hombre se convierta en un asesino? ¿Por qué se ha vuelto destructivo? La naturaleza da energía creativa a todo el mundo, pero se vuelve destructiva solo cuando se obstruye, cuando no se permite su flujo natural. Siempre que la energía quiere seguir su cauce natural, la sociedad se lo impide, la mutila, la desvía en otra dirección. En poco tiempo el ser humano está confundido. No sabe qué es qué. Ya no sabe qué está haciendo ni por qué hace lo que está haciendo. Los motivos originales se han quedado muy atrás, ha dado tantas vueltas que ahora es un rompecabezas.

Nadie necesita la pena de muerte y nadie la merece. En realidad, ni la pena de muerte ni

ningún otro castigo están bien, porque el castigo no cura a nadie. El número de criminales aumenta día a día; cada día se construyen más cárceles. Es extraño. No debería ser así. Debería ocurrir todo lo contrario, porque con tantos tribunales y tantos castigos, y tantas cárceles debería haber menos crímenes y menos criminales. Con el tiempo, debería disminuir el número de cárceles y juzgados. Pero no está sucediendo.

Esto se debe a un error de planteamiento. No se puede usar el castigo para enseñar a la gente. Vuestros juristas, vuestros expertos en leyes y vuestros políticos han estado diciendo desde hace siglos: «Si no castigamos a la gente, ¿cómo vamos a enseñarles? Todo el mundo empezará a cometer delitos. Tenemos que castigarlos para que tengan miedo». Creen que el miedo es la única forma de enseñar, ¡y el miedo no es en absoluto forma de enseñar nada a la gente! Lo que se consigue con el castigo es que la gente se familiarice con el miedo de manera que ya no existe el sobresalto inicial. Ahora saben lo que les puede pasar: «Como mucho me vas a azotar. Y si otra persona lo puede aguantar, yo también.' Además, de cien ladrones solo puedes atrapar a uno o dos. Si ni siquiera puedo arriesgarme a eso, teniendo un noventa y ocho por ciento de probabilidades de éxito, ¿qué clase de hombre soy?».

Nadie aprende nada del castigo. Ni siquiera la persona que está siendo castigada aprende lo que quieres que aprenda. Sí, aprende algo: aprende a endurecerse.

En cuanto alguien va a la cárcel, la cárcel se convierte en su casa porque allí encuentra gente con una mentalidad muy parecida a la suya. Allí encuentra su verdadera sociedad. Cuando estaba fuera era un extraño, pero en la cárcel está en su mundo. Todos hablan su mismo idioma y además son expertos. Es posible que tú seas un aficionado o un aprendiz y este sea tu primer curso.

He oído contar una historia sobre un hombre que va a la cárcel y ve descansando en la oscura celda a un viejo. El viejo le pregunta: «¿Cuánto tiempo te toca estar aquí?».

El recién llegado responde: «Diez años».

El viejo le dice: «Entonces puedes quedarte cerca de la puerta. ¡Solo diez años! Pareces un aficionado. A mí me toca estar aquí cincuenta años, así que quédate cerca de la puerta. Pronto estarás fuera».

Pero cuando pasas diez años con expertos aprendes todas sus técnicas, estrategias y métodos. Aprendes de su experiencia. Descubrirás que las cárceles son una especie de universidad donde se enseña a delinquir a expensas del gobierno. Encontrarás profesores de crimen, decanos, vicerrectores y rectores de la facultad del crimen... personas que han cometido todos los crímenes que puedas imaginar. Sin duda, el recién llegado empieza a aprender.

He estado en muchas cárceles y en todas ellas la atmósfera era esencialmente la misma. El denominador común de todas las cárceles y prisiones que he visitado es que lo que te lleva a la cárcel no es el crimen, sino que te atrapen. De manera que tienes que aprender la forma correcta de hacer las cosas que están prohibidas. No es cuestión de hacer cosas buenas, sino de hacer de forma correcta lo que está prohibido. Y en la cárcel todos los presos aprenden la forma correcta de hacer lo que está prohibido. He hablado con presos que decían: «Estamos ansiosos de salir porque hemos aprendido tanto, que queremos ponerlo en práctica. Solo nos falta el aspecto práctico, antes de que nos cogieran todo era conocimiento teórico, pero necesitas que la sociedad de la cárcel te enseñe la parte práctica».

Cuando alguien se convierte en delincuente habitual, ya no se encontrará a gusto en ningún otro sitio y, antes o después, volverá a la cárcel. Al cabo del tiempo, la cárcel se convierte en su sociedad alternativa. Es más cómoda, se siente más en casa y nadie le

desprecia. Los demás también son criminales, no hay sacerdotes ni sabios, ni santos. Son pobres seres humanos con todas sus flaquezas y debilidades.

Fuera se siente rechazado, abandonado.

En mi pueblo, había un delincuente habitual. Era un hombre muy bello; se llamaba Barkat Mian. Solía pasar casi nueve meses en la cárcel y tres meses fuera. En esos tres meses tenía que presentarse en la comisaría todas las semanas para que vieran que todo estaba bien y que seguía ahí. Yo tenía una gran amistad con ese hombre pero mi familia estaba muy enfadada conmigo y me decían:

—¿Por qué te juntas con Barkat? Dime con quién vas y te diré quién eres —me solían decir.

—Ya entiendo —respondía—. Eso quiere decir que a Barkat le conocerán por ir conmigo, y no es malo darle un poco de respetabilidad a alguien.

—¿Cuándo vas a ver las cosas de la forma correcta? —me recriminaban.

—Estoy viéndolas de la forma correcta —respondía—. En vez de degradarme Barkat a mí, yo le estoy ensalzando a él. ¿Creéis que su maldad es más poderosa que mi bondad? No confiáis en mi integridad sino que confiáis en la integridad de Barkat —les dije—. Sea cual sea vuestra opinión, yo confío en mí mismo. Barkat no puede hacerme ningún daño. Si alguien va a causar algún daño a alguien, seré yo quien se lo haga a Barkat.

Realmente, era un buen hombre, muy amable, y solía decirme:

—No deberían verte conmigo. Si quieres que nos encontremos y hablemos, podemos quedar a las afueras del pueblo, junto al río.

Él vivía cerca del cementerio musulmán, donde no va nadie a menos que haya muerto; solo se va una vez. No le permitían vivir en el pueblo. En el pueblo nadie estaba dispuesto a alquilarle una casa. Por mucho que quisiera pagar, no le alquilaban nada. Nadie quería meterle en su casa.

—¿Por qué te convertiste en ladrón? —le pregunté a Barkat.

—La primera vez que me metieron en la cárcel —dijo—, yo era totalmente inocente, pero como era pobre, no podía contratar a un abogado y mi familia quería meterme en la cárcel por intereses creados. Mi padre y mi madre murieron cuando tenía muy pocos años, catorce o quince, y mis otros familiares querían quedarse con todos los bienes de la familia, la casa, las tierras... pero para hacerlo tenían que quitarme de en medio. Y lo consiguieron. Me metieron algo en una bolsa que tenía en casa; no hubo forma de evitarlo. Cuando encontraron la bolsa me metieron en la cárcel. Al salir, ya no existía mi terreno, mi casa había sido vendida y mis familiares habían conseguido dispersar y distribuir todo. Estaba en la calle.

»Al principio, cuando llegué, era inocente, pero cuando salí ya no era inocente porque me había graduado. En la cárcel le conté a todo el mundo lo que me había pasado y me dijeron: "No te preocupes, estos nueve meses pasarán pronto pero en ese tiempo te daremos los retoques finales y podrás vengarte de todo el mundo".

»Primero empecé por vengarme de todos mis parientes; no fue más que lo uno por lo otro. Me habían obligado a convertirme en un ladrón, y ahora podía demostrar que lo era. Fui contra todos mis allegados y les robé todo lo que tenían. Pero, poco a poco, me fui involucrando más. Te puedes librar en diez casos, pero en el undécimo te pescan. Cuanto más viejo y más eficiente te vuelves, menos te pescan. Pero surge un problema: la cárcel es un sitio relajante, unas vacaciones del trabajo, de las preocupaciones, y de todas esas cosas. Unos cuantos meses en la cárcel son buenos para la salud... una vida disciplinada con un horario

para levantarse, ir al trabajo, y acostarse. Y comida suficiente para mantenerte vivo.

»Nunca me pongo enfermo en la cárcel —dijo—, excepto cuando lo finjo para que me manden al hospital y así tener unas pequeñas vacaciones. Cuando estoy fuera me pongo enfermo, pero cuando estoy dentro nunca. El mundo de fuera es un mundo extraño; todo el mundo es superior y yo soy inferior. Solo tengo sensación de libertad cuando estoy en la cárcel.

¡Que raro! Cuando dijo eso yo le pregunté:

—¿Dices que en el cárcel te sientes libre?

—Así es —respondió—, solo en la cárcel me siento libre.

¿Qué clase de sociedad es esta donde la gente se siente libre en la cárcel y aprisionada cuando está fuera?

Y esta es la historia de cualquier delincuente. Al principio es algo insignificante —tal vez tenía hambre o frío, necesitaba una manta y la robó—, pequeñas necesidades que hay que satisfacer; si no fuera por eso no habría este tipo de personas en la sociedad. Nadie le pide a la sociedad que engendre a este tipo de personas. Por una parte cada vez hay más gente y no hay bastante comida, ni ropa, ni cobijo para todo el mundo. Entonces, ¿qué esperabais? Estáis poniendo a la gente en situación de verse abocados a ser delincuentes.

Si queremos que desaparezca el crimen, hay que reducir la población del mundo a la tercera parte.

Pero nadie quiere que desaparezca el crimen, porque la desaparición del crimen implica la desaparición de vuestros jueces, abogados, expertos en leyes, parlamentos, policías y carceleros. Crearía mucho desempleo y nadie quiere que las cosas cambien a mejor.

Todo el mundo dice que las cosas deberían cambiar a mejor, pero todo el mundo sigue haciendo que vayan a peor, porque cuanto peor van las cosas, más empleados hay. Cuanto peor van las cosas, más oportunidades tienes de sentirte bien. Los criminales son necesarios para que os sintáis éticos y respetables. Los pecadores son necesarios para que los santos se sientan santos. Sin pecadores, ¿quién sería santo? Si toda la sociedad estuviese formada por personas buenas, ¿crees que os habríais acordado de Jesucristo durante dos mil años? ¿Para qué? La sociedad criminal es la que recuerda a Jesucristo durante dos mil años.

Es algo muy fácil de entender. ¿Por qué recordáis a Gautama Buda? Si hubiese millones de budas, de seres iluminados en el mundo, no le daríais importancia. ¿Qué es lo que hizo sobresalir a Gautama Buda? Habría sido uno más del montón. Pero han pasado veinticinco siglos y él sigue inamovible, como la cima de una montaña, muy por encima de vuestras cabezas.

En realidad, Buda, Jesús, Mahoma o Mahavira, no son gigantes; sois vosotros los pigmeos. Y a los gigantes les interesa que tú sigas siendo un pigmeo, si no, ellos no serían gigantes. Es una gran conspiración.

Yo estoy en contra de esta conspiración. No soy un gigante ni un pigmeo. No tengo intereses creados. Solo soy yo mismo. No me comparo con nadie, así no hay nadie que sea más bajo o más alto que yo. Por este simple hecho, puedo ver claramente; no hay intereses creados que desvíen mi vista. Y esta es mi respuesta inmediata a la cuestión de la pena de muerte: es simplemente una prueba de que el ser humano todavía necesita civilizarse, necesita cultivarse y conocer los valores humanos.

En este mundo, nadie es un criminal ni lo ha sido nunca. Sí, hay gente que necesita compasión, pero no encarcelarlos o castigarlos. Todas las cárceles deberían convertirse en clínicas de cuidados psicológicos.

CUESTIONES DE VIDA Y MUERTE - RESPUESTAS A PREGUNTAS

Mi hermana tuvo un accidente y, desde entonces, no se puede mover, no puede ver, no puede oír ni hablar. ¿Sería mejor dejaría morir?

Esta es una de las preguntas fundamentales que se plantea en todo el mundo de diferentes maneras. Durante siglos hemos aceptado la idea de que habría que evitar la muerte porque es algo siniestro, ya que la vida nos viene dada por Dios y la muerte nos viene a través del demonio.

Incluso en la profesión médica, los licenciados en medicina de todo el mundo tienen que hacer el juramento hipocrático por el que se comprometen a que de ninguna manera ayudarán a morir a nadie, e intentarán proteger la vida de todas las formas posibles.

Esto estaba bien en la época de Hipócrates, porque de cada diez niños que nacían, solo uno llegaba a la edad adulta. Nueve morirían, y esa era la situación. La población del mundo entero en la época de Gautama Buda era tan reducida que no puedes ni hacerte una idea. Solo había doscientos millones de habitantes. En la India, ahora mismo, hay casi mil millones de personas. En el mundo hay más de cinco mil millones de personas. De doscientos millones de personas hemos pasado, en veinticinco siglos, a más de cinco mil millones de personas en la misma tierra. Y la ciencia médica ha avanzado muchísimo.

Se solía decir que la esperanza de vida era como mucho de setenta años. Desde hace casi cinco mil años los científicos han estado buscando huesos, esqueletos, para saber exactamente cuánto vivía el hombre antiguamente. Y han llegado a la conclusión de que la gente no vivía más de cuarenta años, por eso es cierto cuando la gente dice que antiguamente, los días eran tan hermosos que ningún padre veía la muerte de su propio hijo. Es natural. Si todos los padres mueren a los cuarenta años, ¿cómo es posible que vean la muerte de su propio hijo?

Pero aquí no están incluidos esos nueve niños que no vivían más de dos años. De manera que, en realidad, cada padre estaba viendo la muerte de docenas de hijos. Si un niño sobrevivía más de dos años, entonces tenía la posibilidad de vivir hasta los cuarenta años. Naturalmente, mientras tanto, su padre moriría.

Ahora hay mucha gente que ha sobrepasado los cien años de edad, y en algunas partes del mundo puedes encontrar a personas de más de cien años que siguen trabajando en el campo como si fuesen jóvenes. Los científicos dicen que existe la posibilidad de que el cuerpo del ser humano sea capaz de vivir al menos trescientos años, siempre que reciba la nutrición, el ejercicio y el ambiente adecuados. Es un panorama muy peligroso, porque incluso viviendo noventa o cien años acabas tan harto de la vida, que ¿qué harías si vivieses trescientos años? No te reconocerían ni los miembros de tu familia. En trescientos años habría tantas generaciones de descendientes que no tendrían nada que ver contigo. La brecha sería demasiado grande.

Y ¿qué harás? Has vivido, has amado, has visto todo lo que contiene la vida, los fracasos y los éxitos; los dolores y los placeres; los días y las noches. Has visto todas las estaciones, y ahora ya no queda nada. Ahora no es más que una repetición, la misma rueda dando vueltas.

Tenemos que replantear el asunto de la muerte. Mi opinión personal es que si una persona llega a un estado en el que vivir le parece absolutamente inútil, porque ya ha vivido bastante, la muerte no debería ser ilegal sino absolutamente permisible; en realidad, todos los hospitales deberían tener un departamento especial para las personas que quieren ir allí a morir, para que

puedan morir en paz, en silencio, con todos los cuidados médicos que precisen. Estos cuidados médicos no son para mantenerle vivo, sino para ayudarle a morir de la forma más bella y más tranquila posible.

Yo pienso que todos los departamentos para la muerte de los hospitales deberían tener un meditador que, antes de morir, ayudase a la gente a aprender a meditar para que pudiesen morir meditativamente. Su muerte se podría convertir en una experiencia de un valor incalculable, tal vez más valiosa que toda su vida. Y no están cometiendo ningún pecado.

Allí puedes tener tiempo de pensar en ello. Quizá, en ese momentó, la persona se encuentre trastornada emocionalmente. Es posible que le haya ocurrido algo que le haya dado esa idea: «Es mejor que acabe con mi vida». Por eso, habría que darle tiempo, habría que decirle: «Ingresa en el hospital, descansa un mes y prepárate para tu muerte. Nosotros te ayudaremos. Pero si durante este mes cambias de idea, tú decides. ¡Puedes levantarte y marcharte! Nadie te está obligando».

Y recuerda, ninguna emoción dura más de unos minutos. Cualquiera que se ha suicidado, si hubiese esperado tan solo un minuto más, es probable que no lo hubiese hecho. Es algo momentáneo. Pero si alguien disfruta durante un mes, es feliz y realmente espera la muerte como una aventura, entonces es nuestra obligación permitirle que abandone su cuerpo con toda la gracia que sea posible.

En respuesta a esta pregunta, tenía que hacer esta introducción para que puedas comprender que la muerte no es algo siniestro sino algo natural. Pero la pregunta no se refiere a una persona mayor. La pregunta se refiere a una hermana más joven que no se puede mover, no puede ver, y no puede oír ni hablar. Sus sentidos no responden. ¿Se le puede llamar a eso vida? Eso es simplemente vegetar. Y debe de estar sufriendo inmensamente. No podemos comprobarlo, porque no puede decirnos nada. No tiene puertas para comunicarse. Está absolutamente sola, apartada de la vida. ¿Qué sentido tiene que esté en estado vegetativo durante setenta, ochenta, noventa años o tal vez más? Sería una carga para la familia. Sería una fuente de tristeza y ella misma estaría viviendo en un infierno, porque está completamente aprisionada.

Imagínate que fueses tú. No podría haber un campo de concentración peor que este: te quitan los ojos, tus oídos se cierran y no puedes hablar. Estás en coma. Hay muchas personas en esa misma situación. Yo mismo conocí a una mujer que estuvo en coma durante nueve meses. Los médicos decían que nunca volvería a recuperar la consciencia, porque había estado tanto tiempo inconsciente, que el delicado sistema nervioso que te mantiene consciente ya casi había muerto. Me mostraron una ecografía de su cerebro y me dijeron que todos los puntos que te permiten estar consciente habían muerto. Seguramente, se quedará inconsciente durante cincuenta años, porque no tenía más de treinta años cuando la vi. Ahora se ha convertido en una carga para toda su familia, su marido y sus hijos. No pueden hacer nada, es inútil. Los médicos tampoco pueden hacer nada y se sienten impotentes. Pero la ley les impide ayudar a morir a alguien; si lo hacen, serán asesinos. Estarán cometiendo un crimen.

La ley es primitiva. La ley no entiende de compasión. Esa mujer necesita una muerte misericordiosa. ¡Ni siquiera puede pedirlo ella misma!

La hermana de quien hace la pregunta no puede pedir su propia muerte. Pero los que la aman deberían pedírselo al gobierno de su país. Deberían llevar su caso a los tribunales e insistir en que mantenerla con vida no es compasivo. No es amor, es una idea absolutamente primitiva que actualmente no se sostiene. Hay que hacerles saber que toda su familia está preparada, y que deberían liberarla de esta prisión para que pueda tener un nuevo nacimiento, un nuevo cuerpo, ojos y oídos, y volver a hablar y caminar. Su muerte no será una calamidad. Para ella será una bendición.

Te estoy dando mi punto de vista. No estoy diciendo que actúes en consecuencia, porque en tu país tal vez esto sea ilegal. Tienes que interpelar al gobierno a través de las leyes y convertirlo en una cuestión de estado, porque no solo afecta a tu hermana. Puede haber muchos otros niños y jóvenes que sufren por lo mismo, por la simple razón de que la ley no permite a los especialistas médicos ayudar a alguien a dejar su cuerpo.

Es hora de que comprendamos, la profesión médica debería comprenderlo y el juramento hipocrático tendría que dejar de ser un juramento para los estudiantes de medicina. Habría que hacer un juramento que ayude a una persona a vivir si esta puede vivir plenamente, con más belleza, pero si una persona no puede vivir y solo la estás ayudando a seguir respirando... Respirar no es vivir. En ese caso, es mejor dejarla morir. En ambos casos estás siendo compasivo. O estás sirviendo a la vida, o estás sirviendo a la muerte; eso no importa. Lo que debería importarle a tu compasión es que la persona vaya a un lugar mejor, a una vida mejor.

Todos los países deberían acordar una ley, del mismo modo que ahora las leyes de casi todos los países aceptan el control de la natalidad. En un extremo de la vida se está impidiendo que nazcan más niños. Si eso ha sido aceptado, entonces, en el otro extremo habría que aceptar que si algún anciano quiere dejar este mundo, lo pueda hacer de una forma digna. Puede llamar a sus amigos y a toda su familia. Puede vivir con su familia durante ese mes, porque ahora solo le queda un mes de vida.

El nacimiento no está en tus manos, pero al menos puedes ser libre de elegir tu muerte. Algunos gobiernos están a punto de aceptar que, en el otro extremo de la vida, también deberíamos permitir a la gente irse más rápido. El mundo está demasiado poblado. Por una parte impedimos que llegue más gente y por otra parte deberíamos ayudarles a irse, para que la población y la pobreza del mundo disminuyan.

Y no se trata tan solo de conseguir un mundo menos pobre y menos poblado, sino también de pensar en esas personas. En casi todos los países occidentales y, particularmente, en Estados Unidos, hay cientos de miles de personas que viven en los hospitales. Tienen noventa o cien años y no pueden vivir en sus casas, porque ni siquiera respiran por sus propios medios. Y seguimos manteniéndolos con vida, ¿para qué? Les ponen respiración artificial. No creo que sea agradable para ellos. Nunca volverán a su casa; morirán en el hospital. Y no entiendo qué sentido tiene seguir manteniéndolos vivos con respiración artificial. Cuando el cuerpo ya no puede respirar, ¡por favor, permítele que deje de respirar! Es algo que solo les concierne a ellos.

Estáis interfiriendo demasiado porque no les dejáis morir. Ya están muertos y les obligáis a seguir viviendo aunque seáis conscientes de que no tiene ningún sentido. ¿Qué sentido tiene mantener con vida a miles de personas que ocupan innecesariamente plazas en los hospitales, el tiempo de los médicos, con tantas máquinas y cuidados, mientras podrían estar descansando en sus tumbas? Al cabo de dos o tres años, incluso dejarán de querer la respiración artificial. La rechazarán. Eso es lo que ocurrirá. Y esto es lo que se considera un servicio, esto es lo que se considera compasión. Esto es lo que se considera cristiano. ¡Esto simplemente es crueldad!

Dejad morir en paz a esa pobre gente. Hay miles de personas en el mundo que están dispuestas a dejar su cuerpo, porque para ellos el cuerpo solo es una fuente de dolor. Con tantas enfermedades y dolencias ya no pueden hacer nada. Ya no pueden disfrutar de nada.

Pero este mundo es muy extraño. Sigue obedeciendo antiguas leyes que han dejado de tener sentido, son solo sombras del pasado, y ahora están torturando a la humanidad sin necesidad.

Yo aconsejo que a tu hermana habría que liberarla del cuerpo, porque este cuerpo no es más que una cárcel para ella. Si la amas, tienes que decirle adiós. Con lágrimas, con tristeza, pero tienes que decirle adiós de todas formas, y tienes que meditar y rezar para que encuentre un cuerpo mejor. Pero hay que exigirle al gobierno y crear un movimiento que ayude a otras personas, y no solo a tu hermana. Puede haber muchas más personas en la misma situación. Monta todo el alboroto que puedas, solo así le permitirán a tu hermana tener una muerte pacífica. Y no te preocupes, porque su ser más profundo nunca muere.

En mi educación católica, lo más importante era ser altruista, no pensar en mí. Ahora, al recordarme a mí mismo y sentir la necesidad de ir hacia dentro, parece que tuviera que atravesar una capa de incomodidad, culpabilidad y confusión. ¿Podrías hablar sobre esto?

Todas las religiones han hecho mucho daño al crecimiento del ser humano, pero el cristianismo es el que alcanza las cotas más altas en lo que se refiere a perjudicar a la humanidad. Con bellas palabras han escondido actos horribles contra ti mismo. Por ejemplo, el altruismo: decirle a alguien que no se conoce a sí mismo que sea altruista es algo tan extremadamente idiota que no puedes creer que el cristianismo haya estado haciéndolo desde hace dos mil años.

Sócrates decía: «Conócete a ti mismo; todo lo demás es secundario». Si te conoces a ti mismo, puedes ser altruista; de hecho, serás altruista. No va a suponerte ningún esfuerzo. Al conocerte, no solo conocerás tu propio ser sino el de todo el mundo. Todo es lo mismo; hay una sola conciencia, un solo continente; las personas no son islas. Pero al no enseñar a la gente a conocer su propio ser, el cristianismo ha jugado un juego muy peligroso, un juego que además ha atraído a la gente, porque utilizan una palabra muy hermosa: «altruismo». Es aparentemente religioso, espiritual. Cuando digo: «Sé egoísta», no suena muy espiritual.

¿Egoísta?

Tu mente está condicionada a pensar que el altruismo es espiritual. Y sé que lo es, pero el altruismo es imposible hasta que no seas lo bastante egoísta como para conocerte a ti mismo. El altruismo llegará como una consecuencia de conocerte a ti mismo, de ser tú mismo. Entonces, el altruismo no será un acto de virtud, ni se hará para ganar recompensas en el cielo. El altruismo simplemente será tu naturaleza y todos los actos altruistas serán en sí mismos una recompensa.

Pero el cristianismo coloca al caballo detrás del carro: no se mueve nada, todo está obstruido. Los caballos están obstruidos por el carro y este no se puede mover, porque un carro no se mueve a menos que los caballos estén delante, tirando de él.

Al empezar a meditar, casi todos los católicos tienen un sentimiento de culpabilidad... En un mundo tan lleno de problemas, donde la gente es tan pobre, muere de inanición, sufre con el sida, ¿y tú estás meditando? ¡Eres un cruel egoísta! Primero ayuda a los pobres, ayuda a la gente que padece el sida, ayuda al resto del mundo.

Pero la vida es muy corta. En setenta u ochenta años, ¿cuántos actos altruistas puedes hacer, y cuándo vas a encontrar tiempo para meditar? Cada vez que empiezas a prepararte para meditar ves a gente pobre, aparecen nuevas enfermedades, y hay cada vez más huérfanos y mendigos.

Una madre le decía a su pequeño: «Ser altruista es uno de los principios de nuestra religión. No seas egoísta, ayuda a los demás».

El niño —los niños pequeños son más perceptivos y claros que los mayores—, el niño pequeño dijo: «No lo entiendo bien, ¿yo debería ayudar a los demás y ellos deberían ayudarme a mí? ¿Y por qué no lo simplificamos? Yo me ayudo a mí mismo, y ellos que se

ayuden a ellos mismos». Este principio de la religión es muy complicado, innecesariamente complicado.

El cristianismo ha rechazado las religiones orientales por el simple hecho de que parecen egoístas. Mahavira, el místico jai-nista, meditó durante doce años... debería haber estado enseñando en una escuela o trabajando en un hospital. Debería estar cuidando a los huérfanos, como la madre Teresa, y recibir así un premio Nobel.

Está claro que ningún meditador ha recibido nunca un premio Nobel. ¿Por qué? Porque no has hecho nada altruista. Eres la persona más egoísta del mundo; solo estás meditando y disfrutando de tu silencio, de tu paz y tu dicha, encontrando la verdad, encontrando la divinidad, liberándote de todas las prisiones. Todo esto es egoísmo. De manera que a la mente católica le resulta un poco difícil aceptar la idea de la meditación. En el cristianismo no existe la meditación, sino la oración.

No pueden decir que Gautama Buda fue una persona realmente religiosa porque ¿acaso hizo algo por los pobres? ¿Hizo algo por los enfermos? ¿Hizo algo por los ancianos? Se iluminó, ¡y eso es sumamente egoísta! Pero en Oriente hay un enfoque completamente distinto, mucho más lógico, razonable y comprensible. Oriente siempre ha creído que a menos que tengas paz, silencio en tu corazón, una canción en tu ser o una luz que irradie tu iluminación, no podrás ser útil a nadie. Tú mismo estás enfermo, tú mismo eres huérfano, porque todavía no has encontrado la absoluta seguridad de la existencia, la eterna protección de la vida. Tú mismo eres tan pobre que en tu interior solo hay oscuridad. ¿Cómo vas a ayudar a los demás? Tú mismo te estás ahogando, sería peligroso intentar ayudar a otra persona; lo más probable es que se ahogara contigo. Antes tienes que aprender a nadar. Solo así podrás ayudar a alguien que se está ahogando.

Mi punto de vista es absolutamente claro. Primero sé egoísta y descubre todo lo que contiene tu interior, todas las alegrías, la dicha y el éxtasis que hay en ti. Después, el altruismo aparecerá igual que tu sombra va detrás de ti; porque para tener un corazón que baila, para tener una divinidad en tu ser, tienes que compartirlo. No puedes guardarlo para ti como un tacaño; la tacañería en tu crecimiento interior es equivalente a la muerte.

El aspecto económico del crecimiento interior es distinto al exterior. La economía corriente dice que si sigues dando, tendrás cada vez menos. Pero la economía espiritual dice que si no das, tendrás cada vez menos, y si das, tendrás cada vez más. Las leyes del mundo exterior y el mundo interior son diametralmente opuestas.

Primero debes enriquecerte en tu interior, deberás convertirte en un emperador. Entonces tendrás tanto para compartir que ni siquiera podrás llamarlo altruismo. Y no tendrás ningún deseo de recibir una recompensa, ni ahora ni en el futuro. Ni siquiera pedirás a la persona a la que le has dado algo que te esté agradecida, sino al contrario, le estarás agradecido a esa persona porque no ha rechazado tu amor, tu dicha y tu éxtasis. Ha sido receptiva y te ha permitido verter tu amor, tus canciones y tu música en su ser.

La idea cristiana del altruismo es una tontería absoluta. En Oriente nunca se ha pensado de la misma manera. La historia de Oriente y su búsqueda de la verdad es muy larga y se sustenta en una cuestión muy simple: antes de cuidar a los demás tienes que cuidarte a ti mismo.

Quien hace la pregunta siente cierta culpabilidad porque dice: «Parece que tuviera que atravesar una capa de incomodidad, culpabilidad y confusión. ¿Podrías hablar sobre esto?».

Es un fenómeno muy sencillo: el cristianismo ha engañado a millones de personas con un camino equivocado. El fundamentalista cristiano es la persona más fanática e intolerante que

puedas encontrar. Hoy en día, en Oriente se han olvidado de sus momentos gloriosos, la época de Buda y Mahavira. Ahora, incluso los que no son cristianos están influidos por la ideología cristiana. La Constitución india dice que la caridad consiste en ayudar a los pobres, propagando la educación y construyendo hospitales. En las enseñanzas de Gautama Buda no se puede encontrar ninguna de estas cosas. No es que esté en contra de ayudar a los pobres, pero sabe que si eres un meditador *vas* a ayudarles sin necesidad de jactarte de ello. Sucede de una forma simple y natural.

Enseñar la meditación no es un acto de caridad pero abrir un hospital sí lo es. Abrir una escuela y enseñar geografía e historia es un acto de caridad. Y ¿qué vas a enseñar en la clase de geografía? Dónde está Tombuctú, dónde está Constantinopla. En historia ¿qué vas a enseñar? Hablarás de Gengis Khan, Tamerlán, Nadir Shah, Alejandro Magno o Iván el Terrible. ¿Eso es caridad? Pero enseñar a la gente a ser silenciosa y pacífica, amorosa y alegre, y estar satisfecha y plena no es caridad. Hasta la gente que no es católica se ha contagiado con esta enfermedad.

Mahatma Gandhi estuvo a punto de convertirse al cristianismo al menos tres veces en su vida. En realidad, era cristiano en un noventa por ciento. El doctor Ambedkar, que redactó la Constitución india, durante años pensó que él y sus seguidores, los in-, tocables, debían convertirse al cristianismo. Finalmente decidió que se harían budistas. Pero en la Constitución india puede verse el impacto del cristianismo. En ella ni siquiera se menciona la palabra «meditación», que ha sido la aportación de Oriente al mundo y su contribución más importante. Sin embargo, la Constitución refleja mejor lo que todavía enseñan los misioneros cristianos. No es un reflejo de Gautama Buda, ni un reflejo de Kabir o de Nanak.

No entiendo cómo puede existir la caridad sin meditación.

Tu culpabilidad es un condicionamiento equivocado. Olvídate de ello sin pensarlo dos veces. Siendo completamente egoísta, te volverás altruista. Primero tendrás que enriquecerte interiormente, hacerte tan rico y desbordar tanta riqueza que *tendrás* que compartir, del mismo modo que una nube cargada de lluvia tiene que compartir su lluvia con la tierra sedienta. Pero antes la nube tiene que estar cargada de lluvia. Es absurdo decir a las nubes vacías: «Deberíais ser altruistas».

La gente viene a verme con muy buenas intenciones y me dicen: «Este sitio que tienes a tu alrededor es muy raro. Deberías abrir un hospital para los pobres, recoger a los huérfanos, distribuir ropa entre los mendigos y ayudar a quienes lo necesitan». Mi propuesta es completamente distinta. Puedo distribuir métodos anticonceptivos entre los pobres para que no haya huérfanos. Puedo dar la pildora a los pobres para no haya un aumento de la población, porque no le veo el sentido, ¿primero crear huérfanos, luego orfanatos, y después servirles y malgastar tu vida?

Cuando empecé a hablar en los años sesenta, la India tenía una población de cuatrocientos millones de personas. Desde entonces, he estado diciendo que el control de la natalidad es absolutamente necesario. Pero los católicos están en contra del control de la natalidad y en treinta y cinco años, la India ha doblado esa población con creces. Ha pasado de los cuatrocientos millones, a novecientos millones. Se podría haber evitado a quinientos millones de personas y no habría sido necesaria una madre Teresa, ni habría necesidad de que viniese el Papa a la India a predicar el altruismo.

Pero la gente es muy rara, primero les dejan enfermar y luego les dan la medicina. Y han encontrado fórmulas muy graciosas. En todos los Lions Club y Rotary Club tienen unas cajas especiales para los miembros: si estás enfermo, compras una medicina, te curas y como todavía queda la mitad del bote, haces una donación para el Lions Club. Así recaudan las medicinas, y como son personas altruistas, después las distribuyen. Su lema es el servicio.

Pero es un servicio muy astuto. Esas medicinas iban a ir a parar a la basura de todas formas, ¿para qué quieres el resto de las medicinas si ya te has curado? Es una gran idea acumular todas esas medicinas, distribuirlas entre los pobres, y sentir que estás haciendo un gran servicio público.

Desde mi punto de vista, lo primero y más importante que necesita el hombre es una conciencia meditativa. Cuando tienes esa conciencia meditativa todo lo demás que hagas será de ayuda para todo el mundo y no podrá perjudicar a nadie; sólo podrás hacer actos compasivos y amorosos.

Por eso repito: primero sé egoísta. Conócete, sé tú mismo y después tu propia vida no podrá ser más que un compartir, un compartir altruista que no busca una recompensa en este mundo o en el más allá.

4. El Poder Curativo del amor

TODO EL MUNDO HA SIDO EDUCADO para convertirse en un idealista. No hay nadie que sea realista. El idealismo es la enfermedad común a toda la humanidad.

La educación es tal, que todo el mundo piensa que tiene que hacer algo, ser alguien, en algún momento del futuro. Te dan una imagen y tienes que ser como ella. Eso te produce tensión, porque no eres esa imagen sino otra cosa; sin embargo, tienes que ser eso.

El ideal se convierte en una permanente pesadilla porque te sigue castigando. Como tienes un ideal de perfección, todo lo que haces es imperfecto. Nada de lo que haces te satisface porque tienes unas expectativas que no se pueden satisfacer.

Eres humano, tienes un tiempo, un espacio y ciertas limitaciones. Acepta esas limitaciones. Los perfeccionistas están siempre a un paso de la locura. Son obsesivos; hagan lo que hagan no es lo suficientemente bueno. Y no existe la manera de hacer algo perfecto, la perfección no es humanamente posible. De hecho, la imperfección es la única forma que existe.

¿Que enseñe yo aquí? Yo no enseñe perfección, enseñe totalidad. Es algo completamente distinto. Sé total. No te preocupes por la perfección. Cuando digo sé total, quiero decir sé real, quédate aquí; haz lo que hagas, hazlo con totalidad. Serás imperfecto, pero tu imperfección estará llena de belleza y llena de tu totalidad.

No intentes ser perfecto, de lo contrario, será una fuente de ansiedad. Ya hay bastantes problemas, no te crees más. He oído esta historia:

Había una vez un individuo desarraigado y preocupado que estaba sentado en un tren con un niño de tres años. Cada poco tiempo le pegaba al niño.

—Como vuelva a pegar al niño —dijo una mujer que estaba sentada enfrente—, ¡va a tener usted un problema!

—¿Un problema? —dijo el tipo—. ¿Me habla usted de problemas? Señora, mi colega me ha robado todo el dinero, y ha huido con mi mujer y mi coche. Mi hija está en el coche cama, embarazada de seis meses y no tiene marido. He perdido mi equipaje, me he equivocado de tren y este pequeño mocoso se acaba de comer los billetes y me ha vomitado encima. Y, ¿usted me habla de problemas?

¿Qué más problemas puede haber? ¿No te parece que son suficientes?

La vida misma es muy complicada, por favor, sé un poco más amable contigo mismo. No persigas ideales. En la vida ya hay bastantes problemas, pero se pueden resolver. Si te has equivocado de tren, te puedes cambiar; si has perdido los billetes, puedes comprarlos de nuevo; si tu mujer ha huido, puedes encontrar otra. Todos los problemas que se presentan en la vida tienen solución, pero los problemas que te plantea el idealismo no se pueden resolver nunca; es imposible.

Alguien está intentando convertirse en Jesús... No hay forma de hacerlo; no ocurre de ese modo, porque la naturaleza no lo permite. Solo hay un Jesús; la naturaleza no tolera las repeticiones. Alguien se está intentando convertir en Buda; está intentando hacer algo imposible. Simplemente no sucede, no puede suceder, porque va contra la naturaleza. Solo puedes ser tú mismo. Por eso tienes que ser total. Estés donde estés y haz lo que hagas, hazlo con totalidad. Implicate en lo que estás haciendo, permite que se convierta en tu meditación. No te preocupes de si es perfecto o no; nunca será perfecto. Es suficiente con que seas total. Si has sido total, habrás disfrutado haciéndolo, te habrás sentido satisfecho, te habrás implicado, te habrá absorbido y habrás salido como nuevo, fresco, joven y rejuvenecido.

Todos los actos que se hacen con totalidad rejuvenecen; y los actos que se hacen con totalidad no esclavizan. Ama con totalidad y no surgirá ningún apego; ama parcialmente, y entonces surgirá el apego. Vive con totalidad y no tendrás miedo a la muerte; vive parcialmente y tendrás miedo a la muerte.

Pero olvídate de la palabra «perfección». Es una de las palabras más dañinas que existen. Esta palabra debería desaparecer de todos los idiomas del mundo, debería desaparecer de la mente humana. Nunca ha existido nadie perfecto y nunca existirá. ¿No te das cuenta? Si apareciese Dios y te encontrases con él, ¿no encontrarías fallos en su creación? Hay muchos, por eso se esconde. Casi te tiene miedo. Un fallo detrás de otro. ¿Eres capaz de contarlos? Encontrarás un número infinito de fallos. En realidad, eres un descubridor de fallos y no encuentras nada que esté bien, en el momento adecuado, o en el sitio correcto. Todo es un caos. Ni siquiera Dios es perfecto; Dios es total. Disfrutó cuando lo hacía y sigue disfrutando haciéndolo, pero no es perfecto. Si fuese perfecto la creación no podría ser imperfecta. De la perfección solo puede salir perfección.

Todas las religiones del mundo dicen que Dios es perfecto. Yo no digo eso. Yo digo que Dios es completo, Dios es sagrado, Dios es total, pero no es perfecto. Aunque quizá lo siga intentando... ¿Cómo puede ser perfecto? Si lo fuera, el mundo ya estaría muerto. Cuando algo es perfecto sobreviene la muerte, porque no hay ningún futuro, no hay un recorrido. Los árboles siguen creciendo, los niños siguen naciendo... el mundo sigue. Y él sigue perfeccionándolo. ¿No ves las mejoras? Él lo sigue mejorando todo. Ese es el significado de evolución: las cosas van progresando. Los monos se convierten en hombres; eso es un progreso. Después el hombre se volverá divino y se convertirá en Dios; eso es la evolución.

Teilhard de Chardin dice que hay un punto omega en el que todo será perfecto. Pero eso no existe; no existe ese punto omega, ni puede existir. El mundo siempre está en proceso, hay una evolución; estamos aproximándonos cada vez más pero nunca llegamos, porque el día que lo hagamos, se habrá acabado. Dios sigue buscando nuevas maneras, sigue progresando.

Hay una cosa irrefutable: está contento con su trabajo porque si no ya lo habría dejado. Sigue esforzándose. Si Dios está contento contigo, es un disparate absoluto que tú no estés contento contigo mismo. Debes estar contento contigo mismo.

Deja que la felicidad sea el valor supremo. Yo soy un hedonista. Recuerda que el criterio es siempre la felicidad. Haz lo que hagas, sé feliz, eso es todo. No te preocupes de si es

perfecto o no lo es.

¿Por qué estás tan obsesionado con la perfección? Así siempre estarás tenso, ansioso, nervioso, inquieto y en conflicto. La palabra «agonía» significa estar en conflicto, estar luchando contigo mismo constantemente; ese es el significado de agonía. Si no estás tranquilo contigo mismo estarás en agonía. No pidas lo imposible, sé natural, tranquilo, quíete y quiere a los demás.

Y recuerda, una persona que se está condenando no puede amarse, y tampoco puede amar a los demás. Un perfeccionista no es perfeccionista solo consigo mismo, sino también con los demás. Un hombre que es duro consigo mismo inevitablemente será duro con los demás. Sus exigencias son imposibles.

En India vivía Mahatma Gandhi que era un perfeccionista, casi un neurótico. Y era muy duro con sus discípulos, ni siquiera les permitía tomar té. ¡Té! No, porque contiene cafeína. Cuando alguien tomaba té en su *ashram* estaba cometiendo un gran pecado. No se permitía el amor. Si alguien se enamoraba de otra persona, era un pecado tan grande que parecía que se iba a hundir el mundo por su culpa. Espiaba a sus discípulos continuamente, siempre estaba mirando por el agujero de la cerradura. Pero él también era así consigo mismo. Solo puedes ser con los demás como eres contigo mismo.

No estoy aquí para ayudarte a ser perfecto; no tengo nada que ver con un disparate así. Solo estoy aquí para ayudarte a ser tú mismo. Si eres imperfecto, no hay ningún problema; si eres perfecto, tampoco hay ningún problema.

No intentes ser imperfecto, porque eso también se puede convertir en un ideal. Tal vez ya seas perfecto, ¡en ese caso escucharme puede crearte confusión! «Este hombre dice que sea imperfecto». No es necesario. Si eres perfecto, ¡acéptalo también!

Intenta quererte. No condenes. Cuando la humanidad empiece a aceptarse, desaparecerán todas las iglesias, los políticos y los sacerdotes.

He oído esta anécdota:

Un hombre estaba pescando en las montañas, y una noche, alrededor del fuego, el guía le contó que una vez, en una excursión de pesca, había servido de guía a un sacerdote.

—Sí —dijo el guía—, era un buen hombre excepto que blasfemaba.

—¿No me estarás diciendo que el sacerdote era inmoral? —preguntó el pescador.

—Ah, pues sí lo era —protestó el guía—. Una vez pescó una gran lubina. Cuando estaba a punto de echarla al barco, el pez se le escurrió del anzuelo.

—¡Maldita la gracia! —le dije—. «¡Desde luego!», respondió el sacerdote. Pero esa fue la única vez que le oí usar ese lenguaje.

Esta es la mente de un perfeccionista. ¡El sacerdote no había dicho nada! Simplemente había asentido: «¡Desde luego!». Pero para un perfeccionista eso es suficiente para encontrarle una falta.

Un perfeccionista es un neurótico. Y no solo es un neurótico, sino que crea tendencias neuróticas a su alrededor. No seas perfeccionista y si alguien a tu alrededor lo es, escapa en cuanto puedas, antes de que esa persona contamine tu mente.

El perfeccionismo es una especie de profundo viaje del ego. Pensar en ti mismo en términos de ideales y perfección no es otra cosa que decorar tu ego hasta el extremo. Una persona humilde acepta que la vida no es perfecta. Una persona humilde, una auténtica

persona religiosa, acepta que todos tenemos limitaciones.

Esa es mi definición de humildad. Ser humilde es no intentar ser perfecto. Una persona humilde se vuelve cada vez más total, porque no tiene nada que negar, nada que rechazar. Acepta lo que hay, sea bueno o malo. Una persona humilde es muy rica, porque acepta su totalidad, su enfado, su sexualidad o su codicia; se acepta totalmente. En esa profunda aceptación ocurre una gran transformación alquímica. Todo lo feo va desapareciendo, poco a poco, por su propia cuenta. Se vuelve cada vez más armónico y total.

No estoy a favor de los santos pero estoy a favor de las personas sagradas. Un santo es un perfeccionista; una persona sagrada es completamente distinta. Los maestros zen son sagrados; los santos católicos son santos. La misma palabra «santo» es horrible. Viene de una palabra que significa que la persona ha sido ratificada por la autoridad. ¿Quién puede autorizar a alguien a ser santo? Se trata de una especie de grado, de certificado? Pero la Iglesia se dedica a hacer cosas así de absurdas. ¡Incluso dan calificaciones postumas! Un santo puede haber muerto hace trescientos años, y la Iglesia reconsidera después sus ideas. El mundo ha cambiado, al cabo de trescientos años, pero la Iglesia le da un certificado postumo, ratifica que esa persona fue realmente un santo aunque en su momento no lo pudiéramos entender. Y ¡es posible que la propia Iglesia le haya matado! Así se convirtió en santa Juana de Arco; la mataron pero luego les resultó difícil no aceptarla. Primero la mataron, después la santificaron. Al cabo de cientos de años, encontraron sus huesos y los santificaron. Pero la habían quemado las mismas personas, la misma Iglesia.

No, la palabra «santo» no es una buena palabra. Una persona sagrada lo es gracias a sí misma, por sí misma, no porque una Iglesia decida recompensarla con santidad.

Me han contado esta anécdota:

Jacobson, que tenía noventa años, había sobrevivido a los apaleamientos en las matanzas de Polonia, a los campos de concentración de Alemania y a docenas de experiencias antisemíticas.

—¡Dios mío! —rezaba sentado en una sinagoga—, ¿es verdad que somos el pueblo elegido?

Y oyó una voz del cielo que dijo:

—Sí, Jacobson, ¡los judíos sois mi pueblo elegido!

—Entonces —sollozó—, ¿no sería hora de que escogieses a otros?

Los perfeccionistas son los elegidos de Dios, no lo olvidéis. De hecho, el día que entiendas que estás creando tu propia desdicha a costa de tus ideales, te distanciarás de ellos. Entonces simplemente vivirás tu realidad, sea cual sea. Esa es la gran transformación.

No intentes ser el elegido de Dios, sé simplemente humano.

SOLO LA COMPASIÓN ES TERAPÉUTICA

Todo aquello que está enfermo en el ser humano se debe a la ausencia de amor. Todo lo que va mal en el ser humano está asociado al amor. Porque no ha sido capaz de amar, no ha sido capaz de recibir amor o no ha sido capaz de compartir su ser. Esa es la desdicha. Esto es lo que crea en su interior todo tipo de complejos.

Las heridas internas pueden salir a la superficie de muchas maneras. Pueden convertirse en enfermedades físicas o en enfermedades mentales, pero en el fondo, el hombre sufre por

falta de amor. Del mismo modo que el alimento es necesario para el cuerpo, el amor es necesario para el alma. El cuerpo no puede sobrevivir sin alimento y el alma no puede sobrevivir sin amor. En realidad si no hay amor, el alma no puede llegar a nacer, no se trata de una cuestión de supervivencia.

Crees que tienes un alma, por tu temor a la muerte piensas que tienes un alma. Pero no lo sabrás hasta que hayas amado. Solo cuando amas puedes llegar a saber que eres algo más que el cuerpo, algo más que la mente.

Solo la compasión es terapéutica. ¿Qué es la compasión? La compasión es la forma más pura de amor. El sexo es una forma inferior del amor, la compasión es una forma superior del amor. En el sexo, el contacto es principalmente físico; en la compasión el contacto es principalmente espiritual. En el amor, la compasión y el sexo están entremezclados, lo físico y lo espiritual están mezclados. El amor está a mitad de camino entre el sexo y la compasión.

También puedes llamar meditación a la compasión. La forma de energía más elevada es la compasión.

La palabra «compasión» es preciosa: la mitad es «pasión»; de alguna manera la pasión se ha refinado tanto que ya no es pasión, se ha convertido en compasión.

En el sexo, utilizas a la otra persona, reduces al otro a un medio, reduces al otro a un objeto. Por eso, en una relación sexual te sientes culpable. Y esa culpabilidad es más profunda que las enseñanzas religiosas. En una relación sexual *como tal* te sientes culpable, y te sientes culpable por estar reduciendo a un ser humano a una cosa, a un producto de usar y tirar.

Por eso en el sexo también sientes una especie de esclavitud, tú también estás siendo reducido a una cosa. Y tu libertad desaparece cuando eres una cosa, porque tu libertad solo existe cuando eres una persona. Cuanto más seas una persona, más libre serás; cuanto más seas una cosa, menos libre serás.

Los muebles de tu cuarto no son libres. Si cierras el cuarto con llave y vuelves al cabo de muchos años, los muebles seguirán estando en el mismo sitio; no se habrán recolocado de otra manera. No son libres. Pero si dejas a una persona en la habitación, cuando vuelvas la persona no estará igual, ni siquiera al día siguiente o al momento siguiente. No volverás a encontrar a la misma persona. El viejo Heráclito decía: «No puedes cruzar dos veces el mismo río». No puedes cruzarte dos veces a la misma persona. Es imposible encontrarte con la misma persona dos veces, porque el ser humano es como un río, está fluyendo constantemente. Nunca sabes qué va a suceder. El futuro está sin definir.

Para una cosa el futuro está definido. Una piedra seguirá siendo una piedra. No tiene un potencial de crecimiento. No puede cambiar, no puede evolucionar. El ser humano no permanece igual, puede ir hacia atrás o ir hacia delante; puede ir al infierno o al cielo, pero nunca permanece igual. Va cambiando de un modo u otro.

Cuando tienes una relación sexual con alguien, reduces a esa persona a un objeto. Y al reducir al otro a un objeto te reduces también a ti mismo, porque es un compromiso mutuo: «Yo te permito que me reduzcas a un objeto y tú me permites que te reduzca a un objeto. Te permito que me uses y tú me permites que te use. Nos usamos mutuamente. Los dos nos hemos convertido en cosas».

Observa a dos amantes cuando todavía no están viviendo juntos, cuando el romance todavía está vivo y aún no ha terminado la luna de miel; verás a dos personas que vibran con la vida, dispuestos a explorar lo desconocido. Después observa a las parejas casadas, marido y mujer, y verás dos cosas muertas, dos cementerios uno al lado del otro, ayudándose a seguir

muerdos, obligándose el uno al otro a permanecer muertos. Ese es el conflicto constante del matrimonio. ¡Nadie quiere ser reducido a una cosa!

El sexo es la forma más inferior de la energía «X». Si eres religioso, lo llamas «divinidad»; si eres científico lo llamas «X». Esta energía X puede convertirse en amor. Cuando se convierte en amor, empiezas a respetar a la otra persona. Sí, a veces utilizas a la otra persona, pero te sientes agradecido. Sin embargo, nunca das las gracias a una cosa. Cuando estás enamorado de una mujer, haces el amor con ella y le das las gracias. Cuando haces el amor con tu mujer, ¿le das las gracias alguna vez? No, lo das por hecho. ¿Te ha dado las gracias tu mujer alguna vez? Tal vez, hace muchos años, puedes acordarte de un tiempo en el que todavía estabas indeciso, cortejándola, estabais intentando seduciros, tal vez. Pero en cuanto te has asentado, ¿le das las gracias por algo? Tú has hecho tantas cosas por ella, y ella ha hecho tantas cosas por ti... Los dos estáis viviendo para el otro, pero la gratitud ha desaparecido.

En el amor hay gratitud, hay una profunda gratitud. Sabes que el otro no es una cosa. Sabes que el otro tiene una grandeza, un espíritu, una individualidad. En el amor le das al otro libertad completa. Por supuesto, tomas y das; es una relación de dar y tomar, pero con respeto. El sexo es una relación de dar y tomar, pero sin respeto.

En la compasión simplemente das. En tu mente no hay ninguna expectativa de recibir nada, simplemente compartes. ¡No es que no recibas nada! Lo recibes de vuelta multiplicado por un millón, pero es accidental, es una consecuencia natural. No estás deseando recibirlo.

En el amor, cuando das algo, en el fondo estás esperando recibirlo de vuelta. Si no te lo devuelven, te quejas. Tal vez no digas nada, pero se puede saber de mil y una maneras que estás refunfuñando y que te sientes engañado. El amor es como un trato sutil.

En la compasión simplemente das. En el amor estás agradecido porque el otro te ha dado algo. En la compasión estás agradecido porque el otro ha aceptado algo tuyo; estás agradecido porque el otro no te ha rechazado. Tú habías llegado con energía para dar, habías llegado con muchas flores para compartir, y el otro te lo ha permitido, el otro ha sido receptivo. Estás agradecido porque el otro ha sido receptivo.

La compasión es la forma más elevada del amor. Recibes mucho a cambio —te aseguro que multiplicado por un millón—pero no se trata de eso, no estás deseando recibir nada a cambio. Si no recibes nada, no te quejas. ¡Y si te llega algo, simplemente te sorprendes! Si llega es increíble, si no llega no pasa nada; no le has dado tu corazón a alguien como parte de un trato. Das generosamente porque tienes. Tienes tanto que si no lo dieras sería una carga para ti. Es igual que una nube cargada de lluvia que tiene que descargar. La próxima vez que veas una nube descargando lluvia, observa en silencio, siempre podrás oír a la nube diciéndole a la tierra: «Gracias». La tierra ha ayudado a la nube a descargarse.

Cuando florece una flor, tiene que esparcir su perfume a los cuatro vientos. ¡Eso es natural! No es un trato ni un negocio, ¡simplemente es natural! Cuando una flor está llena de perfume, ¿qué puede hacer? Si la flor se guardara su perfume se sentiría muy tensa, se sentiría profundamente angustiada. La mayor angustia de la vida es cuando no puedes expresarte, cuando no puedes comunicarte, cuando no puedes compartir. La persona más pobre es aquella que no tiene nada que compartir, o sí tiene, pero ha perdido la capacidad, el arte de compartir; entonces esa persona es pobre.

El hombre sexual es muy pobre. El hombre amoroso es comparativamente más rico. Y el más rico es el hombre compasivo, está en la cima del mundo. No tiene confines ni limitaciones. Simplemente da, y sigue su camino. Ni siquiera espera que le des las gracias. Comparte su energía con un enorme amor.

Esto es lo que yo llamo terapéutico.

Los católicos creen que Jesús hizo muchos milagros. Yo no puedo imaginármelo haciendo milagros. Su compasión era el milagro, Si ocurría algo, ocurría sin que él hiciera nada. Si sucede algo en el plano más elevado del ser, siempre sucede sin ningún esfuerzo. Jesús se movía; lo veía todo tipo de gente. Era como una enorme piscina de energía, cualquiera que estuviese listo para compartirlo, lo compartía.

¡Ocurrían milagros! Él era terapéutico. Fue uno de los grandes sanadores que ha habido en el mundo. Buda, Mahavira o Krisna fueron grandes sanadores a diferentes niveles. Pero en la vida de Buda no podrás encontrar ningún milagro de curación de una persona enferma, la curación de un ciego o que le devolviese la vida a un muerto. Es sorprendente: ¿la compasión de Jesús era mayor que la de Buda? ¿Qué sucedía? ¿Por qué no se curaba mucha gente por medio de la energía de Buda? No, no es una cuestión de más o menos compasión. La compasión de Buda funcionaba a otro nivel. Su audiencia era diferente a la de Jesús, y a su alrededor había otro tipo de personas.

Veo cómo vienen a mí ríos de gente desde Occidente, pero casi nunca me piden nada para su cuerpo. No me dicen: «Tengo un dolor de cabeza crónico, ¡Osho, ayúdame, haz algo!». O «mis ojos están cansados», «no me concentro bien», o «estoy perdiendo la memoria». No, nunca. Los indios, sin embargo, siempre vienen con algún problema físico. Ha tenido problemas digestivos desde hace años, «Osho, ¡haz algo!».

Casi siempre pienso: ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado a la India? ¿Por qué vienen solo para resolver problemas físicos o corporales? Solo tienen ese tipo de problemas. Un país pobre, muy pobre, no tiene problemas espirituales. Un país rico tiene problemas espirituales y un país pobre tiene problemas físicos.

Los tiempos de Buda fueron la época dorada de la India. En aquellos tiempos la India estaba en la cúspide. El país era rico, enormemente rico y próspero. El resto del mundo era pobre, pero la India era muy rica. La gente iba a ver a Buda con problemas espirituales. Sí, también tenían heridas, pero eran heridas espirituales.

Jesús estaba en un país muy pobre, vivía en un país muy pobre. La gente que iba a verle no tenía problemas espirituales, en efecto, porque para tener problemas espirituales tienes que haber alcanzado cierto nivel de vida. De lo contrario, tus problemas estarán relacionados con niveles inferiores. Un pobre tiene otro tipo de problemas.

Un pariente mío estuvo aquí durante un mes, meditando y haciendo cosas, y el último día de su visita yo esperaba que me preguntara algo importante. ¿Qué me preguntó? Me dijo que a su hijo no le iba bien económicamente. Después de vivir aquí y escucharme durante un mes esa fue la única pregunta que se le ocurrió: a su hijo no le iba muy bien. Conduce un taxi y el coche que ha comprado siempre le está dando un problema u otro, entonces me pidió: «Osho, ¡haz algo!».

¡Yo no soy mecánico! «Vende el coche y consígúete otro», le dije. Pero él me contestó: «Nadie me lo va a comprar, por favor, ¡haz algo!».

Cuando la gente es pobre tiene problemas terrenales. Cuando la gente es rica, sus problemas son de una calidad superior. Solo un país próspero puede ser realmente espiritual; un país pobre no.

No estoy diciendo que un pobre no pueda serlo —sí, una persona pobre puede ser realmente espiritual, hay excepciones— pero no un país pobre. Un país pobre, en su conjunto, piensa en términos de dinero, medicina, casas, coches, esto y lo otro. ¡Y es natural, es lógico!

Jesús vivía en un país muy pobre. La gente buscaba soluciones a sus problemas. Muchos recibían ayuda; no es que Jesús ayudara sino que recibían esa ayuda. Jesús repite una y otra vez. «Es vuestra fe la que os ha curado.» Cuando tienes fe, la compasión puede recaer en ti. Cuando tienes fe, estás abierto a la compasión. Buda hizo milagros, pero eran milagros de lo invisible. Mahavira hizo milagros, pero eran milagros de lo invisible. No son visibles, solo los ve la persona sobre la que recaen.

Pero la compasión siempre es terapéutica; sea cual sea el nivel en el que estés, te ayuda. La compasión es amor purificado, tan purificado que puedes dar sin pedir nada a cambio.

Buda solía decir a sus discípulos: «Después de cada meditación, sed compasivos — inmediatamente después—, porque cuando meditas, crece el amor y el corazón se llena. Después de cada meditación, siente compasión por todo el mundo para que puedas compartir tu amor y liberar la energía a la atmósfera, y para que esa energía pueda ser útil a los demás».

A mí también me gustaría decirte eso: después de cada meditación, cuando empieces a celebrar, siente compasión. Siente que tu energía debería ayudar a la gente del modo que lo necesiten. ¡Libérala simplemente! Te sentirás más ligero, muy relajado, tranquilo y silencioso, y las vibraciones que has liberado ayudarán a mucha gente. Acaba tus meditaciones siempre con la compasión.

La compasión es incondicional. No puedes ser compasivo solo con los que son amables contigo o los que están relacionados contigo.

Esto sucedió en China: cuando Bodhidharma fue a China, se le acercó un hombre que le dijo: «He seguido tus enseñanzas: medito y siento compasión por todo el Universo, no solo por los hombres, sino también por los animales, las piedras y los ríos. Pero hay un problema: no siento compasión por mi vecino. No, ¡es imposible! Por eso te pregunto, ¿puedo excluir a mi vecino de la compasión? Incluyo a toda la existencia, conocida y desconocida, pero ¿puedo excluir a mi vecino? Porque me resulta muy difícil, es imposible. No puedo sentir compasión por él».

Bodhidharma le dijo: «Entonces, olvídate de la meditación, porque si la compasión excluye a alguien ya no existe».

La compasión incluye a todo, es intrínsecamente inclusiva. Si no sientes compasión por tu prójimo es mejor que te olvides de ello, porque no tiene que ver con nadie en particular. Tiene que ver con tu estado interno. Sé compasión, incondicionalmente, sin ninguna dirección, sin dirigirla a nadie. Entonces te convertirás en una fuerza curadora en este mundo de desdicha.

Jesús repetía una y otra vez, «ama a tu prójimo como a ti mismo». Y también decía, «ama a tu enemigo como a ti mismo». Si analizas las dos frases juntas, descubrirás que ¡el prójimo y el enemigo son casi siempre la misma persona! «Ama a tu prójimo como a ti mismo», y «ama a tu enemigo como a ti mismo».

¿Qué está queriendo decir?

Simplemente quiere decir que no pongas barreras a tu compasión, a tu amor. Del mismo modo que te amas a ti mismo, ama a toda la existencia, porque en el análisis final, toda la existencia eres tú mismo reflejado en muchos espejos. Eres tú, no está separada de ti. Tu prójimo solo es otra forma de ti mismo; tu enemigo también es otra forma de ti mismo. En todo lo que te encuentres te encontrarás contigo mismo. Quizá no lo reconozcas porque no estás muy alerta, posiblemente no seas capaz de verte en el otro, pero eso quiere decir que tienes algún problema en la vista; a tus ojos les ocurre algo.

La compasión es terapéutica. Y ser compasivo es tener compasión por uno mismo antes

que nada. Si no te quieres a ti mismo nunca serás capaz de querer a nadie. Si no eres amable contigo mismo nunca podrás ser amable con nadie. Vuestros mal llamados santos que fueron tan duros con ellos mismos, solo fingían ser amables con los demás. Eso no es posible; psicológicamente es imposible. Si no puedes ser amable contigo mismo, ¿cómo vas a serlo con los demás?

Todo lo que seas contigo mismo, lo serás con los demás. Deja que este sea el pensamiento principal. Si te odias a ti mismo, odiarás a los demás; y te han enseñado a odiarte. Nadie te ha dicho jamás, «¡quíete!»». La idea en sí nos parece absurda, ¿amarnos a nosotros mismos? No tiene sentido, ¿amarse a uno mismo? Siempre creemos que el amor necesita a otro, pero si no lo aprendes contigo mismo, no serás capaz de practicarlo con los demás.

Te han dicho que no vales nada para condicionarte. Desde todos los lugares te han enseñado y te han dicho que eres indigno, que no eres lo que deberías ser, que no te aceptan como eres. Encima de tus hombros hay muchos deberías, y esos deberías son casi imposibles de cumplir. Y cuando no los puedes cumplir, cuando no llegas, te sientes culpable. Surge en tu interior un profundo odio hacia ti mismo.

¿Cómo vas a querer a los demás? ¿Dónde vas a encontrar amor si estás tan lleno de odio? Solo puedes fingirlo, aparentas estar enamorado, pero en el fondo ni estás enamorado de nadie ni puedes estarlo. Esas pretensiones te valen durante unos días, pero luego el color desaparece y la realidad se impone.

Todas las relaciones amorosas se estropean. Antes o después, las relaciones amorosas se envenenan. ¿Por qué se envenenan tanto? Las dos personas fingen estar amando, los dos dicen que aman. El padre dice que quiere a su hijo y el hijo dice que quiere a su padre. La madre dice que quiere a su hija y la hija dice lo mismo. Los hermanos dicen que se quieren. Todo el mundo habla de amor, canta sobre el amor. ¿Existe algún lugar donde haya menos amor? No hay ni una gota de amor, no hay más que montañas de palabrería, unos Himaíayas de poesía sobre el amor.

Al parecer, toda esa poesía solo es para compensar. Como no amamos, de alguna forma tenemos que creer que amamos, por medio de la poesía o por medio de la música. Lo que nos falta en la vida lo traducimos a poesía. Lo que nos perdemos en la vida, lo trasladamos a películas o a novelas. El amor está absolutamente ausente porque no se ha dado todavía el primer paso.

El primer paso es aceptarte como eres; olvídate de todos los deberías. ¡No cargues con ningún «debería» en tu corazón! No tienes que ser otra persona; no tienes por qué hacer algo que no te corresponde, solo tienes que ser tú mismo. Relájate y sé tú mismo. Respeta tu individualidad y ten la valentía de firmar con tu propia firma. No copies las firmas de los demás.

No tienes por qué convertirte en un Jesús, un Buda o un Ra-makrisna, simplemente tienes que convertirte en ti mismo. Menos mal que Ramakrisna nunca intentó convertirse en otra persona, porque así se convirtió en Ramakrisna. Menos mal que Jesús no intentó convertirse en Abraham o en Moisés, porque así se convirtió en Jesús. Menos mal que Buda no intentó convertirse en Patanjali o en Krisna, porque así se convirtió en Buda.

Cuando no estás intentando convertirte en otra persona, simplemente te relajas y surge la gracia. Cuando estás lleno de magnificencia, esplendor y armonía —porque no hay ningún conflicto, no hay que ir a ningún sitio, no hay que luchar por nada, ni hay que imponerse violentamente a nada—, te vuelves inocente. En esa inocencia sentirás compasión y amor hacia ti mismo. Te sentirás tan feliz contigo mismo que incluso si viniera Dios y llamara a tu

puerta diciendo: «¿Te gustaría ser otra persona?», tú le dirías: «¿Te has vuelto loco? Soy perfecto. Muchas gracias, pero ni lo intentes, soy perfecto tal como soy».

Ese momento en el que puedes decir a la existencia: «Soy perfecto tal como soy, me siento feliz de ser como soy», lo llamamos *shraddha* en Oriente. Entonces te has aceptado como eres y en esta aceptación has aceptado la existencia.

Cuando te rechazas, estás rechazando la existencia que te ha creado. En cuanto dices: «Debería ser así», estás intentando mejorar la existencia. Cuando dices: «Has cometido un disparate, yo debería ser de este modo, ¿por qué me has hecho así?», estás intentando mejorar la existencia. Eso no es posible. Tu lucha es inútil, estás abocado a fracasar.

Y cuanto más fracasas, más odias. Cuanto más fallas, más rechazado te sientes. Cuanto más fallas, más impotente te sientes. Y ¿cómo puede surgir compasión de ese odio y esa impotencia? La compasión surge cuando estás perfectamente centrado en tu ser. Cuando dices: «Sí, yo soy así», y no tienes que satisfacer ningún ideal, entonces ¡la satisfacción empieza a suceder inmediatamente!

Las rosas florecen con tanta belleza porque no están intentando convertirse en flores de loto. Y las flores de loto florecen con tanta belleza porque no han estado oyendo leyendas sobre otras flores. En la naturaleza todo va maravillosamente bien por su propia cuenta, porque nadie intenta competir con nadie, nadie intenta convertirse en otro. Todo es como es.

¡Compréndelo! Sé tú mismo y recuerda que, hagas lo que hagas, no puedes ser distinto. Cualquier esfuerzo es inútil. Solo tienes que ser tú mismo.

Solo hay dos caminos. Uno es que al rechazar, puedes seguir siendo el mismo; al descalificar, puedes seguir siendo el mismo. El otro es que al aceptar, rendirte, disfrutar y deleitarte, puedes seguir siendo el mismo. Tu actitud puede ser diferente pero vas a seguir siendo como eres, seguirás siendo quien eres. En cuanto lo aceptas surge la compasión. ¡Y entonces empiezas a aceptar a los demás!

¿Has observado que es muy, muy difícil vivir con un santo? Puedes vivir con un pecador pero no puedes vivir con un santo, porque el santo te estará condenando constantemente con sus gestos, con sus ojos, con la forma de mirarte y con la forma de hablarte. Un santo nunca habla contigo, te habla *a* ti. Nunca te mira sino que tiene un ideal en sus ojos que le nubla la vista. Nunca *te* ve. Hay algo en el fondo de su mente y siempre te compara con ello, y por supuesto, te quedas corto. ¡Su mirada te convierte en un pecador! Es muy difícil vivir con él porque no se acepta, ¿cómo te va a aceptar a ti? Dentro de él hay muchas cosas, notas discordantes que siente que tiene que superar. Por supuesto, en ti ve las mismas cosas pero amplificadas.

Pero para mí, solo es santa la persona que se ha aceptado, y en esta aceptación ha aceptado a todo el mundo. Para mí, ese es el estado mental de la santidad; el estado de aceptación total. Y eso es sanador, terapéutico. Simplemente estar con alguien que te acepte totalmente es terapéutico. Te sanará.

Ve despacio, con cuidado, observando, y sé amoroso. Si eres sexual, no te digo que dejes el sexo, sino que lo hagas de una forma más atenta, de una forma más devota, que sea más profundo para que se pueda convertir en amor. Si eres amoroso, hazlo incluso con más agradecimiento; aporta una gratitud más profunda, alegría, celebración y meditación, para que se pueda convertir en compasión.

Hasta que no surja la compasión no creas que has vivido correctamente o que has vivido en absoluto. La compasión es el florecimiento. Y cuando surge la compasión en una persona, millones de personas se curan. Todo el que se acerque se cura.

La compasión es terapéutica.

POR ENCIMA DE TODO SIN JUICIOS DE VALOR: LA COMPASIÓN DEL ZEN

Una noche, mientras Shichiri Kojun estaba recitando sutras, entró un ladrón armado con una afilada espada y le exigió el dinero o la vida.

Shichiri le respondió: «No me molestes. Puedes encontrar el dinero en ese cajón», y siguió recitando.

Poco después se detuvo y le dijo: «Mañana tengo que pagar unos impuestos, no te lo lleses todo».

El intruso recogió la mayor parte del dinero y se disponía a marchar, cuando Shichiri añadió: «Cuando te hacen un regalo debes dar las gracias». El hombre le dio las gracias y se marchó.

Unos días más tarde atraparon al tipo que confesó, entre otros, el delito contra Shichiri. Cuando llamaron a Shichiri como testigo, este dijo: «En lo que a mí respecta, este hombre no es un ladrón. Yo le di el dinero y él me dio las gracias».

Cuando cumplió su condena y salió de la cárcel, este hombre se convirtió en discípulo de Shichiri.

Jesús dijo: «No juzguéis». Esto sería totalmente zen si lo hubiese dejado ahí. Pero añadió: «...para no ser juzgados», quizá porque estaba hablando a los judíos y tenía que expresarse en sus términos. Ha dejado de ser una historia zen y se ha convertido en un trato. Este añadido ha destruido su calidad y profundidad.

«No juzguéis» es suficiente; y no había necesidad de añadir nada. «No juzguéis» significa sin juicios. «No juzguéis» significa mirar la vida sin evaluarla. No valores, no digas «esto es bueno» o «esto es malo», no seas moralista, no califiques ciertas cosas como divinas y otras como malignas. «No juzguéis» es una afirmación extraordinaria que indica que no hay Dios ni Demonio.

Si Jesús lo hubiese dejado ahí, en esta pequeña frase, en estas dos palabras, «no juzguéis» habría transformado toda la naturaleza del cristianismo. Pero añadió algo que lo destruyó. Dijo: «... para no ser juzgados». Ahora es condicional. Ya no está ausente de juicios y se ha convertido en un trato, «para no ser juzgados». Ahora es un negocio.

No juzgues por miedo, por miedo a ser juzgado. Pero ¿cómo puedes dejar de juzgar por miedo o por codicia? Si no quieres ser juzgado, no juzgues, pero la codicia y el miedo no podrán hacer que no tengas valores. Es egocéntrico, «no juzguéis para no ser juzgados». Es egoísta. Se ha destruido toda la belleza del zen, ha desaparecido el sabor zen y se ha vuelto algo ordinario. Se ha convertido en un buen consejo, pero no conlleva ninguna revolución; es un consejo paternal. Es un buen consejo pero no es en absoluto esencial. La segunda cláusula es la crucifixión de la afirmación esencial.

El zen se detiene ahí: no juzguéis. Porque el zen dice que todo es lo que es, y no hay nada bueno ni nada malo. Las cosas son como son. Algunos árboles son altos y otros árboles son bajos. Algunas personas son morales y otras inmorales. Algunas rezan y otras roban. Así son las cosas. Pero, ¡fíjate en lo revolucionario de todo esto! Te dará miedo, te asustará. Por eso el zen no tiene mandamientos. No dice: haz esto y no hagas lo otro; no habla de lo que debemos

hacer o no hacer. No ha creado esa prisión del «deberías».

El zen no es perfeccionista. Y ahora, el psicoanálisis ha demostrado que el perfeccionismo es una especie de neurosis. El zen es la única religión que no es neurótica. El zen acepta. Su aceptación es total, tan absolutamente total que ni siquiera llama ladrón al ladrón, ni asesino al asesino. Intenta ver la pureza de su espíritu y su absoluta trascendencia. Todo es como es.

El zen, por encima de todo, no valora; si pones una condición lo estás malinterpretando. En el zen no hay miedo ni codicia. En el zen no hay Dios ni Demonio, en el zen no hay cielo ni infierno. No despierta la codicia de la gente ni la soborna prometiéndoles una recompensa en el cielo. Y no asusta a la gente ni la atemoriza creando un infierno de pesadilla.

El zen no te soborna con recompensas ni te castiga con torturas. Simplemente te da la lucidez necesaria para analizar las cosas, y esa lucidez te libera. Esa lucidez no se basa en la codicia ni en el miedo. Todas las demás religiones fomentan la codicia, y en el fondo, todas se basan en el miedo. Por eso cuando hablamos de una persona religiosa decimos que tiene «temor de Dios», una persona religiosa teme a Dios,

¿Cómo puede ser religioso el miedo? Es imposible. El miedo nunca podrá ser religioso, y solo podrá la ausencia de miedo ser religiosa. Pero si tienes el concepto de bueno y malo nunca podrás ser valiente. Tu idea de bueno y malo hace que la gente se sienta culpable, los convierte en inválidos y los paraliza. ¿Cómo vas a ayudar a que se liberen de todo ese miedo? Es imposible porque estás provocando más miedo.

Por lo general, las personas no religiosas tienen menos miedo, dentro de su ser tienen menos miedo que las personas llamadas religiosas. Las personas llamadas religiosas están constantemente temblando por dentro, siempre angustiadas por si lo lograrán o si fracasarán. ¿Será expulsado al infierno o conseguirá hacer lo imposible y entrar en el paraíso?

Incluso cuando Jesús estaba despidiéndose de sus amigos y discípulos, la mayor preocupación de los discípulos era el lugar que iban a ocupar en el cielo. Se volverán a encontrar en el cielo, pero ¿cuál será su lugar? ¿Quién será quién? Por supuesto, acceden a que Jesús esté sentado a la derecha de Dios, pero ¿quién se va a sentar a su lado? Esta preocupación es fruto de su codicia y de su miedo. No les preocupa demasiado que Jesús vaya a ser crucificado al día siguiente, están mucho más preocupados por sus propios intereses.

Todas las demás religiones se basan en una codicia y un miedo muy vulgares. La misma codicia que sientes por el dinero se transforma un día en codicia de Dios. Antes, Dios era tu dinero y ahora el dinero es tu Dios, pero esa es la única diferencia. Después Dios se convierte en el dinero. Ahora tienes miedo del Estado, de la policía, de esto y lo otro... y luego empiezas a tener miedo del infierno, del tribunal supremo, de la corte final suprema de Dios y del día del juicio final.

Los mal llamados santos cristianos están constantemente temblando, incluso en los últimos momentos de su vida, ¿lo lograrán o no lo lograrán?

El zen, por encima de todo, está libre de los juicios de valor. Deja que esto penetre profundamente en tu ser porque también es mi punto de vista. Solo deseo que lo comprendas, nada más. Basta con comprenderlo. Deja que la comprensión sea la única ley; no hay ninguna otra. No vivas guiado por el miedo; de lo contrario, estarás vagando en la oscuridad. No vivas con arreglo a la codicia, porque la codicia no es más que la otra cara del miedo. Son dos aspectos de la misma cosa: por un lado es codicia y por el otro lado es miedo. La persona miedosa siempre es codiciosa, y la persona codiciosa es miedosa. Siempre van juntos.

Solo la comprensión, el darse cuenta, la capacidad de ver las cosas como son... ¿No puedes aceptar la existencia tal como es? Pero no aceptarla no cambia nada. ¿Qué es lo que cambia? Hemos estado rechazando cosas desde hace miles de años pero siguen estando ahí, incluso con más fuerza. No han desaparecido los ladrones ni los asesinos. No ha cambiado nada; las cosas siguen siendo las mismas de siempre. Las cárceles siguen aumentando. Las leyes se siguen ampliando y haciéndose cada vez más complejas. Y a causa de estas leyes tan complejas, cada vez se contrata a más ladrones: los abogados y jueces... Esto no ha cambiado nada en absoluto. Todo el sistema penitenciario no ha hecho ningún bien; en realidad, ha sido muy perjudicial. El sistema penitenciario se ha convertido en la universidad del crimen; es el lugar donde se aprende a delinquir y donde están los maestros que enseñan a delinquir.

Cuando una persona entra en la cárcel una vez ya se convierte en un visitante periódico. Una vez que ha estado en la cárcel, vuelve a ella una y otra vez. Es muy raro encontrar a alguien que haya estado en la cárcel y nunca vuelva a ella. Cuando sale de la cárcel tiene más maestría. Cuando sale de la cárcel tiene más ideas de cómo hacer lo mismo de una forma más experta. Cuando sale de la cárcel ya no es un aficionado. Sale de la cárcel con un título; la salida de la cárcel es una especie de título del crimen. Ahora sabe más, y sabe cómo hacerlo mejor. Ahora sabe lo que tiene que hacer para que no le pesquen. Ahora ya conoce las fisuras del sistema jurídico.

Y los encargados de que se cumpla la ley son tan delincuentes como los demás, en realidad, son *más* delincuentes que ninguno, porque para tratar con delincuentes tienen que ser más delincuentes. La policía, los carceleros y los guardias penitenciarios son más criminales que las personas obligadas a estar en la cárcel; es necesario que lo sean.

No ha cambiado nada. Esta no es la forma de cambiar las cosas y ha demostrado ser un fracaso rotundo.

El zen dice que el cambio viene a través de la comprensión y no de la imposición.

¿Y qué son vuestro cielo y vuestro infierno? No son nada más que el mismo concepto trasladado a la vida del más allá. El mismo concepto de prisión se convierte en vuestro concepto de infierno. Y el mismo concepto de recompensa —recompensas gubernamentales, recompensas presidenciales, medallas de oro, esto y lo otro—, ese mismo concepto se traslada al cielo, al paraíso, *firdaus*. Pero la idea sigue siendo la misma.

El zen destruye de raíz esa forma de pensar. El zen no condena nada, es comprensivo, dice que hay que intentar comprender que las cosas son como son. Intenta comprender al ser humano como es y no le impongas ningún ideal, no digas cómo debería ser.

En el momento que dices cómo debería ser, te ciegas a la realidad de lo que es. El «debería» se convierte en una barrera. Entonces, no puedes ver la realidad, no puedes ver lo que es porque tu «debería» se convierte en algo opresivo. Tienes un ideal, un ideal perfeccionista y, naturalmente, todas las personas quedan por debajo de ese ideal. De ese modo condenas a todo el mundo. Y las personas egoístas que consiguen de alguna manera encajar en ese ideal —aunque sea superficialmente o exteriormente— se convierten en grandes santos. Pero solo son egoístas, y si les miras a los ojos, encontrarás una única cualidad: soy-más-santo-que-tú. Son los elegidos, los elegidos de Dios y están aquí para condenarte y transformarte. El zen no está interesado en la transformación de nadie pero la paradoja es que transforma. No le interesa qué deberías ser, sino qué eres. Analízalo, analízalo con una mirada cargada de amor y cariño. Intenta comprenderlo y de esta comprensión surgirá la transformación. La transformación es natural, no tienes que hacer nada, sucede

espontáneamente. El zen transforma pero no habla de la transformación. Cambia, pero no le preocupa el cambio. Aporta más beatitud a los seres humanos que ninguna otra cosa, pero no le preocupa en absoluto. Llega como una gracia, como un regalo. Es el resultado de la comprensión. Esa es la belleza del zen, que por encima de todo no tiene valores. La valoración es una enfermedad de la mente, eso es lo que dice el zen. No hay nada bueno ni malo, las cosas son exactamente como son. Todo es como es.

El zen abre una dimensión completamente nueva: la dimensión de la transformación sin esfuerzo. La dimensión de la transformación que llega naturalmente cuando tienes los ojos limpios, cuando hay claridad, cuando estudias la naturaleza de las cosas directamente sin el obstáculo de los prejuicios.

En cuanto dices que una persona es buena es que has dejado de mirarla. Ya le has puesto una etiqueta, la has encasillado y la has clasificado. En cuanto dices que «ese hombre es malo», ¿cómo puedes volver a mirarle a los ojos? Has decidido de antemano acabar con esa persona, esa persona ha dejado de ser un misterio. Has resuelto el misterio escribiéndole encima «malo» o «bueno» y ahora estás relacionándote con esas etiquetas y no con las realidades.

Un hombre bueno se puede volver malo y uno malo se puede volver bueno. Sucede a cada instante; por la mañana el hombre era bueno, por la tarde es malo y por la noche volverá a ser bueno. Pero ahora tendrás que comportarte con arreglo a la etiqueta que le has puesto. No estarás hablando con el hombre en sí, sino que estarás hablando con la etiqueta que le has impuesto, con la imagen que has fabricado.

Por supuesto, sigues sin percibir las realidades y a las verdaderas personas, y esto origina mil y un problemas y complicaciones. Problemas que no tienen solución. ¿Realmente hablas con tu mujer? Cuando estás en la cama con tu mujer, ¿con quién estás en la cama realmente, con tu mujer o con determinada imagen? Tengo la sensación de que en cualquier lugar que se encuentren dos personas, en vez de dos personas, en realidad hay una multitud. Por lo menos cuatro personas ya que también están ahí tu imagen del otro y la imagen que el otro tiene de ti. Y además nunca concuerdan, porque la verdadera persona va cambiando, es un flujo. La verdadera persona es un río que va cambiando de color. ¡La verdadera persona está viva! El hecho de que le hayas puesto una etiqueta no significa que haya muerto; sigue estando viva.

Una vez, alguien preguntó a Chuang Tzu: «¿Has acabado tu trabajo?». Él respondió: «¡Cómo voy a haberlo terminado si todavía estoy vivo!».

Analiza lo que dice: «¿Cómo voy a haberlo terminado? Todavía estoy vivo. Solo se habrá acabado el día que muera; mientras siga fluyendo, seguirán ocurriendo cosas».

Mientras un árbol esté vivo le saldrán flores, hojas nuevas, irán nuevos pájaros para hacer en él sus nidos, irán nuevos viajeros que pasarán la noche debajo de él... las cosas irán cambiando. Mientras estás vivo todo es posible. Pero en cuanto clasificas a una persona como buena, mala, moral, inmoral, religiosa, irreligiosa, teísta, atea, esto y lo otro, estás pensando como si la persona hubiese muerto. Solo deberías poner etiquetas a la persona cuando haya muerto. Puedes etiquetar a una persona cuando esté en la tumba, pero no antes. Puedes ir a su tumba y escribir: «Esta persona es esto». Ahora ya no te puede contradecir, porque todo se ha acabado; ha llegado al final. El río ha dejado de fluir.

Pero mientras alguien siga estando vivo... Pero no dejamos de poner etiquetas, incluso a los niños, a los niños pequeños. Decimos: «Este niño es obediente y este otro es muy desobediente. Este niño es una delicia y este otro es un problema». Estás poniendo etiquetas, y recuerda, al hacerlo estás creando muchos problemas. En primer lugar porque cuando le pones una etiqueta a alguien estás exigiéndole que se comporte de acuerdo con la etiqueta que le has puesto, ahora empieza a sentir que tiene la obligación de demostrar que estás en lo

cierto. Si el padre dice: «Mi hijo es un problema», el hijo piensa: «Ahora tengo que demostrar que soy un problema, si no, se demostrará que mi padre no tenía razón». Este razonamiento es inconsciente, ¿cómo puede pensar un niño que su padre no tiene razón? Por eso el niño causa más problemas para que el padre pueda decir: «¿Ves? Este niño es un problema».

Tres mujeres estaban hablando y, como hacen todas las mujeres, se jactaban de sus respectivos hijos. Una dijo: «Mi hijo solo tiene cinco años y escribe poesía. Son unos poemas tan hermosos que hasta los poetas consumados sentirían vergüenza».

La segunda dijo: «Eso no es nada. Mi hijo solo tiene cuatro años y pinta unos cuadros tan modernos, tan ultramodernos, que ni siquiera Picasso les encontraría ni pies ni cabeza. Y ni siquiera usa pincel, lo hace todo con las manos. A veces solo lanza la pintura contra el lienzo y de la nada sale algo precioso. Mi hijo es un impresionista, es un pintor muy original».

La tercera mujer dijo: «Eso no es nada. Mi hijo solo tiene tres años y va al psicoanalista él solito».

Conseguirás volver loco al niño poniéndole etiquetas... lo destruirás. Todas las etiquetas son destructivas. No le pongas nunca la etiqueta de pecador o de santo a nadie. Cuando hay demasiada gente que pone determinada etiqueta a alguien... Y los seres humanos tendemos a pensar colectivamente; la gente no tiene ideas propias. Oyes un rumor de que alguien es un pecador y lo aceptas. Y después se lo pasas a otro, y lo acepta. Y el rumor se va difundiendo, la etiqueta va adquiriendo mayores proporciones. Y un día esa persona lleva una etiqueta de «Pecador» con letras mayúsculas, con luces de neón, de manera que él mismo la lee y tiene que comportarse de acuerdo con esa etiqueta. Toda la sociedad espera que se comporte de ese modo, de lo contrario, la gente se enfadaría. «¿Qué haces? ¡Eres un pecador y estás intentando ser un santo! ¡Compórtate como es debido!»

Sutilmente, la sociedad saca partido de su clasificación: «¡Compórtate! No hagas nada que vaya contra la idea que tenemos de ti». Es algo tácito, pero está ahí.

En segundo lugar, cuando etiquetas a alguien, por mucho que intente comportarse de acuerdo con su etiqueta, no podrá hacerlo. No podrá hacerlo a la perfección, es imposible. Realmente es algo que no se puede hacer; solo se puede fingir. En ocasiones, cuando no está fingiendo, o está más relajado —si está de vacaciones o de picnic—, se impone la realidad. Entonces te sientes engañado: ese hombre es un impostor. Creías que era bueno y te ha robado el dinero. Durante años has pensado que era bueno, que era un santo, ¡y ahora resulta que te ha robado!

¿Crees que te ha engañado? No, es tu clasificación la que te ha engañado. Él está actuando según su realidad. Durante mucho tiempo ha estado intentando encajar en tu esquema, pero tarde o temprano sale de ese esquema. Todo el mundo tiene que hacer las cosas que quiere hacer.

Nadie está aquí para satisfacer tus expectativas. Solamente los más cobardes intentan satisfacer las expectativas de los demás. Un hombre de verdad destruye todas las expectativas que tienen sobre él los demás, porque no está aquí para que le aprisionen las ideas de nadie. Prefiere ser libre. Prefiere ser incoherente; eso es la libertad. Hoy hará una cosa y mañana hará exactamente lo contrario para que no puedas hacerte una idea fija sobre él. Un verdadero y genuino ser humano es incoherente. Solo los falsos seres humanos son coherentes. Un verdadero y genuino ser humano está lleno de contradicciones. Es la libertad absoluta. Es tan libre que puede ser esto y también puede ser todo lo contrario. Puede elegir, si quiere ser de izquierdas lo será, si quiere ser de derechas, se hará de derechas. No hay nada que se lo impida. Si quiere estar dentro puede estar dentro, si quiere estar fuera puede estar fuera. Es

libre. Puede ser extravertido o puede ser introvertido, puede hacer lo que quiera. Su libertad escoge en cada momento lo que debe hacer.

Pero a los seres humanos les imponemos un patrón que les exige ser coherentes. Se da mucho valor a la coherencia. Decimos: «Ese hombre es tan coherente... Es una gran persona, es muy coherente». Pero ¿qué quieres decir con «coherencia»? Coherencia significa que esa persona está muerta, que ya no está viva. El día que se volvió coherente dejó de estar viva y desde entonces no ha vuelto a vivir.

Cuando dices, «En mi marido se puede confiar», ¿qué estás queriendo decir? Que ha dejado de querer, que ha dejado de vivir y ahora ya no le atrae ninguna otra mujer. Si no le atraen otras mujeres, ¿cómo puede ser que tú le sigas atrayendo? Tú también eres una mujer. En realidad, ahora está fingiendo. Si un hombre está vivo y ama, cuando ve a una mujer hermosa se siente atraído. Cuando una mujer está viva, ama y tiene energía, si ve a un hombre guapo, ¿cómo no va a sentirse atraída? ¡Es tan natural! No digo que tenga que irse con él, pero la atracción es algo natural. Puede decidir no irse con él, pero negar la atracción es negar la vida misma.

El zen dice: mantente fiel a tu libertad. Entonces surge en ti un tipo de ser completamente distinto, inesperado, imprevisible. Religioso, pero no moral. No es inmoral sino amoral: está más allá de la moralidad, más allá de la inmoralidad.

Esta es la nueva dimensión de la vida que nos ofrece el zen. Hasta ahora has vivido en una realidad completamente distinta y esta realidad no tiene nada que ver con aquella. Tiene una cualidad nueva, esa cualidad es la ausencia de carácter.

Esta palabra a veces hace mucho daño, porque durante demasiado tiempo nos ha gustado la palabra «carácter». Decimos: «Ese hombre tiene carácter». Pero ¿has observado qué sucede? Una persona con carácter es una persona muerta. Una persona con carácter se puede encasillar porque es una persona previsible. Una persona con carácter no tiene futuro, solo tiene pasado.

Escucha: una persona con carácter solo tiene pasado, porque carácter significa pasado. La persona sigue repitiendo el pasado como si fuese un disco rayado. Repite lo mismo una y otra vez. No tiene nada nuevo que decir. No tiene nada nuevo que vivir, no tiene nada nuevo que ser. Y decimos que esa persona es una persona con carácter. Puedes confiar en ella, puedes contar con ella. No faltará a sus promesas, sí, eso es verdad. Esa persona resulta muy práctica, tiene una gran utilidad social, pero está muerta, es una máquina.

Las máquinas tienen carácter, puedes contar con ellas. Ese es el motivo por el que, poco a poco, vamos sustituyendo a los seres humanos por máquinas. Las máquinas son más previsibles, tienen mejor carácter, puedes contar con ellas.

No se puede confiar en un caballo tanto como en un coche. El caballo tiene cierta personalidad: hay días que no está de buen humor, otras veces no quiere ir por donde tú quieres y otras veces está muy rebelde. A veces simplemente se planta y no quiere moverse. Tiene alma; no siempre puedes contar con él. Pero un coche no tiene alma. Es un conjunto de piezas ensambladas, no tiene un centro. Va por donde tú quieras que vaya. Si quieres que el coche se tire por un acantilado, el coche lo hará. El caballo te dirá: «¡Espera! Si quieres suicidarte puedes hacerlo tú solo porque yo no voy a hacerlo. Salta si quieres. Yo no pienso saltar». Pero el coche no te dirá que no, no tiene alma para decir que no. Nunca dice ni sí ni no.

A veces, ni siquiera la mente de un gran matemático quiere funcionar. Pero el ordenador seguirá trabajando las veinticuatro horas del día, día tras día, año tras año; no se le ocurre

dejar de trabajar. Una máquina tiene carácter, un carácter en el que se puede confiar. Eso es lo que hemos estado intentando hacer. Primero, hemos intentado convertir a las personas en máquinas pero como no lo hemos conseguido al cien por cien, poco a poco, hemos empezado a inventar máquinas con las que podamos sustituir a las personas. Antes o después, las personas serán reemplazadas por máquinas en todas partes. Las máquinas lo harán mucho mejor, de forma más eficiente, más fiable y más rápido.

El ser humano tiene estados de ánimo porque tiene alma. Como tiene alma, solamente puede ser auténtico si no tiene carácter. ¿A qué me refiero cuando digo «no tener carácter»? Me refiero a que el hombre se olvida de su pasado, no vive de acuerdo con su pasado y por eso es imprevisible. Vive momento a momento, en el presente. Ve lo que hay a su alrededor y vive, mira lo que tiene alrededor y vive, siente lo que tiene alrededor y vive. No tiene ideas fijas sobre la forma de vivir, sino intuición. Su vida es una corriente constante. Es espontáneo, a eso me refiero cuando digo que un hombre no tiene carácter. Es espontáneo.

Sabe responder y, cuando le dices algo, responde sin repetir una fórmula. Te responde, en *este* momento, a *esta* pregunta, a *esta* situación. No está respondiendo a otra situación aprendida. Te responde a ti, te observa. No está reaccionando sino que está respondiendo. La reacción es algo que surge del pasado.

Un maestro zen preguntó una vez: «¿Cuál es el secreto de Buda? ¿Qué es lo que transmitió a Mahakashyapa cuando le dio una flor? ¿Por qué dijo "Le entrego a Mahakashyapa lo que no he conseguido darle a nadie más, porque los demás solamente comprenden las palabras mientras que Mahakashyapa comprende el silencio"?».

Buda llegó ese día con una flor de loto en las manos. Todos sus discípulos no hacían más que mirar; estaban preocupados y cada vez más inquietos. Buda no decía nada, simplemente miraba la flor de loto... como si se hubiese olvidado de toda la gente que estaba ahí reunida.

Pasaron los minutos, pasó una hora, y todos empezaron a estar muy impacientes. Entonces, Mahakashyapa se echó a reír. Buda le llamó, le entregó la flor y le dijo: «Todo lo que puedo transmitir a través de las palabras se lo he dado a los demás. Lo que no puedo transmitir a través de las palabras te lo doy a ti, Mahakashyapa. Guárdalo hasta que encuentres a alguien que pueda recibir el mensaje en silencio».

El maestro zen preguntó a sus discípulos: «¿Cuál era el secreto? ¿Qué es lo que le entregó con la flor de loto? ¿Qué sucedió en ese momento?». Un discípulo se puso de pie, empezó a bailar y salió corriendo. Y el maestro dijo: «Muy bien, es exactamente eso».

Pero, esa noche, otro maestro del mismo monasterio fue a ver a este maestro y le dijo: «No deberías estar de acuerdo tan rápido; sospecho que has dado tu aprobación demasiado pronto».

Entonces el maestro buscó al discípulo que se había puesto a bailar y al que le había dicho: «Es exactamente eso», y por la noche volvió a hacerle la misma pregunta: «¿Qué es lo que Buda le entregó a Mahakashyapa con la flor de loto? ¿Qué es lo que Mahakashyapa comprendió cuando sonrió? ¿Qué fue? Dame la respuesta».

El joven se puso a bailar y, ¡el maestro le propinó un golpe! «Estás equivocado, completamente equivocado», dijo el maestro.

El discípulo respondió: «Pero, si esta mañana me has dicho que tenía razón».

«Sí —dijo el maestro—, por la mañana estaba bien, pero por la noche está mal. Estás repitiendo. Por la mañana creí que era una respuesta, pero ahora sé que ha sido una reacción.»

Cada vez que se hace la pregunta, la respuesta, si es una respuesta, tiene que ser diferente. La pregunta puede ser la misma, pero todo lo demás no es lo mismo. Por, la mañana, cuando el maestro preguntó, estaba saliendo el sol, los pájaros estaban cantando y la gente que estaba reunida... había mil monjes sentados meditando; era un mundo completamente distinto. Sí, la pregunta es la misma, la formulación lingüística es la misma, pero todo el resto ha cambiado, la *gestalt* ha cambiado. Por la noche es completamente diferente; el maestro está solo con su discípulo en su celda. El sol ya no está en el cielo, los pájaros ya no están cantando y no hay nadie más. El maestro ha cambiado. En esas pocas horas el río ha corrido, ha bañado nuevos prados y ha entrado en nuevos territorios. La pregunta *aparentemente* es la misma, pero el discípulo no ha variado porque piensa: «Ya sé la respuesta».

No, en la vida real nadie conoce las respuestas, en la vida real tienes que responder. En la vida real no puedes tener las respuestas preparadas de antemano, respuestas fijas, fórmulas. En la vida real tienes que estar abierto, pero el discípulo no lo comprendió.

Un hombre sin carácter es un hombre que no tiene respuestas ni filosofía, ni una idea preconcebida de cómo deberían ser las cosas. Sea lo que sea, él permanece abierto. Es un espejo que refleja.

¿No lo has observado? Cuando te pones delante de un espejo, si estás enfadado el espejo reflejará tu rostro enfadado; si estás sonriente el espejo reflejará tu rostro sonriente. Si eres viejo el espejo reflejará tus años, si eres joven el espejo reflejará tu juventud. No puedes decirle al espejo: «Ayer me reflejaste riendo, y ¿hoy por qué me estás reflejando enfadado y triste? ¿Qué quieres decir? No eres consecuente. ¡No tienes carácter! Me voy a deshacer de ti».

El espejo no tiene carácter, y el hombre de verdad es como un espejo.

El zen no juzga. El zen no valora. El zen no impone a nadie un carácter, porque para imponer un carácter tienes que haber valorado: bueno o malo. Para imponer un carácter tienes que crear deberías y no deberías; tienes que crear unos mandamientos. Para imponer un carácter tienes que ser un Moisés, no puedes ser un Bodhidharma. Para imponer un carácter tienes que provocar miedo y codicia. Si no ¿quién te va a escuchar? Tienes que ser como B. F. Skinner y tratar a las personas como si fuesen ratas, entrenarlas, castigarlas, recompensarlas, para obligarles a comportarse según un patrón determinado.

Eso es lo que han hecho con vosotros. Vuestros padres lo han hecho, vuestra educación lo ha hecho, y lo han hecho vuestra sociedad y vuestros estados. El zen dice: ya está bien, salta de ahí, abandona todo ese sin sentido, empieza a ser tú mismo. No significa que el zen te deje sumido en el caos, sino todo lo contrario. El zen, en vez de darte un carácter y una conciencia que pueda manipular ese carácter, te ofrece un estado consciente.

Esta es la diferencia que hay que tener en cuenta y recordar. Las demás religiones te ofrecen conciencia. El zen brinda un estado consciente. Conciencia significa: «Esto es bueno y esto es malo. Haz esto y no hagas lo otro». Pero estado consciente simplemente significa: «Sé un espejo, refleja y responde». La respuesta es correcta, la reacción es incorrecta. Ser responsable no significa obedecer ciertas normas; ser responsable significa tener capacidad de respuesta.

El zen te vuelve luminoso desde tu interior, no es una imposición del exterior, no se cultiva desde fuera ni constituye una armadura o un mecanismo de defensa. No se ocupa de la periferia, sino que simplemente enciende una lámpara en tu interior, en el centro mismo de tu ser; esa luz se va expandiendo... y llega un momento en el que toda tu personalidad es luminosa.

¿Cómo surgió esa perspectiva o ese enfoque zen? Surgió de la meditación. Es la cima suprema de la conciencia meditativa. Si meditas verás que, poco a poco, todo está bien, todo es lo que debería ser. Surge *tathata*, o la visión de que las cosas son como son. Entonces, al ver a un ladrón no piensas que tendría que transformarse, sino que respondes simplemente. Ya no piensas que es malo. Cuando no piensas que una persona es mala, malvada, estás dándole la oportunidad de transformarse. Estás aceptando al ser humano tal como es, y esa aceptación trae consigo la transformación.

¿Has observado que eso ocurre también en tu vida? Cuando alguien te acepta totalmente, incondicionalmente, empiezas a cambiar. Esta aceptación te da la valentía... cuando alguien te quiere simplemente como eres, ¿no has comprobado que algo cambia milagrosamente y empieza a cambiar de una manera muy rápida? Simplemente la aceptación de ser querido tal como eres —sin esperar nada de ti—, te da alma, te equilibra, te devuelve la confianza y te da fe. Te hace sentir que *eres*, que no tienes que cumplir expectativas, que puedes SER y que tu ser original es respetado.

Incluso aunque solo encuentres una sola persona que te respete totalmente —porque todo juicio es una falta de respeto—, que te acepta como eres, que no te exige nada y que dice: «Sé como eres. Sé auténticamente tú mismo. Te quiero. Te quiero a ti y no lo que haces. Te quiero tal como eres en tu esencia más profunda. No me interesa tu apariencia ni tu ropa. Amo tu ser y no lo que posees. No me interesa lo que posees, solo me interesa una cosa y es lo que eres. Y eres inmensamente bello...»

Eso es el amor. Por eso el amor es tan nutritivo. Cuando encuentras a una mujer o a un hombre que simplemente te quiere —por ningún motivo en concreto, por el placer de amar—, el amor te transforma. De repente aparece otra persona, alguien que nunca has sido. De repente desaparece toda la tristeza y la apatía. De repente encuentras el paso en tu danza, la canción en tu corazón. Empiezas a actuar de un modo distinto, surge la gracia.

Obsérvalo: cada vez que alguien te ama, basta con el fenómeno del amor. Desaparece la frialdad y empiezas a sentir calidez. Tu corazón ya no es indiferente al mundo. Empiezas a mirar más las flores, miras más el cielo y el cielo tiene un mensaje... porque una mujer o un hombre te ha mirado a los ojos y te ha aceptado totalmente, sin tener ninguna expectativa. Pero, a causa de la ignorancia del ser humano, ese estado no perdura. Esa luna de miel, más pronto o más tarde, desaparece; dura una semana, dos semanas, tres como máximo. Antes o después, la mujer y el hombre empiezan a tener expectativas: «Haz esto. No hagas eso». Y de nuevo vuelves donde estabas, ya no estás en el cielo. Vuelves a ir cargado y el amor ha desaparecido. Ahora la mujer está más interesada en tu cartera y el hombre está más interesado en su comida. Ahora es necesario velar por la familia, ordenar la casa y mil y un detalles más, pero ya no hay armonía entre los dos seres.

Si logras mantener esa armonía, todo irá bien. Podrás seguir haciendo mil y una cosas sin que pase nada. Pero la armonía se ha perdido; empezáis a dar por hecho que el otro está ahí. En esas tres semanas os habéis puesto etiquetas el uno al otro. El día que la clasificación está completa se acabó la luna de miel.

El zen cree en el amor pero no cree en las normas ni en las reglas. No cree en una disciplina exterior sino en la interior. Surge del amor, surge del respeto y de la confianza. Cuando meditas, empiezas a tener fe en la existencia. Observa la diferencia: si le preguntas a un católico o a un hindú te dirá que el primer requisito es la fe. Te dice: «Ten fe en la existencia y así conocerás a Dios». En el zen el primer requisito no es la fe. El zen dice: «Medita». De la meditación nace la fe y la fe hace que la existencia sea divina. Surge *tathata*, surge el ser tal como es.

¿Cómo puedes seguir condenando si sabes que todo es divino? Los vedantistas de la India dicen: «Todo es Brahma», pero siguen criticando. Siguen diciendo que uno es un pecador y

otro es un santo, y que el santo irá al cielo y el pecador al infierno. Todo esto es absurdo considerando que todo es Brahma, que todo es Dios. Entonces, ¿cómo puedes ser un pecador? En ese caso, el Dios que llevamos dentro es pecador. ¿Cómo es posible que Dios vaya al infierno?

El zen dice: el día que reconozcas que todo es divino, sabrás que todo es Dios. Y no usan la palabra «dios», porque las demás religiones han viciado la palabra, la han contaminado, la han corrompido y la han envenenado. No usan la palabra «dios». Cuando meditas, poco a poco, empiezas a darte cuenta de que las cosas son como son, y empiezas a confiar en las cosas y a respetarlas tal como son, surge la confianza. Esa confianza es *tathata*, todo es como es.

Tathata te lleva a una visión de la existencia en la que todo está estrechamente relacionado. Todo el universo es una unidad que funciona de una manera orgánica. Tienen una expresión concreta para esto, lo llaman *jiji muge hokkai*; es cuando llegas a comprender que toda la existencia es unitaria, realmente es un universo y no un multiverso. Todo está unido al resto; pecadores y santos forman parte de un entramado, no están separados; el bien y el mal están unidos. Del mismo modo que la oscuridad y la luz están unidas, del mismo modo que la vida y la muerte están unidas, también lo están el bien y el mal.

Todo está interconectado. Es una red, un hermoso patrón.

Escucha estas palabras de Berenson:

Era una mañana de comienzos del verano. Una neblina plateada brillaba tenuemente vibrando sobre los tilos. Una caricia impregnaba el aire. Recuerdo que... me subí al tronco de un árbol y, de repente, me sentí inmerso en «ser eso». Ni siquiera lo llamé por ese nombre porque en ese estado mental no había palabras. Ni siquiera se trataba de un sentimiento. No tenía necesidad de palabras. Eso y yo éramos uno. Simplemente estaba ahí como una bendición.

Tathata significa alcanzar ese instante en el que, súbitamente, te das cuenta de que la existencia es una, está interconectada, fundida en una sola danza como una orquesta. Y todo es necesario, tanto lo malo como lo bueno. Jesús por sí solo no basta. Judas también es necesario. Sin Judas, Jesús no sería tan valioso. Si quitas a Judas de la Biblia, la Biblia pierde mucho. Quita a Judas de la Biblia y ¿dónde estará Jesús? ¿Qué es Jesús? Judas crea el contraste; es el telón de fondo. Se convierte en la nube negra de la que Jesús es el halo plateado. Sin la nube negra no habría halo plateado. Jesús debe estar agradecido a Judas. Y no es casualidad que, al lavar los pies de sus discípulos, el primero fuese Judas. Después, cuando se estaba despidiendo y diciendo adiós, abrazó a Judas más que a los demás y le besó más que a ningún otro. Era su discípulo preferido.

Esto es un misterio dentro de un misterio. En los círculos esotéricos hay rumores, desde hace siglos, de que Jesús mismo lo planeó. Gurdjieff creía firmemente en ello. Y es posible que Judas simplemente estuviese obedeciendo las órdenes de Jesús: traicionarle y venderle a sus enemigos. Eso parece tener más lógica. Porque, por muy malo que fuese Judas, ¿vender a Jesús por apenas treinta monedas de plata? Esto es excesivo. Judas había estado con Jesús desde hacía mucho tiempo y era el discípulo más inteligente de todos. Era el único que tenía cultura, el único que podría calificarse de intelectual. De hecho, era más culto que el propio Jesús. Era el erudito del grupo.

Parece excesivo, vender a Jesús solo por treinta monedas de plata. ¿Y sabes qué ocurrió? Cuando crucificaron a Jesús, Judas se suicidó... al día siguiente. Los cristianos no hablan mucho de ello, pero hay que hablar de esto. ¿Por qué se suicidó? Su labor había terminado y podía irse con su maestro. Un hombre que ha sido capaz de vender a su maestro por treinta monedas de plata, ¿te lo imaginas sintiéndose tan culpable como para suicidarse? Eso es

imposible. ¿Para qué iba a molestarse? No, sencillamente había seguido las órdenes de su maestro. No podía negarse pues eso formaba parte de su entrega a él. Tenía que acceder. No se puede decir «no» a un maestro. Estaba todo planeado. Hay un motivo: el mensaje de Jesús solo ha pervivido en el mundo gracias a su crucifixión. Sin la crucifixión no habría existido el cristianismo. Por eso llamo al cristianismo «cruzianismo». No es cristianismo porque no bastaba con Cristo sino que fue necesaria la cruz para que esto sucediera.

Cuando ves la interconexión de todas las cosas, te das cuenta de que Judas forma parte del juego al que pertenece Jesús. Entonces, el mal forma parte del bien. Entonces, el Demonio no es más que un ángel de Dios; yo no lo llamo el ángel caído. Tal vez tenga una gran misión en el mundo y haya sido enviado por Dios mismo, tal vez sea su discípulo más cercano.

La palabra «demonio» proviene de la misma raíz que «divino». Esto es muy significativo. Sí, el Demonio también es divino.

Sasaki cuenta lo siguiente:

Cuando mi profesor me estaba hablando de esto, dijo: «Piensa ahora en ti mismo. Crees que eres un ser independiente, una isla, pero no lo eres. Sin tu padre y tu madre no existirías. Sin sus padres y sus madres ellos tampoco habrían existido, y tú no existirías».

Y así sucesivamente... puedes llegar hasta el principio sin principio. Puedes seguir yendo hacia atrás y verás que todo lo que ha sucedido en la existencia hasta ahora, ha ocurrido para que tú estés aquí. Si no tú no existirías. Estás in-terconectado. Solo eres una pequeña parte de una cadena infinita. Todo lo que existe está implícito en ti, todo lo que ya pasó, está implícito en ti. Tú eres el ápice, en este momento, de todo lo que te ha precedido. En ti existe todo el pasado. Pero eso no es todo. De ti vendrán tus hijos, y los hijos de tus hijos... y así sucesivamente.

Todas tus acciones provocarán acciones resultantes, y de las acciones resultantes habrá otros resultados, y de los otros resultados otras acciones. Tú desaparecerás, pero todo lo que hagas continuará. Tendrá repercusiones a lo largo del tiempo, hasta el final.

De manera que todo el pasado está implícito en ti y todo el futuro también. En este momento el pasado y el futuro se encuentran en ti, hasta el infinito, en las dos direcciones. Dentro de ti se encuentra la semilla de la que surgirá el futuro, del mismo modo que, en este momento, eres la totalidad del pasado. Por tanto, también eres la totalidad del futuro. Este momento lo es todo, tú lo eres todo. Como la totalidad está implícita en ti, todo está en juego dentro de ti. La totalidad se entrecruza en ti.

Dicen que cuando tocas una brizna de hierba, has tocado todas las estrellas. Como todo está implícito en todo lo demás, todo está dentro de todo.

El zen dice que esta implicación de la totalidad en cada una de sus partes es *jiji muge hokkai*. Se ilustra con el concepto de una red universal. En India, esta red recibe el nombre de la «red de Indra», una gran red que se extiende por el universo, vertical-mente para representar el tiempo y horizontalmente para representar el espacio. En cada punto donde se cruzan los hilos de la red hay una cuenta de cristal, símbolo de una existencia individual. Cada cuenta de cristal refleja en su superficie no solo el resto de las cuentas de la red, sino el reflejo del reflejo de cada cuenta sobre cada cuenta. Los incontables reflejos de uno en el otro, es lo que se llama *jiji muge hokkai*.

Cuando Gautama Buda se presentó con la flor de loto en la mano, estaba mostrando este *jiji muge hokkai*. Mahakashyapa lo comprendió. Ese era el mensaje, en una pequeña flor estaba implícito todo: estaba implícito todo el pasado, todo el futuro y todas las dimensiones.

En esta pequeña flor de loto ha florecido todo, y todo lo que florezca algún día está contenido en esta pequeña flor de loto. Mahakashyapa se rió; había comprendido el mensaje: *jiji muge hokkai*. Por eso la flor que recibió Mahakashyapa es un símbolo de la transmisión más allá de las palabras.

De ahí la compasión budista por todo, la gratitud por todo y el respeto por todo, porque todo está contenido en lo demás.

Ahora, volvamos a nuestra historia zen.

Una noche, mientras Shichiri Kojun estaba recitando sutras, entró un ladrón armado con una afilada espada y le exigió el dinero o la vida.

Shichiri le respondió: «No me molestes. Puedes encontrar el dinero en ese cajón», y siguió recitando.

No hay reproche ni juicio, sino simple aceptación, como si hubiese entrado una brisa y no un ladrón. No se produce ni un ligero cambio en su mirada, como si en vez de un ladrón hubiese entrado un amigo. No hay ningún cambio en su actitud. Dice: «No me molestes. Puedes encontrar el dinero en ese cajón. ¿No ves que estoy recitando mis sutras? Al menos, podías ser un poco más respetuoso y no molestar a un hombre que está recitando sus sutras por algo tan insignificante como el dinero. ¡Ve y cógelo tú mismo! Y no me molestes».

Observa: no está en contra del ladrón porque haya ido a robar. No está en contra del ladrón porque quiera su dinero o porque esté obsesionado con el dinero, no, nada de eso. Simplemente hay aceptación: él es así. ¿Y quién sabe? ÉL TIENE que ser así. ¿Por qué le voy a recriminar? ¿Quién soy yo para hacerlo? Si es tan amable de no molestarme, es suficiente, eso es más de lo que espero de cualquiera. Así que no me molestes.

Poco después se detuvo y le dijo: «Mañana tengo que pagar unos impuestos, no te lo lleses todo».

Observa qué gracia y qué amabilidad. No hay enemistad alguna. Y como no hay enemistad no hay temor. No hay desaprobación sino un respeto profundo, puede confiar en que se marchará. Cuando das de todo corazón, puedes confiar, hasta la peor de las personas tendrá respeto por tu respeto hacía ella. Puedes estar seguro de que te respetará. Cuando confías en alguien, cuando no juzgas ni criticas, puedes confiar en que confiarán en ti. Simplemente dijo: «Mañana tengo que pagar unos impuestos, no te lo lleses todo».

El intruso recogió la mayor parte del dinero y se disponía a marchar, cuando Shichiri añadió: «Cuando te hacen un regalo debes dar las gracias...»

Observa la compasión de este hombre. No lo califica de robo sino que dice: «Cuando te hacen un regalo debes dar las gracias». Esto es transformador; su visión es completamente distinta porque no quiere que este hombre se sienta culpable. Tiene una enorme compasión. Sabe que sí no, antes o después, empezará a sentirse culpable. Inevitablemente se sentirá culpable... robarle a un pobre monje o a un pobre mendigo que no tiene casi nada; robarle a alguien que está tan dispuesto a dar y cuya aceptación es tan total... Ese hombre se sentirá culpable, ese hombre se arrepentirá. Cuando llegue a su casa no podrá dormir. Tal vez tenga que volver al día siguiente para ser perdonado.

No, eso no está bien. El zen no quiere crear culpabilidad de ningún tipo. De eso se trata el zen: es una religión que no crea culpa. Es muy fácil crear una religión con la culpa; eso es lo que han hecho el resto de las religiones. Pero cuando creas la culpa, creas algo mucho peor que lo que estás intentando curar. El zen no crea ninguna culpa y procura no hacer sentir

culpable a nadie.

Ahora dice: «Debes darle las gracias a la persona que te hace un regalo. ¡Es un regalo! ¿No sabes ni eso? Te lo estoy *dando*; no me lo estás robando». ¡Qué diferencia tratándose del mismo acto!

Esto es lo que dice el zen: da, en lugar de que te lo arrebaten. Y esta es su visión de la vida. Antes de que llegue la muerte, dalo todo para que la muerte no se sienta culpable. Da tu vida a la muerte como si fuese un regalo. Esto es la renuncia del zen. Es completamente distinta a la renuncia hindú o cristiana; ellos dan para recibir. El zen da para no crear culpabilidad en ningún lugar del mundo; no deja tras de sí ninguna culpa.

El hombre le dio las gracias y se marchó. Unos días más tarde, atraparon al tipo, que confesó, entre otros, el delito contra Shi-chiri. Cuando llamaron a Shichiri como testigo, este dijo: «En lo que a mí respecta, este hombre no es un ladrón. Yo le di el dinero y él me dio las gracias».

¿Te has dado cuenta del detalle? ¡Qué respeto! ¡Qué inmenso respeto! ¡Qué respeto incondicional hacia una persona... hacia un ladrón!

Si Shichiri hubiese sido un santo cristiano habría amenazado a este hombre con el infierno, el infierno durante toda la eternidad. Si hubiese sido un santo hindú le habría sermoneado contra el robo y amenazado con los fuegos del infierno. Le habría hecho una descripción horripilante del infierno y le habría sermoneado sobre la inutilidad del dinero.

Veamos: el maestro zen no dice nada sobre la inutilidad del dinero. En realidad, dice: «Déjame un poco a mí; porque mañana voy a necesitarlo». El dinero tiene un propósito. No hay que estar obsesionado a favor ni en contra, en este sentido o en el otro. El dinero es útil. No hace falta que vivas solo por el dinero, ni que estés en contra del dinero, simplemente es útil. Por eso, mi actitud hacia el dinero es que el dinero está ahí para ser utilizado, se trata de un instrumento.

En todas las religiones se crítica mucho el dinero, las personas religiosas le tienen mucho miedo. Ese miedo no es más que la otra cara de la codicia. Es la misma codicia, pero ahora llena de miedo. Si vas a ver a un santo hindú con dinero en las manos, él cerrará los ojos. ¿Tanto miedo le tiene al dinero? ¿Por qué cierra los ojos? Dice que el dinero es sucio, pero nunca cierra los ojos cuando ve suciedad. Esto no es lógico. De hecho, si el dinero fuese sucio debería cerrar los ojos las veinticuatro horas del día, porque hay suciedad en todas partes. ¿El dinero es sucio? ¿Y por qué le tiene tanto miedo a la suciedad? ¿A qué le tiene miedo?

El zen tiene una perspectiva fundamental y completamente distinta. El maestro no dice que el dinero sea sucio y que no deberías ir detrás del dinero de los demás. ¿Qué tiene el dinero que ver con los demás? El dinero no es de nadie. Por eso, decirle a alguien: «Tú eres un ladrón», es creer en la propiedad privada. Es creer que alguien lo puede tener justamente y otro injustamente, que alguien tiene el derecho de poseerlo y otro no.

Robar está mal visto a consecuencia de la mentalidad capitalista del mundo; forma parte de la mente capitalista. La mente capitalista dice que el dinero pertenece a alguien; pertenece a alguien por derecho y nadie se lo debería quitar.

Pero el zen dice que nada pertenece a nadie, nadie tiene nada por derecho. ¿Cómo puedes ser dueño del mundo? Llegas al mundo con las manos vacías y te vas con las manos vacías, no puede pertenecerte. No pertenece a nadie; todos lo usamos. Y estamos todos aquí juntos para usarlo. Este es el mensaje: «¡Toma el dinero! Pero déjame un poco a mí también. Yo también estoy aquí para usarlo, tanto como tú».

¡Qué actitud más práctica, más empírica! ¡Y qué desapegada del dinero! En el juicio dijo: «... este hombre no es un ladrón...» ha convertido al ladrón en un amigo. Dice: «En lo que a mí respecta... No puedo hablar por los demás, ¿cómo voy a hablar por los demás? Solo sé que yo le di el dinero y él me dio las gracias. Y se acabó, las cuentas están claras. Ya no me debe nada. Me ha dado las gracias, ¿qué más puedo pedir?».

Como mucho, podemos dar las gracias. Podemos dar las gracias a la existencia por todo lo que nos ha dado, ¿qué más podemos hacer?

Cuando cumplió su condena y salió de la cárcel, este hombre se convirtió en discípulo de Shichiri.

¿Qué más puedes hacer con alguien como Shichiri? Tienes que convertirte en su discípulo. Ha convertido al ladrón en un *sannyasin*. Esta es la alquimia del maestro, nunca pierde una oportunidad. Utiliza cualquier oportunidad que se presente; incluso si es un ladrón quien llega hasta el maestro, acabará convirtiéndose en *sannyasin*.

Entrar en contacto con un maestro es transformarse. Tal vez hayas ido por otro motivo, tal vez no hayas ido por el maestro; el ladrón no estaba allí por el maestro. En realidad, si hubiese sabido que en esa choza vivía un maestro no se habría atrevido a entrar. Solo iba en busca de dinero y se tropezó con el maestro por casualidad. Pero aunque te encuentres con un buda por casualidad, te cambiará totalmente. Nunca volverás a ser la misma persona.

Muchos de vosotros estáis aquí por casualidad. No me estabais buscando, no estabais detrás de mí. Habéis llegado aquí por mil y una casualidades. Pero cada vez se hace más difícil irse.

Un maestro no predica, nunca dice qué hay que hacer. Bodhi-dharma dice: «El zen no tiene nada que decir, pero el zen tiene mucho que mostrar». Este maestro le mostró al ladrón un camino. Le transformó, y lo hizo con una gran habilidad. Debía de ser un gran cirujano porque operó a este hombre del corazón... sin hacer el menor ruido. Destruyó completamente a este hombre y lo volvió a crear. Y el hombre ni siquiera se dio cuenta de qué había sucedido. Esto es el milagro de un maestro.

Hay un sutra del zen que dice: «El hombre de conocimiento no rechaza el error». Cuando lo conocí, mi corazón saltó de alegría. Recita este sutra en el fondo de tu corazón: el hombre de conocimiento no rechaza el error.

Y otro maestro, hablando sobre este sutra —se llamaba Oha-sama—, comentó: «No es necesario buscar la verdad en primer lugar, porque está presente en todas partes, incluso en el error. Por eso, quien rechaza el error está rechazando la verdad».

¡Estas personas son asombrosas! Quien rechaza el error rechaza la verdad. ¿Puedes ver la belleza que hay en ello? ¿Ves el punto de vista tan radical y revolucionario? Shichiri no rechazó al hombre porque fuese un ladrón ni por su error, porque detrás de ese error hay una existencia divina, un dios. Si rechazas el error también rechazas al dios. Al rechazar el error estás rechazando la verdad que hay oculta dentro de él.

Él acepta el error para aceptar la verdad. Cuando la verdad aflora, cuando se acepta y se extiende, el error desaparece espontáneamente. No tienes que luchar con la oscuridad; ese es el significado, simplemente enciende una vela. No tienes que luchar con la oscuridad, basta con que enciendas una vela. El maestro encendió una vela en el interior de ese hombre.

Hay otra historia exactamente igual sobre otro maestro pero todavía un poco más zen:

A medianoche, mientras el maestro Taigan estaba escribiendo una carta, un ladrón

entró en su habitación con una espada desenvainada. Mirando al ladrón, el maestro dijo: «¿Qué quieres, el dinero o la vida?».

Esta historia es más zen porque al ladrón no le da la oportunidad de decir nada. Shichiri al menos le dio una última oportunidad; el ladrón pudo preguntarle a Shichiri: «... entró un ladrón armado con una afilada espada y le exigió el dinero o la vida». Taigan ha mejorado la historia. Tal vez, Taigan apareció un poco más tarde y conocía la historia de Shichiri. No brinda muchas oportunidades al ladrón sino que sencillamente le dice: «¿Qué quieres, el dinero o la vida? Las dos cosas son irrelevantes, llévate lo que necesites, tú eliges».

«He venido a por el dinero», respondió el ladrón un poco asustado.

Ese hombre —nunca se había encontrado con un dragón como este— dijo: «¿Qué quieres, el dinero o mi vida?». Estaba dispuesto a darlo todo: «Puedes escoger». Sin reproche ni nada por el estilo. Aunque hubiese escogido su vida, Taigan se la habría dado. Todo lo que nos puede ser quitado es mejor darlo. Tarde o temprano, hasta la vida misma desaparecerá, ¿para qué preocuparse por ello? La muerte llegará; deja que el ladrón disfrute un momento.

«He venido a por el dinero», respondió el ladrón un poco asustado.

El maestro sacó su bolsa y se la entregó diciendo: «¡Tómalo!». Después siguió escribiendo su carta como si no pasara nada.

El ladrón empezó a sentirse incómodo con tantas facilidades y se marchó de la habitación muy sorprendido. «¡Eh! ¡Espera un momento!», dijo el maestro.

El ladrón dio un paso atrás estremeciéndose. «¿Por qué no cierras la puerta?», le dijo el maestro.

Días más tarde, el ladrón fue capturado por la policía y dijo: «Llevo años robando pero nunca he tenido tanto miedo como cuando ese maestro budista me llamó y dijo: "¡Eh! ¡Espera un momento!"; todavía estoy temblando de miedo».

«Ese hombre es muy peligroso y no podré olvidarlo jamás. El día que salga de la prisión iré a buscarle. Nunca había conocido a alguien como él, ¡de esa calidad! Yo tenía en la mano una espada desenvainada, pero eso no es nada. Él sí que *es* una espada desenvainada.»

Solo estas palabras: «¡Eh! ¡Espera un momento!», y el ladrón dijo: «Todavía estoy temblando de miedo».

Cuando te encuentras con un maestro, es el maestro quien te mata. ¿Cómo puedes matar a un maestro? Aunque hayas desenvainado tu espada no podrás matar a un maestro; el maestro te matará a ti. Y mata de una forma tan sutil que nunca te darás cuenta de que te ha matado. Solo te darás cuenta cuando vuelvas a nacer. De repente, un día ya no eres el mismo. De repente, un día, tu viejo yo ha desaparecido. De repente, un día, todo es nuevo, los pájaros cantan y te salen hojas nuevas. El río estancado fluye de nuevo y va hacia el mar. Y otra historia:

Un maestro zen había estado en la cárcel varias veces.

... ¡Ahora un paso más! Estas personas zen realmente son excéntricas, locas, pero hacen cosas maravillosas. «Un maestro zen había estado en la cárcel varias veces.» Bueno, una cosa es perdonarle a un ladrón, creer que no es malo, pero otra muy diferente es que él mismo vaya a la cárcel. Y no solamente una vez, sino muchas, por robar a sus vecinos cosas insignificantes. Los vecinos lo sabían y estaban un poco perplejos: ¿por qué nos roba este hombre y, para colmo, cosas insignificantes? Pero en cuanto salía de la cárcel volvía a robar y

acababa de nuevo entre rejas. Hasta los jueces estaban desconcertados. Pero su deber era mandarle a la cárcel puesto que él confesaba su delito. Nunca decía: «Yo no he robado».

Finalmente, los vecinos se reunieron y le dijeron: «Señor, no siga robando.

»Se está haciendo viejo y nosotros podemos proporcionarle todo lo que necesite, sea lo que sea. ¡Deje de hacerlo! Estamos muy preocupados y muy tristes. ¿Por qué sigue haciendo esas cosas?»

El anciano se rió y dijo:

—Robo para poder estar con los presos y así llevarles el mensaje interior.

»¿Quién les va a ayudar? Aquí fuera, para vosotros los presos de fuera, hay muchos maestros. Pero dentro de la cárcel no hay ninguno. ¿Decidme, quién les va a ayudar? Esa es la forma de entrar y ayudar a esta gente. Por eso, cuando se acaba mi condena y me expulsan, tengo que robar de nuevo para volver a ir a la cárcel. Y pienso seguir haciéndolo. Además, en la cárcel he encontrado almas hermosas, almas inocentes, a veces, mucho más inocentes...

Una vez nombraron a uno de mis amigos gobernador de un estado de la India y él me permitió visitar todas las cárceles de ese estado. Las estuve visitando durante años y me quedé sorprendido al ver que las personas que están en la cárcel son mucho más inocentes que los políticos, los ricos y los mal llamados santos. Conozco a casi todos los santos de la India y son más astutos. He descubierto que las almas de los criminales son mucho más inocentes... Comprendo perfectamente el comportamiento del viejo maestro zen que robaba y se dejaba atrapar para poder llevarles el mensaje. «Robo para poder estar con los presos y así llevarles el mensaje interior.»

El zen no tiene un sistema de valores. El zen solo aporta una cosa al mundo y es entendimiento, conciencia. A través de la conciencia llega la inocencia. La inocencia es inocente con respecto a lo bueno y a lo malo. La inocencia simplemente es inocencia, no sabe de distinciones.

La última historia es sobre Ryokan. Él era un gran amante de los niños. Como se puede esperar de un personaje como él, también él era como un niño. Era el niño del que habla Jesús, tan sumamente inocente que nadie creería que puede haber alguien así. No tenía astucia ni malicia. Era tan inocente que la gente solía pensar que estaba un poco loco.

A Ryokan le gustaba jugar con los niños. Jugaba al escondite, jugaba al tamari y también al balonmano. Una tarde le tocaba esconderse a él, y se ocultó bajo un montón de paja que había en el campo. Estaba oscureciendo y los niños, como no le podían encontrar, se fueron a casa.

A la mañana siguiente, un campesino llegó temprano para mover el montón de paja y empezar con su trabajo. Al encontrarse ahí a Ryokan exclamó: «¡Oh, Ryokan-sama! ¿Qué estás haciendo ahí?».

El maestro contestó: «¡Cállate! No hables tan alto que me van a encontrar los niños».

¡Se había pasado toda la noche debajo de la paja esperando a que los niños lo encontraran! El zen es así de inocente y esa inocencia es divina. Esa inocencia no hace distinciones entre el bien y el mal, no hace distinciones entre este mundo y el otro, ni hace distinciones entre esto y aquello. Esa inocencia es ser como se es.

Y ese ser las cosas como son constituye la esencia misma de la religiosidad.

ÍNDICE

Prólogo	9
1. COMPASIÓN, ENERGÍA Y DESEO	
La compasión es el amor maduro	13
La meditación es la flor y la compasión es su fragancia	23
Un deseo es un deseo es un deseo - Respuestas a preguntas ...	46
2. LA OVEJA DISFRAZADA - LO QUE NO ES COMPASIÓN	
Bondad amorosa y otros delirios de grandeza	58
El maestro zen y el ladrón - Una parábola del perdón	82
Corazones y mentes - Respuestas a preguntas	94
3. LA COMPASIÓN EN ACCIÓN	
No seas un abogado, sé un amante	106
Crimen y castigo	128
Cuestiones de vida y muerte - Respuestas a preguntas	143
4. EL PODER CURATIVO DEL AMOR	
Solo la compasión es terapéutica	167
Por encima de todo sin juicios de valor: la compasión del zen ..	180
ACERCA DEL AUTOR	217
RESORT DE MEDITACIÓN OSHO INTERNATIONAL	219

Traducción de Esperanza Morriones

Título original: *Compassion Primer* edición: febrero, 2007

© 2006, Osho International Foundation. Todos los derechos reservados.

Publicado por acuerdo con Osho International Foundation, Bahnhofstr 52, Zúrich, Suiza.

© 2007, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, Esperanza Moriones, por la traducción

© 2007, Editorial Random House Mondadori Ltda. Av. Cr. 9 No. 100-07, Piso 7, Bogotá, D.C.

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

ISBN: 978-958-639-427-7

Impreso por: Editorial Nomos S.A
Grijalbo